Mundo Argentino

"Después de buscarla desesperadamente durante toda esa Semana Santa, el Sábado de Gloria, a las diez de la mañana, me encontré frente a frente con Blanca de Esquivel en el atrio de San Ignacio. Ya no vestía el hábito de carmelita, sino el traje recatado y elegante a un tiempo de las niñas de aquella época. Antes de entrar en el templo me arrojó una mirada larga y profunda, y a mí me pareció que el corazón se me subía hasta la garganta."

De la novela de Semana Santa

Los Jazmines de San Ignacio

DE

Héctor Pedro Blomberg

20 centavos en toda la República

RODOLFO CLARO

En este número: **Las estrellas argentinas se ganan la vida fuera de la cinematografía**

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero



1 REPUBLICA ARGENTINA
¿Qué no hará este travieso muchacho con su terrible escopeta?



2 ESTADOS UNIDOS
El enfermo espera el diagnóstico.



3 LA CAMPAÑA CONTRA LOS INDESEABLES
Ha llegado el momento de aplicar el cedazo en el Canadá.
(De "The Daily Star", Montreal)



4 FRANCIA
El Fisco. — ¡Adelante! Aún puedes arrastrar la bola.
(De "Le Rire", París)



5 EL DERROCHE ARMAMENTISTA
¿Hasta cuándo seguirán gastando la vela en este juego tan poco productivo para la paz?
(De "Times", Los Angeles)



6 INGLATERRA
Mac Donald. — Vamos a ver si podemos librarnos de este huésped molesto.
(De "The Western Mail", Cardiff)

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

Cuando entre nosotros a un funcionario público se le ocurre resolver (1) **los problemas económicos** y toma como arma exclusiva las estadísticas, el resultado es, por lo general, lamentable.

Las empresas de ferrocarriles de los Estados Unidos (2) se encuentran en una crítica situación, **confiándose en que sus males sólo han de subsanarse en los congresos ferroviarios que se realizan.**

En el Canadá ha llegado el momento de seleccionar la inmigración (3), **rechazando el elemento llamado indeseable y expulsando del país al que ya había sentado sus reales dentro.**

El presupuesto de gastos en Francia es ya excesivamente crecido (4); pero aún pare**ce que el infeliz contribuyente puede soportar más, y ha sido aumentado hasta alcanzar** nada menos que sesenta y cinco mil millones de francos

La gran sangría de la riqueza pública de todos los pueblos del mundo (5) es el armamentismo. **Es el dios que devora las mejores energías de las naciones,** empobreciéndolas y preparándolas para la ruina mayor: la guerra.

Mac Donald, el gran político británico, ha **bregado siempre** (6) **por la pacificación de los pueblos, declarándose enemigo de los apres**tos bélicos. A él se debe en gran parte la realización de la Conferencia del Desarme.



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029



FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII — BUENOS AIRES, MARZO 23 DE 1932 — NÚM. 1105

Los territorios del Sur son las cenicientas de la república

DESDE hace muchos años los territorios nacionales atraviesan una situación que se torna cada vez más dificultosa, especialmente así los del Sur.

En un tiempo ya lejano aquellas gobernaciones fueron objeto de preferente atención por las autoridades federales. Existía entonces una verdadera política pobladora de orientaciones patrióticas y de efectos civilizadores. Menester es recordar que esa noble obra de alcances nacionalistas era inspirada por el más destacado político de la época, por el hombre que más bregó por arrancar el desierto al poderío del salvaje alzado en malón y por incorporarlo al acervo de la Nación Argentina, el general Julio A. Roca.

Conocedor como ninguno de aquellas remotas regiones, tuvo, en el curso de su larga y preponderante actuación pública, la obsesión de poblarlas y convertirlas en prósperos estados.

Rota por su brillante campaña del desierto la organización de los indios, dispersas sus tribus, prisioneros o muertos en hechos de guerra los caciques y capitanejos de prestigio, el general Roca epilogó su acción militar sobre las márgenes del Río Negro un día del invierno de 1879. Allí envainó su espada el jefe militar de la expedición victoriosa y allí mismo, visionando el futuro, contrajo consigo mismo y con la patria el solemne compromiso de llevar población hasta aquellas comarcas agrestes y crear escuelas.

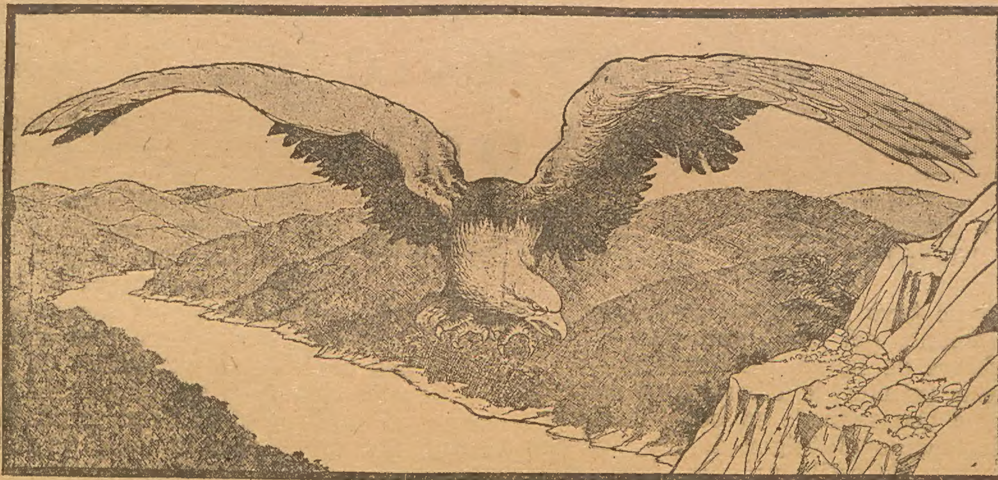
Bien cumplió su compromiso el general. Mientras perduró su influencia en la política nacional, los territorios del Sur progresaron en forma realmente halagüeña. Arrancando desde los zarzales de la costa del Río Negro, las colonias fueron extendiéndose rumbo al Sur. Los ovejeros de las Malvinas y otros que marcharon con sus majadas desde los partidos extremos de la provincia de Buenos Aires, fueron llenando de rebaños aquellos campos en que sólo se oía hasta entonces el gruñido del puma, el bramido ronco de los toros baguales, el relincho histérico del guanaco o el ululato desolado del zorro.

La ayuda oficial secundó al poblador, dispuesta invariablemente a auxiliarlo en sus trances difíciles y a facilitarle la ocupación de las tierras. Y detrás de aquella acción, vigilante siempre, alerta siempre, estaba el consejo noble y desinteresado del general Roca que jamás descuidaba a la Patagonia de sus amores.

Para ser poblador en los desiertos patagónicos se requería un temple de acero y un valor a toda prueba. Suave el clima, fructífera la tierra en el resto del territorio, allá, en aquellas lejanías, el hombre vive en constante lucha con una naturaleza pobre, soportando extraordinarios rigores climatéricos, aislado casi por las enormes distancias que median entre los centros de población y por las condiciones mismas en que ha de desenvolver sus actividades.

Muy previsoramente, el general Roca y los hombres que siguieron su política, convirtieron esas tierras en una especie de zona franca "de facto". Aunque existían obstáculos constitucionales para que se las declarara tal, esa dificultad se orillaba fácilmente dejando sin proveer los cargos aduaneros.

Y así progresó la Patagonia, al punto de que se llegó a considerarla remuneradora tierra de promisión para los hombres de trabajo, como al emporio lanero más rico del país. La vida era allá un cincuenta por ciento más barata que en el resto de la república; los buques llegaban desde los puertos británicos cargados de artículos de primera necesidad y regresaban con sus bodegas repletas de las lanas y cueros producto de la región.



¡Si no se salva a la Patagonia, sólo quedarán en ella las aves de presa volando sobre los campos desiertos!

Uno de los continuadores de la obra de Roca, don Ezequiel Ramos Mejía, siendo ministro de Agricultura y de Obras Públicas, inició la construcción de líneas férreas desde los puertos del Atlántico hasta las estribaciones cordilleranas y dió principio a la hermosísima red de canales que ha transformado al Río Negro hasta convertirlo en un paraje edénico, en la California argentina.

Y así, secundados siempre oficialmente, los "pioneers" de las regiones patagónicas fueron afirmándose en las vías del progreso, verdaderos centinelas avanzados de la nacionalidad.

En 1916, empero, tal vez por proporcionar ocupación a elementos de compromiso político, se "organizó" la administración de los territorios, dotándola de aduanas bien nutridas de personal. Como consecuencia inmediata cesó el comercio de importación directa, y el poblador debió adquirir sus mercaderías enviadas desde la capital federal y a precios exorbitantes. Aquellos puestos aduaneros sólo sirvieron para fomentar un feo vicio administrativo: el del contrabando. Descargadas en tránsito, las mercaderías son transbordadas en el puerto de Buenos Aires y luego conducidas a los puertos del Sur por empresas navieras vinculadas a fuertes organizaciones comerciales, que, como es lógico, aprovechan esa situación para efectuar toda suerte de transacciones que tienen por finalidad la exención de derechos o su incorrecta aplicación por medio de falsas declaraciones y clasificaciones aduaneras.

El resultado de tal estado de cosas fué una suba extraordinaria en el precio de los artículos de primera necesidad y la desaparición de todo el pequeño comercio, que no pudo competir en el mismo plano y con análogos recursos con las fuertes compañías que acapararon todas las actividades comerciales.

Agravó aun más la situación del poblador una política de régimen de la tierra pública implantada en abierta contradicción con las leyes existentes y enderezada pura y exclusivamente a obtener de ella el mayor beneficio pecuniario posible, en forma de cánones de arrendamiento fijados arbitraria y caprichosamente. Así los territorios produjeron ingentes millones de pesos, pero para abonarlos, los ocupantes de campos fiscales se vieron en la obligación de pignorar prendariamente sus haciendas.

Sobrevino la crisis y con ella el derrumbamiento del mercado lanero, y el poblador, agotado su crédito, agobiado de deudas, se debate en medio de la mayor miseria. Muchos de ellos abandonan la lucha y emigran al azar; los que aún resisten, luchan con la miseria y carecen hasta de los elementos más indispensables para la subsistencia, alimentándose únicamente de carne. Muchos ni siquiera pueden esquilar sus ovejas porque no disponen de dinero para sufragar esa operación imprescindible.

En tales condiciones, aceleradamente por la acción desconsiderada de las autoridades nacionales, porque se han echado en olvido los procedimientos implantados sabiamente por el general Roca, en la Patagonia volverá a imperar el desierto.

Apenas instalado el gobierno constitucional, se han presentado al Poder Ejecutivo numerosas comisiones de vecinos de los territorios para reclamar la solución de los males señalados. Oportunamente llegarán al Parlamento con análogas demandas, que deben ser atendidas para que desaparezca el cuadro de dolor y trágica miseria que hemos bosquejado ligeramente y para que se salve del desastre irremediable y total a las gobernaciones australes, verdaderas cenicientas de la república. Poco es lo que piden: ¡que se las coloque en situación de poder trabajar! Bastará para asegurarlo una atinada reglamentación de la ley de tierras y el restablecimiento "de los puertos francos".

ENRIQUE GOMEZ MATHEU

JESÚS y el DIVINO POEMA de su VIDA

UN ARTICULO DE JOAQUIN LINARES



TRIBUTO DE AMOR

JESUS legó al género humano el más celestial poema: su vida, y la más divina tragedia: su pasión y muerte.

Aun las almas despojadas de todo interés religioso, de todo sentimiento místico, al leer los Evangelios se sienten como embriagadas y transfiguradas por la inefable poesía que se desprende del relato sencillo y sobrio de los hechos del Divino Maestro.

Ninguna creación de la mente humana, ni los magníficos poemas de Homero, Virgilio o Dante, ni la profundidad y gracia de Platón en el "Fedón" o "El banquete", ni la elevación portentosa de las concepciones de Espinosa, Leibnitz o Kant, transportan al espíritu humano a una atmósfera de grandeza y sublimidad comparables a los Evangelios de San Mateo o San Juan.

Jesús ha sido el más amado de los hombres. Todos los actos y palabras de su vida rebosan de amor, puro amor.

Por otra parte, Jesús exigía a todos los que le seguían un constante tributo de amor incondicional a su sagrada persona. San Juan cuenta (cap. XXI, ver. 15 y ss.) que al resucitar Jesús se le apareció a Pedro y antes de instituirlo pastor de todo el rebaño cristiano, le preguntó tres veces: "Simón Pedro, ¿me amas?

LA EPOCA EN QUE VIVIO JESUS, ¿ERA MUY PARECIDA A LA NUESTRA?

Spengler afirma que Jesús casi no tuvo noción del soberbio esplendor del Imperio Romano, del cual eran una lejana y obscura provincia los reinos de Israel. Sin embargo, hasta el lago que tanto amaba Jesús (el mar de Tiberiades), donde pronunció el más divino sermón que salió de su boca, desde la barca de Pedro, hasta allí había llegado el fulgor de las ciudades helenísticas. Tiberiades era una urbe de estilo romano. Herodes el Grande, que renovó el poder y la gloria de David y Salomón, había sido coronado en el Capitolio de Roma, en una ceremonia llena de pompa y fastuosidad, volviendo a Palestina con los ojos y el espíritu deslumbrados por la grandeza, hermosura y riqueza de la metrópoli del mundo civilizado. Y ese deslumbramiento se plasmó en Cesárea, la ciudad romana que hizo levantar en honor del emperador, a orillas del mar, donde mandó construir un espléndido circo, un amplio teatro y un magnífico templo dedicado a los dioses del Imperio.

El mundo antiguo había culminado en la maravillosa civilización del Imperio Romano. Había muerto, en realidad, la cultura, que floreció en Atenas, y que es pura actividad interior, para dar lugar a una desbordante actividad exterior, que se traducía en una vida refinada y ostentosa, en una sociedad sin apetitos intelectuales ni inquietudes de espíritu, en una organización política y militar que hacía del Estado una máquina perfecta, en una administración poderosa y de inmensos recursos, que le permitían llenar el enorme Imperio de acueductos, puentes, caminos, templos, teatros, circos y otros grandiosos edificios públicos.

Pero la fuente interior de la cultura estaba agotada. Roma no creó nada. Ni tuvo verdaderos filósofos, ni verdaderos poetas y oradores. El dulce Virgilio vivía a la sombra de Homero, el elegante Horacio se nutría de Píndaro y Anacreonte, Plauto imitaba a Aristófanes, el magnífico Marco Tulio cincelaba sus frases sobre el modelo de Demóstenes. No se entendía ya a Platón ni a Aristóteles, y Roma era un ensordecedor avispero de las numerosas escuelas filosóficas de la decadencia griega: estoicos, cínicos, escépticos, epicúreos.

En religión reinaba el sincretismo más espantoso. En Roma tenían templos y adoradores todos los ídolos de la tierra.

De lo que eran el Foro romano y la Vía Appia en la época de Augusto, sólo pueden dar una idea las inmensas avenidas cosmopolitas de Nueva York, París, Londres o Buenos Aires.

¿No es éste el cuadro de la vida actual? ¿No vivimos, como en la época de Jesús, en el último esplendor de una gran civilización, materialista, cínica, epicúrea y sin vida interior?

FORMA IDILICA DE LA PREDICACION Y VIDA PUBLICA DE JESUS

Mientras el cesarismo romano adoptaba formas grandiosas, encerrando a todo el mundo conocido en la estructura orgánica de Roma, en el Oriente obscuro — en la comarca aramea — se gestaba la nueva fe. El profetismo había renacido en los pueblos de Israel en forma avasalladora — que recordaba los tiempos de Isaías y Jeramías — abrasando en fuego divino las almas más frías. El procurador Coponius — según cuenta Josefo — había ahogado en sangre un movimiento religioso y político, haciendo morir en el suplicio a los dos rabinos que le infundían aliento profético: Judas el Gaulonita y el fariseo Sadok. Poco después se alzó en Judá la terrible, la apocalíptica figura de Juan el Bautista. El emocionante anuncio de que el Mesías se acercaba y la creencia y visión apocalíptica de una inmediata renovación del mundo, llenaban todas las almas judías de una efervescencia delirante.

Osvaldo Spengler, estudiando ese "orto de la conciencia mágica", como él lo llama, dice: "Todo espíritu algo profundo se sintió sobrecogido por un estremecimiento de revelaciones, de portentos, de últimas perspectivas en el arcano de las cosas. Pensábase y viviase en imágenes apocalípticas. La realidad tornábase apariencia. Hablábase en secreto de rostros extraños y terribles; leíanse libros enmarañados y confusos que al punto eran comprendidos con inmediata certidumbre."

En ese ambiente de alta tensión psíquica, de terribles presagios y divinos augurios, vivió y se formó Jesús. Pero esa atmósfera exaltadísima, que hacía de Jerusalén un lugar irrespirable para todo extranjero — especialmente para el romano sensual e irreligioso, pero dotado de un amplio sentimiento de justicia y de gobierno civil, como observa Renán, — trocábase en Galilea en quieto remanso y delicioso oasis, propicios al ensueño y al éxtasis. En la época de Jesús, Galilea era casi un vergel encantado. El perenne verdor de los montes del Carmelo y la serranía de Sichem, el pintoresco valle del Jordán, poblado de huertos y rientes caseríos, la abundancia de fuentes, arroyos y lagos, hablaban de una existencia patriarcal e idílica. El vergel galileo satura toda la vida pública de Jesús y su predicación divina de un profundo sentido de la naturaleza.

Sobre todo, las noches de Galilea poseían un hechizo indecible.

> ***"Pero cuando Jesús fué conducido a presencia de Pilatos, el mundo de los hechos y el mundo de las verdades se encontraron frente a frente sin remedio ni avenencia posibles, con tan terrible claridad y gravedad simbólica, que ninguna otra escena de la historia universal es más impresionante."***
>
> **O. Spengler. "La decadencia de Occidente". Segunda parte, tomo III: "Problemas de la cultura arábiga".**

JESUS ANUNCIA A LAS GENTES EL REINO DE DIOS

En esas noches mágicas, en medio de esa naturaleza encantada, tuvo Jesús la percepción milagrosa del reino de Dios. En la soledad espiritualizada de aquellas montañas, Jesús, con el alma en éxtasis, se transfiguraba, llegando a despedir resplandores sobrenaturales (S.



Mateo, cap. XVII, vers. 1 y 2) y hablaba con su Padre celestial y con los profetas. En esos deliquios místicos, el alma de Jesús se va identificando con la Divinidad, hasta sentirse fundido con ella en esencia y potencia, expresando esa unión en un lenguaje cósmico que pertenece a la más elevada metafísica: *Ahora glorifícame tú, ¡oh Padre!, "en ti mismo", con aquella gloria que tuve yo en ti, "antes que el mundo fuese"*. (S. Juan, cap. XVII, vers. 5).

Jesús anuncia entonces el reino de Dios como el advenimiento de los humildes, de los puros de corazón, de los pobres, de los que son perseguidos y despreciados por los soberbios y avarientos de este bajo mundo.

Elige sus discípulos entre los rudos e ignorantes pescadores. Su auditorio habitual son niños y mujeres. Los orgullosos e hipócritas fariseos y saduceos, los corrompidos publicanos, sólo se acercan a Jesús para burlarse de él o de sus discípulos, para hacerle preguntas insidiosas y entablar vanas polémicas. Le echan en cara que sus discípulos no observan el sábado ni hacen las abluciones que prescribe la ley, o con fingida humildad — para hacerle caer en una odiosa trampa — van a consultarle si es lícito o no pagar el tributo al césar.

Durante todos los años de su predicación, Jesús no dejó de sentir ni un solo día la hostilidad y la agresión implacables de los fariseos, los saduceos, los escribas y de casi todos los judíos más o menos notables.

Excepto dos o tres personas de alguna calidad — como el rico José de Arimatea, Nicodemo, el pusilánime miembro del Sanhedrín y algún otro, — los hombres sentían muy poca simpatía por el divino Nazareno, como lo demuestra aquel horroroso grito de: "¡Crucifícale!", lanzado por el populacho de Jerusalén, a instigación de los sacerdotes, cuando Pilatos, desde el Pretorio, mostró a Jesús ensangrentado, ultrajado, coronado de espinas, pronunciando el memorable "Ecce Homo".

Pero en proporción igual o mayor al odio que Jesús despertaba en los hombres, era la misteriosa seducción que ejercía en las mujeres. Sus enemigos se complacían en difamarlo diciendo que era amigo del vino, de publicanos y pecadores y de mujeres de vida licenciosa. Conociendo la infinita delicadeza y dulzura con que Jesús trataba a las mujeres y la amorosa adhesión con que ellas le retribuían, los malvados fariseos quisieron probarlo y tentarlo en este punto también.

Estando predicando el Divino Maestro, los escribas y fariseos se abrieron paso entre los oyentes, arrastrando a una muchacha sorprendida en adulterio. Y echándola a los pies de Jesús, dijeron: "Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés en la ley nos manda apedrear a las tales. Tú, ¿qué dices a esto?" (S. Juan, cap. VIII, vers. 4 y 5).

Imaginemos la escena. La hermosa joven judía, sorprendida en pecado de amor, temblaría horrorizada a las plantas de Jesús, constituído en su juez, sintiendo por anticipado la espantosa agonía de su insaciada juventud bajo las piedras asesinas de aquellos desalmados hipócritas. No tenía salvación. La ley

(Continúa en la página 31)

INVOCACION A JESUS

***SEÑOR:** Europa es el continente cristiano. Por Europa es cristiana América. Por Europa hay cristianos en todas las latitudes de la tierra. Pero tu fe, Señor, no ha podido hacer de Europa un continente de amor y de paz. Mírala, Señor, todavía ensangrentada y mutilada por los indescriptibles horrores de la última guerra: cuando enloquecida, ciega, impía, envolvió y complicó en su odio, en su insaciable crueldad, en todas las iniquidades de la infamia, a los demás pueblos de la tierra.*

Mírala, Señor, ensangrentada y mutilada, construir freneticamente nuevas y más terribles armas para mancharse con nuevos crímenes; mírala degradar la inteligencia y el espíritu, aplicándolos a refinar la "técnica de la muerte", arrancando secretos letales a la química y métodos destructores a la mecánica y a la matemática.

Mírala. Temerosa, contempla la tragedia de Oriente, probable semillero de una nueva conflagración mundial.

He ahí, Señor, cómo practica y propaga el continente cristiano la Buena Nueva (evangelos, evangelio) que Tú trajiste al mundo, con la predicación y el ejemplo de las más sublimes virtudes: la humildad, el amor, el perdón, la caridad, la abnegación, la justicia, la pureza.

Si Europa llevó hasta la perfección la técnica de la muerte y desenvolvió prodigiosamente todas las posibilidades de la materia, que nuestra América pura alcance su perfección desenvolviendo todas las posibilidades del Alma.

"Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios."

***SEÑOR DE AMOR:** que el brutal materialismo de la civilización europea no corrompa el alma de nuestra América. ¡Sálvala, Señor!*

Las estrellas ARGENTINAS FUERA de la

Una nota de DELIO HACHEB

Todavía la cinematografía argentina térpretes puedan vivir exclusivamen da Francy y Eva Bettoni, dos de nues pantalla, se vean obligadas a ganarse dades. La lucha por la vida es para mujer consagrada a

Nedda me cita en los "estudios" de Edmo Cominetti, el animador de la cinematografía argentina.

Tostado el cutis, la cabellera de un rubio artístico logrado y los ojos de un azul magnífico que no hay en las cajas de colores, brin-

Nedda Francy tiene que actuar en el periodismo y el teatro para poder vivir.



En "La vía de oro" tuvo lucida actuación Nedda Francy, que aquí aparece en una escena de la obra con Alfredo Lliri.

NEDDA Francy no está en Buenos Aires...

Nunca está en casa e personaje que busca el cro nista.

Pocos días después de esa decepción telefónica,



Lejos de los estudios cinematográficos, junto a su máquina de escribir de periodista, Nedda Francy se gana el pan cotidiano escribiendo crónicas para los diarios.

da un contraste tan llamativo como agradable.

—Regresé ayer del Tigre. He estado largas horas al sol como las lagartijas. Necesitaba recuperar fuerzas físicas y espirituales.

—Sí, sienta muy bien un "surmenage"...

—En mi caso, no hay el menor intento de simulación o pedantería. Estaba realmente cansada. La vida es dura...

—¿Dura la vida de una estrella de cine? ¿Hablarán acaso de la vida áspera Greta, Marlene, Clara Bow, Gloria Swanson, Jean Crawford, toda la constelación que se sabe universalmente admirada? ¿Puede ser dura la vida espléndida, fastuosa, de Hollywood, con sus mil atractivos, con sus grandes centros de diversión, con sus fantásticos halagos, con sus pequeños y grandes escándalos?

—¡Ah, pero Hollywood no es Buenos Aires! Aquí no se habla de millones. Aquí la cinematografía no constituye un mundo aparte, un emporio, y quienes se afanan en llevarla, por lo menos, a la categoría de un arte y una industria nacionales, viven aún casi en la obscuridad...

—Lo cual es verdaderamente cinematográfico...

—No, sin chistes. En Estados Unidos y en Europa una estrella de cine, y hasta una artista de segundo orden, sólo se ocupa de sus películas, y por ellas consigue la fama, el dinero y la relativa felicidad que ambos pueden proporcionar. Aquí no pasamos de estrellas fugaces... Alternamos el trabajo artístico con ocupaciones de otra índole, necesarios para procurarnos el sustento. Y éste es, en cierto modo, nuestro mérito, mérito de precursores que se nos va a reconocer cuando seamos viejas como Theda Bara o Mary Pickford... Porque a las estrellas argentinas—dos o tres, y se acabó la Vía Láctea—no ha podido seducirnos la gloria fácil de las que llegan y triunfan en Hollywood. Yo hago cine por vocación, aunque fué la casualidad la que la encauzó...

COMO EMPEZO NEDDA FRANCY

Nedda Francy, que para los derechos civiles de la mujer se llama Nedda Francalanci, hizo su primera presentación en la pantalla a los diez y seis años. Ella misma nos dice cómo ocurrió su insospechada iniciación:

—Una amiga de mi familia, vencedora en un concurso de la Fox Film, debía acudir a un llamado de Cominetti. Me pidió que la acompañase, cosa que hice con el permiso de mis padres. Cuando estuvimos ante él, preguntó cuál de las dos se disponía a trabajar en una película que dirigía.

"—Yo—dijo mi amiga.

se GANAN la VIDA CINEMATOGRAFIA

no produce como para que sus inte de su arte. Así se explica que Nedtras más descollantes figuras de la la vida dedicándose a otras activiellas tan difícil como la de cualquiera una profesión común.

"— Ella — señalé yo.

"Cominetti habló largo rato, nos mostró la galería, nos dispensó muchas atenciones. Finalmente, se atrevió:

"— Quítese el sombrero, señorita... Hágame el obsequio, póngase de pie... A ver el perfil... ¿No querría usted trabajar para el cine?... Permítame que le tome unas pruebas... Consulte con sus padres...

"Era a mí a quien se dirigía. Director sagaz, había descubierto un secreto que yo misma no me confiaba: mi deseo, suscitado por la vocación, de ser actriz de cine.

"Así hice "La borrachera del tango".

NEDDA HACE TEATRO Y PERIODISMO

— Antes y después de esa película he viajado con una constancia y estudiado con una inconstancia que me sobresaltan. Desde los seis años he recorrido cinco veces los países europeos. Estudios comenzados en castellano los reanudé en francés, en italiano, en inglés... Terminé los de música: toco piano y guitarra. Abandoné, en cambio, pintura y dibujo. Le hablo de viajes, porque estando en Alemania — hace dos años más o menos — hice algunos papeles para la U. F. A. y tuve un contrato para cinco películas de la Greenbaum. Todavía no he visto esas cintas, y dudo de verlas jamás, pues fueron realizadas en el momento de transición entre el cine silencioso y el cine sonoro, y probablemente ya no se exhiban. De Alemania hube de volver precipitadamente por la muerte de mi padre, a quien debo mi cultura.

—¿Trabaja al margen del cine?

— La falta de un medio cinematográfico como el norteamericano, me ha obligado a ganarme la vida en el teatro y en el periodismo, ambientes que, por suerte, son tan gratos. Federico Mertens me indujo a afrontar la escena en el Ateneo, donde me atreví — declaro con absoluta inconsciencia de mi osadía — a trabajar en "El pescador de sombras", la bella obra de Sarment.

NEDDA NO QUIERE IR A HOLLYWOOD

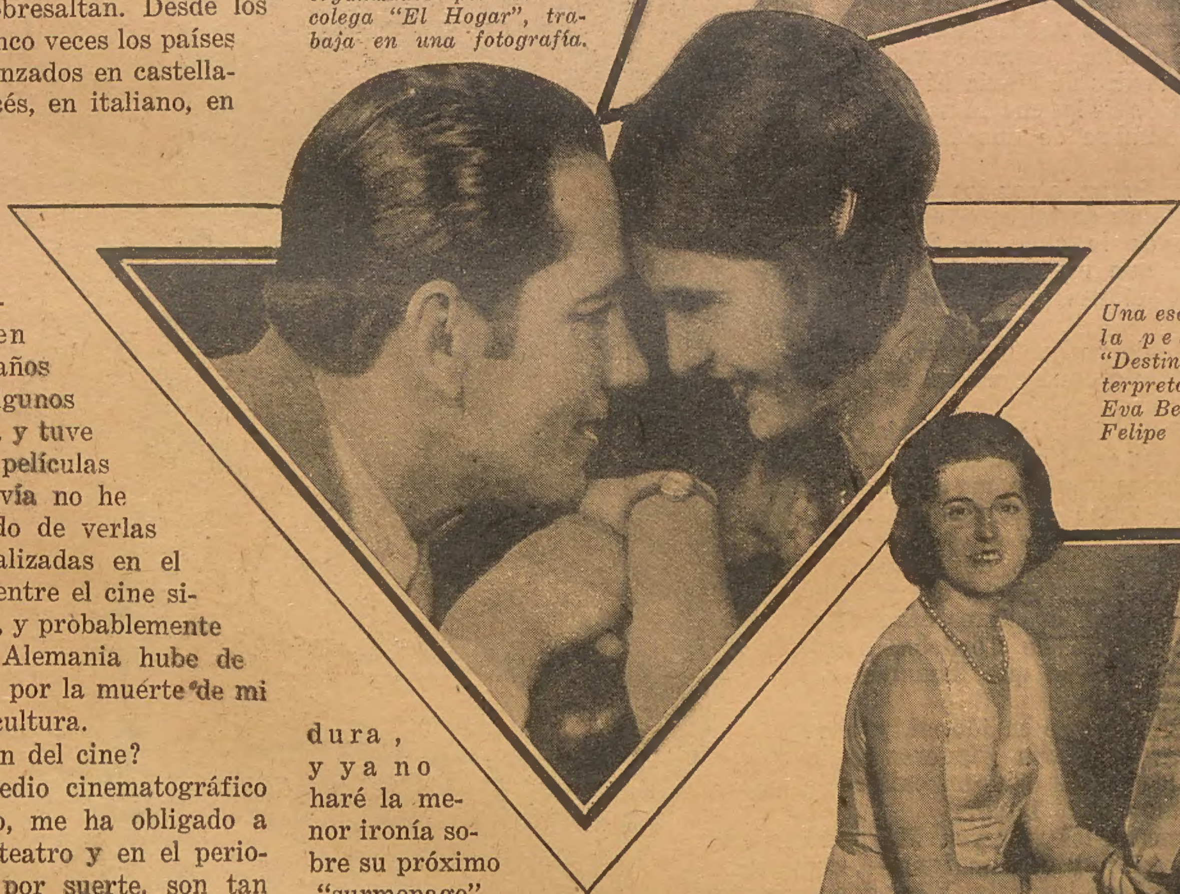
— Pero su sueño...

— Mi sueño sigue siendo el cine, el cine argentino engrandecido y próspero. Yo no quiero hacer el viaje a Hollywood. Me siento orgullosa de haber participado en las primeras películas mudas nacionales, de haber hecho el primer "sketch" parlante — "La despedida del unitario" — con un tema esencialmente argentino, y de haber sido la protagonista de nuestra primera película sonora y hablada, notable por más de un concepto: "La vía de oro", dirigida por Arturo Mom. Ya ve usten, mi sueño no cruza el océano; mi sueño se queda en el perímetro de mi tierra. Para alimentarlo me ayudo con el teatro y con la máquina de escribir del diario.

— Nedda — me despido: — ahora creo que la vida de una estrella pueda ser dura, y ya no haré la menor ironía sobre su próximo "surmenage"...



Eva Bettoni, la protagonista de "Destinos", que ocupó el segundo puesto en uno de los concursos organizados por nuestro colega "El Hogar", trabaja en una fotografía.



Una escena de la película "Destinos", interpretada por Eva Bettoni y Felipe Farah.

EVA BETTONI, LA PROTAGONISTA DE "DESTINOS" ES FOTOGRAFA

En uno de los concursos de belleza organizados por "El Hogar", ocupó el segundo puesto entre las concurrentes de la capital Eva Bettoni.

(Continúa en la página 27)



Nuestra estrella Eva Bettoni retocando una ampliación en la fotografía donde trabaja.

Los JAZMINES

UNA HISTORIA DE AMOR EN SEMANA SANTA

De Héctor Pedro Blomberg

El cantor de tantas canciones populares que andan en los labios del pueblo y el narrador que es siempre poeta, relata una conmovedora historia de amor del tiempo de la colonia. Un enamorado tímido, en el Domingo de Ramos del año 1804, envía con una negrita la carta de declaración a la mujer a quien no se animaba a hablar; pero la carta vuelve sin haber sido abierta. Entonces el joven amador, sabiendo que a la mujer de sus ensueños le gustan mucho los jazmines, se atreve a darle un ramo en su propia mano. Mas el destino que tuvieron esas flores desilusionó para siempre al joven romántico enamorado de un imposible.



Hacía más de una hora que me paseaba por la plazuela del Fuerte, cuando vi llegar a la linda mulata de San Francisco.

YO, Ignacio de Martirena, nací en Buenos Aires y cumplí veinte años en el mes de marzo de 1804. Pocos días antes el señor virrey, don Joaquín del Pino, había entregado al Creador su alma de caballero y de cristiano, y hasta mí llegó el desolado tañer de las campanas por la muerte de aquel justo.

Mi padre era vizcaíno y mi madre criolla. Todavía existe (y esto lo escribo en 1829) la vieja casa de la calle Santa Clara, entre la de Santa Rosa y San Francisco, donde exhalé mis primeros vagidos, entre los besos apasionados de María Figueroa y las lágrimas de emoción de los cuatro negros que constituían la servidumbre de don Martín de Martirena.

Llegué a los quince años jugando con los ágiles negrillos, hijos de las esclavas de mi casa, en los anchos patios coloniales de la calle de Santa Clara. Recuerdo siempre que me despertaba y me dormía escuchando las eternas campanas del barrio.

Porque aquel barrio donde yo había nacido, y donde tanto había de sufrir después, era mi barrio de campanas.

Los bronces solemnes de los franciscanos abrían mis ojos azules y soñolientos en el alba. Y el toque de ánimas en la esquina de los jesuítas, me adormecía dulcemente entre los rezos gangosos de los negros.

Han transcurrido veinticinco años desde que el Señor se llevó al virrey don Joaquín del Pino, y vino a reemplazarlo un gentilhombre de claros cabellos y apagado semblante, que llegaba de Córdoba, donde fuera intendente gobernador y al que llamaban don Rafael Márquez de Sobremonte.

Una cuarta parte de un siglo se ha ido, sí, y con ello la dulce y tímida sombra de María Figueroa y de don Martín de Martirena, a los cuales debo mi existencia y mi dolor. Pero el barrio siempre está igual.

Ya se han ido para siempre los virreyes. Mas oigo todavía las campanas de San Francisco y de San Ignacio, como en los días venturosos y lejanos de mi infancia. Y cuando paso por la Recova Nueva, aún salen a mi paso las negras vendedoras, ofreciéndome tunales, olivas y mazamorra. Cuando me asomo, en mis paseos largos y solitarios, al foso del Fuerte, aún descubro a los negrillos descalzos jugando entre el barro, bajo la mirada indiferente de los centinelas, como en los tiempos del virrey Olaguer Feliú.

Cuando yo cumplí diez y seis años, mi padre, don Martín de Martirena, me hizo ingresar al Real Colegio Carolina, que estaba a menos de cien pasos de mi casa, en la calle de Santa Rosa. Antes de ir allí, yo había aprendido a leer en una "Vida de San Ignacio de Loyola", y mi veneración por el santo vasco era profundísima.

Todas las mañanas me llevaban a la primera misa en San Ignacio, templo contiguo al colegio donde debía vivir los años mejores de mi solitaria juventud.

Y siempre las campanas, como las escucho todavía, después de veinticinco años...

II

Ella se llamaba Blanca de Esquivel, y su padre era alcalde de barrio. ¡Blanca!

La vi por vez primera una mañana de otoño de 1801. La ciudad de Buenos Aires estaba triste porque el buen virrey

de SAN IGNACIO

NOVELA CORTA DE LA EPOCA COLONIAL



Avilés se había ido a Lima, por orden del rey de España, después de decirle adiós para siempre. La trágica y divina tristeza de la Semana Santa pesaba aún sobre las almas de esta dulce y soñolienta ciudad, en cuyas calles parecían detenerse las aguas del tiempo. Pocos años más tarde, en 1806 y 1807, ríos de sangre iban a correr por ellas, y entre esa sangre, gotas de la mía, defendiendo contra el hereje la ciudad donde nací.

Blanca de Esquivel tenía quince años. Su padre, el alcalde, era andaluz, de Sevilla. Y ella, mi Blanca (¿por qué la llamo de este modo si nunca fué mía?) era criolla, como yo. Había nacido en la calle del Santo Cristo, a la sombra de la Calle de la Merced, y sabía cantar, acompañándose de una diminuta guitarra malagueña, las coplas que oía entonar, en las largas y claras mañanas, a las gárrulas negras que lavaban en la cercana ribera del río.

Aquella mañana inolvidable de 1801 en que vi por primera vez a la hija del alcalde Esquivel, estaba lloviendo. Era una de esas lloviznas interminables, monótonas, que siguen a la Semana Santa, como si los cielos piadosos quisieran llorar, antes que los ojos secos de los hombres, todo el dolor del Gólgota.

Blanca de Esquivel iba por la calle de Santa Clara. Ataviada con el hábito de carmelita. Yo salía de mi casa paterna, camino del Real Colegio Carolina. El reloj próximo del Cabildo había dado las cinco, y, a pesar del nublado, era día claro. La lluvia sofocaba la voz de las campanas que llamaban a la primera misa en las esquinas de Santa Clara y San Francisco.

—¿Qué tiene su mercé?

La voz del negro que me acompañaba vibró distante y confusa en mis oídos. Mis ojos, que parecían iluminados por un súbito resplandor celeste, se iban detrás de la carmelita descalza que se alejaba bajo la lluvia por la desierta calle de Santa Clara.

El esclavo de mi padre me contempló con respetuosa curiosidad. Me había visto nacer, y don Martín de Martirena era uno de sus dioses.

—Dime, Domingo... ¿Quién es esa carmelita y la señora que va con ella?

El pobre africano sacó un enorme pañuelo verde y se secó el rostro mojado por la lluvia.

—La señora alcaldesa de Esquivel y su niña Blanca, su mercé...

La lluvia continuaba descendiendo, tibia, interminable, como un llanto de amor, y la voz de las campanas se apagaba como un suspiro soñoliento.

III

En los dos años que siguieron, sólo vi cuatro veces a la hija del alcalde andaluz: en las procesiones del Corpus y los viernes de dos Semanas Santas.

¡Cómo la amaba yo, mísero de mí, desde aquella mañana de otoño de 1801!

Fuí tras ella, siempre ataviada recatadamente con el austero hábito de carmelita, de templo en templo, en aquellos Viernes Santos de 1802 y 1803.

Más de una vez creí advertir que sus ojos negrísimos se fijaban en mí en las naves obscurecidas de San Francisco y Santo Domingo, mientras las viejas sollozaban en los rincones sombríos de las iglesias.

La miraba, menuda y morena en su hábito, y el dolor del Calvario se alejaba de mi corazón de diez y nueve años.

¡Blanca! ¡Blanca!

El esclavo Domingo, mi confidente solitario y fiel, me había dado vagos informes sobre lo que hacía dos años era la dueña de mis pensamientos.

El infeliz negro se expresaba con torpes y vacilantes circunloquios, pero yo, con los sentidos aguzados por la pasión, llegué a adivinar en sus palabras la dolorosa realidad.

Don Antonio de Esquivel, caballero de Sevilla, y a quien el difunto virrey, don Pedro Melo de Portugal y Villena diera la vara de alcalde en 1795, era venido del Perú, donde casara con una rica y bella limeña. En las casas de juego de la ciudad de los reyes quedó la dote de la hermana, y don Antonio, acosado por sus acreedores, vínose a Buenos Aires, donde, al poco tiempo de llegar, nació Blanca.

Vegetó en obscuros oficios el caballero sevillano, hasta que, el año señalado, lo hizo alcalde don Pedro Melo, no sin cierta resistencia por parte del Cabildo, compuesto en su mayoría por vizcaínos, que, como se sabe, no se llevaron nunca bien con los andaluces de estas tierras de América.

Blanca fué creciendo entre el desvío doméstico del padre y la inmóvil tristeza de la madre, mujer de carácter débil y extraordinariamente devota, como buena peruana.

(Continúa en la página 11)

¿PUEDE *un* HOMBRE AMAR *a una* MUJER *de* TALENTO?

Un artículo de RICARDO CARRERE

SOY de opinión que ningún hombre debería contraer matrimonio con una mujer de talento. Y no es porque crea que una mujer superior no sea digna de ser amada, ni mucho menos, sino porque entiendo que la mujer que ha adquirido conocimientos superiores e ideas muy modernas, sacadas de los libros, tiene un concepto muy particular, tanto de la vida como del amor.



El hombre, al ser correspondido en su pasión, no aspira a ser tratado y besado mediante fórmulas preestablecidas.

Desde luego, una mujer que ha llegado a colocarse a una altura superior a la del hombre, aspira a unirse a un hombre que, lejos de inclinarse, tenga que elevarse hasta ella. Una mujer inteligente, pues, no consiente en ser la esposa de un hombre que es más que ella, para no verse en el triste caso de perder su aureola de superioridad y su innato sentimiento de dominio.

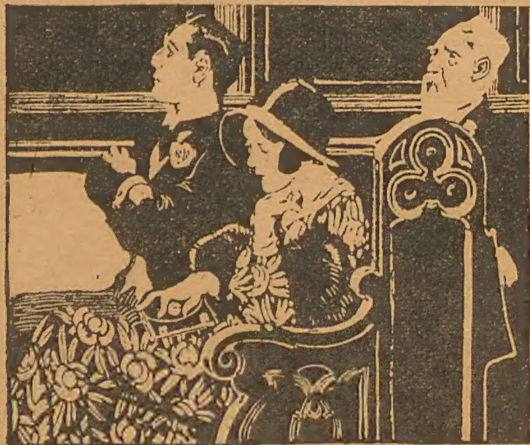
Y es por eso que es frecuente ver que un hombre se casa con una mujer que no es su pareja. Este hombre, a todas luces, no puede ser feliz. Ella podrá amarlo y respetarlo, pero es indudable que le hará pasar malos ratos con su destacada superioridad.

Supongamos que un hombre vulgar contrae matrimonio con una mujer intelectual, con vastos conocimientos y costumbres modernas. Supongamos también que esta mujer se propone imponerse en el hogar. En este caso empezaría por vivir aparte. Por tener su casa aparte, como quien dice.

Al pobre marido no debe tomarle de sorpresa, entonces, que cuando desee visitar a su esposa en sus habitaciones, se encuentre con que debe llamar a su puerta como un extraño, y que podrá pasar siempre y cuando ella le autorice.

¿Cabe mayor humillación? Sin embargo, esto no sería lo más lamentable.

En este tren, la esposa le seleccionará al marido los amigos. Le hará desechar el trato de aquellos que, aparte su sinceridad, no sean dignos de traspasar los umbrales del hogar, porque su ilustración no está a la altura de la dueña de casa.



Lo que a él le atrae la atención, a ella le aburre, le parece bajo o detestable.

Y el marido, que empezó por acatar a su esposa por amor y por su superioridad, acaba indefectiblemente por convertirse en un pelele.

El hombre, al ser correspondido en su pasión, no aspira a ser tratado y besado mediante fórmulas preestablecidas. Desea ser correspondido espontáneamente y besado sin ambages, encontrando en esa manifestación cariño y no fríos convencionalismos. Y una mujer de talento, que se sabe superior a su marido, de ningún modo consiente en descender a esas encantadoras manifestaciones del amor que le sirven al hombre de estímulo para vivir.



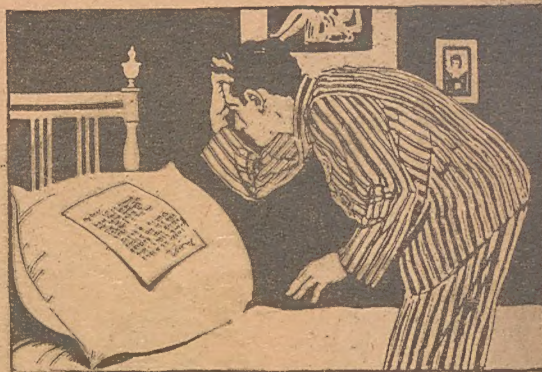
La frivolidad en ella es ingénita. Frente al novio, por poca confianza que exista, es esclava de su coquetería.

El hombre que se une a una mujer de su misma "clase", esto es, a una mujer apasionada, sin prejuicios y sin mucho talento, no corre el peligro de ser humillado. Una mujer así participa de las mismas pasiones y gustos del marido, y ríe con él las mismas cosas risueñas y piensa con él las mismas cosas sentimentales.

En el cine y el teatro, por ejemplo, se ven con frecuencia parejas que, salta a la vista, no participan de los mismos sentimientos. Lo que a él le atrae la atención, a ella le aburre, le parece bajo o destestable. Si ante el público aparecen tan distanciados, ¿cuánto más distanciados no estarán en el seno del hogar, donde ella puede manifestarse en toda su superioridad? En cambio, ¡qué hermoso es verlos a los dos poseídos del mismo entusiasmo, atraídos por la misma atención y palpitantes del mismo sentimiento amoroso!

La mujer de talento, desde su noviazgo se muestra tal cual es: poseída de sus cualidades excepcionales, que más que favorecerla la hacen perder mucho de su valor. La frivolidad en ella es ingénita: frente al novio, por poca confianza que exista, es esclava de su coquetería. El cisne, el espejo y los lápices no se le caen de la mano. Gusta de enamorar, pero no corresponde en la medida que gusta interesar.

Un hombre que se precie de algo conocedor de la mujer, desde ese momento puede convencerse de quién es su novia. Y un hombre que, a pesar de todas las manifestaciones de superioridad de ella, sigue enamorado de ella, no cabe duda que lo hace cegado por sus sentimientos u orgulloso de llegar a ser el marido de una mujer excepcional, que, por lo mismo que es excepcional, será para él su mayor castigo.



No debería extrañarle si un día, al recogerse a sus habitaciones, se encontrara sobre la almohada una carta de su mujer...

Amiga de hacerse valer y respetar, la mujer de talento se considera dueña de su tiempo y de sus actos. Y es así que el marido unas veces no la encuentra en casa, porque se ha ido a una exposición de arte, o a una conferencia, no sólo sin pedirle consentimiento, sino sin darle ninguna satisfacción.

A este hombre, pues, no debía extrañarle si un día, al recogerse a sus habitaciones, se encontrara sobre la almohada una carta de su mujer anunciándole su propósito de pasarse la noche fuera de casa, en compañía de sus amigas y amigos, como si en lugar de estar supeditada a la voluntad del esposo, éste tuviera que someterse a las arbitrariedades de su consorte.

La mujer superior, repito, no debería casarse. Poseída de una moral particular y de un sentimiento dispar al del hombre, no es quien para hacer una víctima del hombre que se le entrega incondicionalmente, dispuesto a defenderla y a hacerle lo más dulce y llevadera posible la vida.

"Tal para cual", dice una frase por demás conocida. En efecto: tal para cual. La mujer de talento, con un hombre semejante. Es posible que, coincidiendo en todo, puedan llegar a ser felices. Pero esto no puede ocurrir nunca entre dos seres desiguales.

Tampoco la mujer modesta debería buscar su ideal en el hombre superior. Sufriría tarde o temprano el mismo revés. Y es que el amor no se alimenta sólo de cariñitos y frases melosas; también exige el mismo grado de espiritualidad y la misma fuerza en las convicciones.

Un matrimonio desigual puede durar poco o mucho, pero, indefectiblemente, un día se rompe, como una soga podrida. Tanto él como ella, acaban por sentirse distanciados, y, lógicamente, salen a buscar fuera de su casa la paz, la alegría y el amor que no han podido encontrar en ella.



Debe llamar a su puerta como un extraño y pasar siempre y cuando ella lo autorice.

Por eso me permito formular una vez más la pregunta del título: "¿Puede un hombre amar a una mujer de talento?"

Y, como digo al principio, soy de opinión que ningún hombre debería contraer matrimonio con ella. La experiencia me ha demostrado, con gran pena para mí, que una mujer de talento muy pocas veces puede hacer feliz a un hombre. Es una fatalidad suya, y acaso ella no tenga ninguna culpa en ello.

LOS JAZMINES DE SAN IGNACIO

(Continuación de la página 9)

—¿Y qué más, Domingo?

El pobre negro parecía arrepentirse de haber hablado tanto, y guardaba un repentino y hosco silencio.

—No sé nada más, su mercé...

Yo me dormía pensando en los ojos negros de la carmelita descalza y maldiciendo mi cobardía y mi debilidad.

IV

El domingo de Ramos de 1804 le mandé mi primera carta de amor. La misiva habíame costado largas vigilias. Inserté en ella varios versos de Ovidio, cuyo "Ars Amandi" había aprendido a traducir penosamente del latín.

Mi padre, don Martín de Martirena, hacía tiempo que había penetrado mi secreto. Mi madre también. Pero nunca me dijeron una palabra, aunque yo no ignoraba que el autor de mis días, vizcaíno austero y rígido, tenía en mal concepto a don Antonio de Esquivel, andaluz y jugador, por más alcalde que fuera.

El esclavó Domingo se negó, respetuosa pero terminantemente, a hacer llegar mi primera carta de amor a Blanca de Esquivel, por quien yo ardía de pasión desde hacía tres años, que fueron los más venturosos de mi existencia.

Pensé darle azotes al negro desobediente. Pero el infeliz negro, con los ojos húmedos como los de un perro, me besó la mano y me dijo al oído:

—El amo no quiere que lleve ningún papel de su mercé a la hija del señor alcalde Esquivel.

Cavilé muchos días. La Semana Santa de 1804 se acercaba. Una mañana, mientras me paseaba por las recovas, que hervían de negros vendedores de dulces, de empanadas, de mazamorra, de tamales, de aceitunas y de escobas, advertí que una linda mulata, de unos quince años, me miraba fijamente.

Recordé haberla visto varias veces, vestida siempre de lanilla roja, con un rebozo azul, cosa desusada entre las mujeres de color, que en ese tiempo, y aun hoy mismo, en 1829, jamás usaron esta última prenda, que sólo llevaban las blancas.

Me acerqué a ella y le hablé. Díjome que se llamaba Carmen, pero que en el barrio la conocían todos por "la mulata de San Francisco". La madre era una negra libre que vendía empanadas en la Recova Vieja, y al padre nunca lo había conocido.

—Yo lo conozco a su mercé desde que iba al colegio de los padres jesuítas — me dijo, sin apartar de los míos sus ojos obscuros y centelleantes.

—Yo también a ti, de verte en la calle y en la plaza Mayor, Carmen — le contesté, y al oír pronunciar su nombre me pareció que la morena muchacha se estremecía ligeramente.

Salimos de la Recova Vieja bajo las miradas curiosas de los negros y nos encontramos en la Plaza del Fuerte.

—Oye, Carmen — le dije; — ¿te gusta esta sortija?

Era una gruesa sortija de plata del Perú. Mi madre me la había regalado cuando terminé mis estudios en el Colegio Carolino, y yo la llevaba en el dedo meñique.

Los ojos de la muchacha relucieron.

—Es muy linda, su mercé.

—Tómala, Carmen... Es tuya.

—¡Oh, su mercé!...

Coloqué la sortija en uno de sus dedos largos y delgados. Ella se quedó mirándome con ojos refulgentes.

—Oye, Carmen...

—Sí, su mercé...

—¿Tú conoces a la hija del alcalde Esquivel?

Sus ojos se posaron en el anillo. Luego se clavaron en los míos. Temblaba en ellos una extraña humedad. Después supe que eran lágrimas.

—Sí, su mercé...

—Mira... Llévale esta carta... Sin que nadie se entere... Mañana te espero aquí, con la respuesta... ¿Lo harás, Carmen?

Volvió a mirarme de modo extraño.

—Sí, su mercé...

La vi desaparecer entre el negrerío de la Recova Vieja, con su vestido de lanilla roja y su rebojo azul.

V

Aquello había ocurrido la mañana del domingo de Ramos de 1804. Todo ese día anduve de templo en templo. Pero Blanca de Esquivel permanecía invisible.

Hacía más de una hora que me paseaba por la plazuela del Fuerte, cuando vi llegar a la linda mulata de San Francisco. La carita agraciada y morena estaba sombría. Las largas pestañas ocultaban las negrísimas pupilas.

—Tome, su mercé...

Era mi propia carta la que me devolvía.

—No quiso ni tocarla, su mercé. Yo le dije que se la mandaba don Ignacio de Martirena, el de la calle de Santa Clara...

—¿Pareció acordarse de mí?

Me miró con expresión singular. Yo estaba desesperado.

—No sé, su mercé...

—Entonces...

Las sombras que velaban el rostro moreno se desvanecieron. ¿Qué había detrás de las pupilas ardientes y misteriosas de la mulata de San Francisco?

—¿Sabe cómo la llaman en el barrio del Santo Cristo?

—No, Carmen...

—La llaman "la niña de los jazmines"... En lugar de cartas, mándele jazmines, su mercé...

Dijo estas palabras y se alejó bruscamente. No volví a verla hasta varios días más tarde.

(Continúa en la página 15)

Las aventuras de PANCHO y PANCHITO



UN PROBLEMA "MATERNAL" RESUELTO

LAS LLAVES DEL EXITO

Desarrolle *su* voluntad *como si* fuera *un* músculo

QUERER es poder. Pero así como la aspiración es inútil sin la fatiga, es inútil querer y no trabajar. Toda gran realización es el goce de la fuerza de voluntad. La fuerza de voluntad es fuerza conquistadora. Nuestra voluntad es el resorte principal de todas nuestras acciones. Todo — cada acto, palabra o deseo — debe originarse primeramente en nuestra voluntad.

A no ser que nuestra voluntad sea fuerte, nuestra hoja de servicios será débil. A no ser que encaucemos bien nuestra voluntad, que la hagamos funcionar debidamente, no podemos elevarnos a la altura de nuestras oportunidades, ni podemos hacernos justicia a nosotros mismos.

Querer no es solamente desear. Implica algo más. Implica determinación, perseverancia tenaz, confianza, coraje.

Una nación o un individuo de voluntad débil está fatalmente destinado al fracaso. El apodo que tiene Gran Bretaña de "bull-dog", nace de su fuerza de voluntad suprema, de su tenacidad, de su "nunca abandonar una empresa".

Napoleón poseía fuerza de voluntad superior a la de cualquier hombre en la historia moderna.

El hombre sin voluntad es un hombre sin nervio. La fuerza de voluntad es sinónimo de energía, de carácter batallador. Todo joven ambicioso debe primeramente cultivar su fuerza de voluntad para triunfar, porque sin ella jamás vencerá los obstáculos que seguramente encontrará en la prosecución de su meta.

La voluntad para triunfar debe estar allí desde el primer paso.

Sea lo que fuere que sobreviniese, la voluntad nunca debe ser vencida. El mundo puede golpearlo, quebrantarlo, derrotar sus planes; pero no se le debe permitir jamás que derrote o aplaste su voluntad.

"Todas las cosas, sean las que fueren, si las pedís en oración, teniendo fe, las recibiréis. Si tenéis fe, nada será imposible para vos." Es así cómo la palabra de Dios expresa la fuerza invencible de la voluntad.

Tenga usted fuerza de voluntad, tenga fe que no pueda ser sacudida, tenga determinación que no pueda ser resistida. Nunca abandone la voluntad para obtener su meta ambicionada, y con el tiempo cosechará la victoria que merece, probablemente mucho más.

El mundo nunca puede destruir o aplastar su voluntad. Quizá usted no pueda ser siempre dueño de las circunstancias, pero solamente usted es dueño de su voluntad.

La voluntad es para el hombre lo que la nafta es para un motor. Es la fuerza motriz, sin la cual ninguna rueda puede dar vuelta, ni ninguna meta puede alcanzarse. Evidentemente, por tanto, nada exige tanta nutrición cuidadosa como la fuerza de voluntad. No es suficiente tener simplemente una voluntad fuerte: un necio, hasta una mula, pueden ser tercos y obstinados en extremo.

El primer cuidado fundamental debe ser el cultivo de la clase de fuerza de voluntad y encauzarla en la debida dirección. No es bastante decir: "Tengo fe suficiente para mover montañas", y luego no hacer ningún trabajo de excavación para moverlas.

Sería la esencia de la tontería desear llegar a ser un gran pintor y nunca agarrar un pincel, ni estudiar los principios o la técnica del arte de la pintura.

La razón — en sentido común — debe formar la base de nuestra voluntad, de nuestros deseos, de nuestras aspiraciones, de nuestras ambiciones.

Habiendo elegido usted cuidadosa, fervorosamente su estrella, resuelva entonces permitir que nada bajo el cielo lo disuada de presionar hacia ella. La voluntad y el trabajo. Persevere. No sea una veleta, impelida ahora a un lado, ahora a otro por cada borrasca pasajera.

"La voluntad para hacer — dice bien la "Biblia" — debe ser seguida también por la ejecución". Y es aquí dónde se presentará la necesidad de la fuerza de voluntad.

La botadura de un barco es un acontecimiento feliz, pero ninguna embarcación puede esperar cruzar los mares sin encontrarse con tormentas, sin ser combatida por olas crueles, ni encontrar vientos y mareas adversas.

A menudo se sentirá la tentación de abandonarse. El cerebro, la mano, la espalda y los pies se cansarán, estarán destrozados y entumecidos. Los amigos fallarán. Otros en la carrera serán un impedimento, lastimarán y desanimarán. Sí, es verdad, a veces hasta las mismas estrellas parece que luchan en contra nuestro. Pero hay algo que nos puede salvar: la fuerza de voluntad.

El hombre y el mundo pueden impedir al cuerpo; pero nada, excepto nosotros mismos, puede matar a nuestra alma, a nuestra voluntad.

Si usted está convencido que tiene razón, si busca una meta digna, si merece triunfar y cree que el mundo mejorará, en forma grande o pequeña, por su éxito, su fuerza de voluntad puede vencer, jamás puede ser derrotada.

Un soldado puede morir en el campo de batalla; pero ¿quién dirá, si peleó con nobleza, que sufrió una derrota?

Todos los hombres de éxito no son millonarios. Todos los millonarios no representan éxitos.

La humilde monja que trabaja en los barrios bajos, la humilde enfermera de la sala de pobres de un hospital, la madre ignorada de los hijos del trabajador, todas pueden ser de tanto éxito como los "personajes" que adornan las páginas de los diarios.

Algunos de los hombres y mujeres de más éxito que se conocen jamás vieron su nombre en letras de molde, ni una vez han sido citados como ejemplos de cómo adelantar, ni han sido juzgados por el mundo como "éxitos".

El verdadero éxito es análogo a la fuerza de voluntad, porque reside en la mente, en el corazón y en el alma.

Sir Walter Scott nunca tuvo tanto éxito, nunca fué un hombre más grande como cuando estaba "fundido", porque entonces aplicó todo su talento, cada hora de su tiempo, cada voltio de su fuerza de voluntad para recobrar su fortuna, pagar sus deudas y rehabilitarse como miembro solvente de la comunidad. Jamás había tenido tanta voluntad o trabajado con tanto ahinco.

(Continúa en la página 15)



El rouge seco ha contado siempre con el favor de la mujer.

Colocación del rouge entre la nariz y los labios.

También los ojos pueden aparecer más bellos si se alarga el arco de las cejas.

Si el rostro es alargado y delgado, la presencia del rouge, hábilmente distribuído, lo disimulará.

Cuando el arco del labio superior es demasiado pronunciado, el rouge puede resultar de gran utilidad.

DETALLES *de* IMPORTANCIA *para el* ARREGLO FACIAL

Una CLASE *de* BELLEZA *por* SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

SON muchos, por cierto, los métodos utilizados en el retoque del rostro, muchos y muy variados. Toda mujer necesita conocer por lo menos algunos de ellos y poder así dar a su arreglo facial la mayor efectividad y duración posibles. Dos de los principales problemas a que me refiero son la corrección de los tonos del colorido y el tipo de cosmético conveniente para la condición de la piel. Muchas de mis lectoras estarán ya, sin duda, familiarizadas con la selección del polvo y del rouge para los labios y para el cutis, pero, sin embargo, no estará de más hacer una revisión general, de la que podrán las nuevas sacar provecho... y acaso las otras también. No es escaso el tiempo que muchas mujeres suelen pasar buscando un tono que haga juego eficaz con el color de su rostro. Es por ello que para hacer que ahorren un poco de ese tiempo deseo dar aquí algunos consejos de cuya bondad respondo. Una mujer rubia debe así efectuar sus experimentos con rouge y polvo de muy claros tonos, probando con el rojo claro, el rosa claro o el rosa natural hasta encontrar el tono que mejor quede con la complexión natural. Algunas veces el mismo color del rouge para las mejillas servirá para los labios, aunque es cierto que en la mayoría de los casos el tono ha de ser más claro en los labios. En cuanto al polvo se refiere, las rubias tienen poco dónde elegir, ya que largos experimentos han demostrado que un tono natural es el más apropiado para adoptar a la luz del día, y otro más apagado, más obscuro, bajo luz artificial. Las de cabello castaño, pero con cierta tendencia al rubio hallarán muy conveniente el anaranjado, tanto para las mejillas como para los labios. En cuanto a las de cabello totalmente castaño usarán, por lo general, los tonos sugeridos para la anterior, con la excepción de que en algunos casos será necesario obscurecerlos un poco. La morena tiene, en cambio, una mayor variedad de colores donde elegir. Para ella tanto el anaranjado claro como el obscuro son convenientes, lo mismo que el rojo natural y el subido. La complexión verdaderamente aceitunada no usa rouge, o, a lo sumo, emplea una muy pequeña cantidad de rojo muy subido, según sea la impresión por éste causada. Algunas prefieren no poner rouge en sus mejillas, cargándolo en cambio en los labios.

De todos modos, que se coloque o no el rouge, éste debe ser fuerte. Las "rojizas" deben aplicarse el anaranjado común o el rouge pálido en ambas partes, labios y mejillas, acompañado de polvo de tono cremoso durante el día. Mayor cantidad de rouge como el descripto puede ser aplicado durante la noche, prefiriéndose en cambio un tono de polvo más claro. Generalmente el rouge se usa de dos maneras: en seco o en forma de pasta, y aunque, indudablemente, es el primero el que cuenta con más partidarias, también es cierto que en la actualidad la pasta gana día a día más adictas. Una de las razones por las que el rouge seco es preferido es porque se mezcla más fácilmente que el otro. De más está decir que el rouge en polvo puede también ser perfectamente mezclado, aunque, claro está, ocupa mucho más tiempo, molestia esta que es compensada por el hecho de ser más permanente que el seco. Al ser aplicado debe colocarse una muy pequeña cantidad.

Coloque la yema de un dedo sobre esa cantidad y desparrámesele por la mejilla. Si la primera aplicación resultara insuficiente por lo pálida, repítase el procedimiento hasta que el colorido necesario ha sido dado a la piel. Luego una capa de polvo no excesiva será necesaria. El rouge seco puede tornarse más duradero que lo que comúnmente es, si se sigue este procedimiento; cuando una cantidad suficiente de rouge ha sido ya distribuída sobre las mejillas presiónense éstas con los dedos como si pretendiera introducirlo en la piel. Luego humedézcanse los dedos en agua fría, y suavemente páseseles por sobre la parte de la piel cubierta de rouge. Cuando la mezcla está conseguida, se dejará secar la piel antes de proseguir con la aplicación del polvo. Este método de aplicar rouge seco es superior a cualquier otro, y puede ser utilizado con la certeza de que el rouge permanecerá sobre la piel mucho más tiempo que el usual. Todo su éxito depende de la forma cómo se le distribuye, hasta hacer invisible toda línea que diferencie el tono de la piel y el del rouge. Hay también maneras de distribuir para dar al rostro mayor atractivo. Si éste es muy ancho, o por lo menos, más de lo que debía ser, concéntrese el rouge hacia la nariz. Así mismo, el rouge que tiende a esparcirse hacia las sienes da un mayor aspecto de juventud. Cuando el rostro es demasiado largo y delgado se le puede dar un mayor aspecto de redondez tratando en todo lo posible de quitar el rouge del centro de las mejillas. En tales casos el rojo de éstas debe ser más suave cuanto más se acerca a las orejas.

FIN

LOS JAZMINES DE SAN IGNACIO

(Continuación de la página 11)

VI

Después de buscarla desesperadamente durante toda esa Semana Santa, el Sábado de Gloria, a las diez de la mañana, me encontré frente a frente con Blanca de Esquivel en el atrio de San Ignacio. Ya no vestía el hábito de carmelita, sino el traje recatado y elegante a un tiempo de las niñas de aquella época.

Antes de entrar en el templo me arrojó una mirada larga y profunda, y a mí me pareció que el corazón se me subía hasta la garganta.

La contemplaba en la nave iluminada, divina y pálida. Antes de que terminara el divino oficio, fuíme al atrio, me acerqué a una negra que vendía flores, y le compré todos los jazmines que tenía.

Esperé, temblando la salida de la misa, y al verle aparecer, acompañada de una señora de rostro marchito y triste, me revestí de valor, todo el valor que me prestaba mi silenciosa pasión de tantos años, y le ofrecí mis jazmines.

¡Dios santo!

Su mano frágil se extendió hacia mí, tomó mis pobres flores; sus ojos me miraron profundamente otra vez, y desapareció entre la muchedumbre de fieles.

No volví a ver jamás a Blanca de Esquivel.

VII

Al día siguiente de la Pascua de Resurrección iban a ajusticiar a un hombre en la Plaza Mayor, frente al Cabildo. Era el joven Marcelo Valdivia, convicto y confeso de falsificación.

La muchedumbre que concurría al suplicio estaba triste. Porque el reo de muerte era hijo de un vecino muy respetado en Buenos Aires, el hidalgo castellano don Fernando de Valdivia. Pero la ley era la ley...

La muititud me arrastró hasta el pie del cadalso. Marcelo Valdivia, rubio y juvenil, estaba amarrado al banquillo. Lo miré con melancólica curiosidad.

—Su mercé: mire lo que tiene el reo entre las manos...

La mulata de San Francisco estaba a mi lado, y señalaba algo con el dedo tembloroso. Miré las manos atadas del hombre que iba a morir, y vi entre ellas un ramo de jazmines ya marchitos...

—Son sus jazmines, los jazmines que su mercé le dió en San Ignacio... Este que van a ajusticiar era el novio de Blanca de Esquivel, su mercé...

En medio de la muchedumbre, me pareció que la Plaza Mayor se abría bajo mis pies. Fué Carmen, la mulata de San Francisco, la que me recogió en sus brazos cuando caí exánime.

FIN

DESARROLLE SU VOLUNTAD COMO SI...

(Continuación de la página 13)

Nuestro futuro y nuestro destino están en nuestra voluntad más que en nuestras manos, porque nuestras manos no son más que los instrumentos de nuestra voluntad. Engendremos primero fuerza de voluntad invencible, aprendamos a poner nuestro cuerpo bajo el dominio de la voluntad, y luego, aunque todas las fuerzas del mundo y del infierno se desencadenen contra nosotros, podremos y probaremos ser conquistadores de las cosas que realmente valen.

COMO DESARROLLAR LA FUERZA DE VOLUNTAD

El secreto de hacer efectiva una venta cualquiera es la voluntad: hacer que el cliente obre por la silenciosa y firme presión de la voluntad del vendedor.

La terquedad es meramente afectación, una negativa a ceder, una resistencia a la voluntad de otro hombre. Está tan lejos de ser voluntad como el polo Norte del Sur. La verdadera fuerza de voluntad cede, cede, pero siempre vuelve como un elástico: jamás se rompe.

Hágase estas preguntas: ¿Ha sido usted amedrentado por alguién? ¿Permite que el destino o las circunstancias lo hundan en la vacilación y el descorazonamiento? Si es así, su voluntad es débil. ¿Cómo la fortalecerá? Pues exactamente como lo hace con todos sus otros poderes mentales: concentrando su pensamiento todos los días varios minutos en su poder de voluntad.

¿Por qué es éste un sistema de buenos resultados? La explicación es sencillísima: el esfuerzo mental de la concentración envía la sangre a aquella parte del cerebro en la cual reside la fuerza de voluntad, y esa parte de su cerebro se desarrolla exactamente lo mismo que cualquier músculo cuando usted lo ejercita.

En su relación con los otros en su empresa, ¿siempre hace lo que otros le dicen, o parte del tiempo insiste en que ellos hagan lo que usted les enseña que deben hacer? Ninguna persona en una compañía puede salirse siempre con la suya: eso no es trabajo cooperativo. ¿Es usted un jefe o un seguidor? Si usted sabe que es un mero seguidor, no arremeta demasiado audazmente al comienzo; hágalo con alguna pequeña cosa y persevere hasta el fin. Pero comience hoy mismo el ejercicio de su voluntad si quiere triunfar.

FIN

Notas para la mujer

Vejez prematura-Cómo se puede prolongar la juventud

La higiene médica no sólo establece los medios necesarios para mejorar la actividad orgánica evitando la aparición de enfermedades, sino también llena una misión de verdadera prevención en la lucha que el organismo humano sostiene para poner en equilibrio su constitución con las influencias del medio ambiente que lo rodea.

En esta lucha el organismo trata de obtener condiciones satisfactorias de resistencia, fuerza, longevidad.

Las alteraciones de la piel, especialmente la del rostro en forma de temibles arrugas, con su disposición característica, constituyen las primeras manifestaciones de un envejecimiento precoz.

Sin embargo, son muy simples los medios que, juiciosamente aplicados, evitan la aparición prematura de signos de decadencia orgánica. Todos ellos son datos de observación en los que las leyes de higiene general juegan un papel importantísimo para prevenirlos.

Una condición importante es la de mantener la limpieza corporal. El baño, por ejemplo, en sus diferentes formas: inmersión, abluciones, etc., es una práctica definitivamente consagrada como precepto a observar en el cuidado de la piel en particular y de la salud en general.

Agregando al agua del baño, cualquiera sea su temperatura, unas cucharaditas del antiséptico lysoform, se aumentan las propiedades higiénicas del agua y del jabón y se pone al organismo, sobre todo a la piel — a la que quita los malos olores — en condiciones de soportar toda causa de debilitamiento.

Otras causas de vejez prematura en la mujer, además de las que dependen de una degeneración orgánica, son las enfermedades propias de su sexo, leves o graves, pero siempre una molestia que a menudo debe soportarse toda la vida. Suele presentarse profundo desequilibrio nervioso; las solteras y casadas son deprimidas, sin aptitudes para el trabajo, con intensa decadencia física y mental; sus existencias son mortificantes para ellas y para los seres que las rodean.

Pronto las huellas del envejecimiento precoz se acentúan cada vez más y sus rostros representan muchos más años de los que en realidad tienen.

El uso diario de lysoform en irrigaciones, dos o cuatro cucharaditas por litro de agua hervida tibia, constituye un hábito cómodo, económico, que empleado por solteras y casadas es capaz por sí solo de evitar las profundas alteraciones que acarrean a la mujer el descuido de su higiene íntima y la desatención de los males propios de su sexo.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

NO DEBE ACEPTAR el amor de esa rubia que lo despreció por su amigo. Piense que puede muy bien ser ahora el despecho al verse no correspondida por el otro, lo que la lleva hacia usted.

Contestando a "Desilusionado", de Villa Alba.

●●

Las poesías remitidas por las personas que indico no se publicarán:
"M. A. C.", de Junín.
"G. C. de C.", de Estación Rivas.
"V. N.".
"Romántica", de Saladillo.
"V. M.", de Capital.
"L. J.", de Capital.
"Chorra", de San Francisco.
"T. A. A.", de Rosario.
"A. N. S.", de Venado Tuerto.
"G. A.", de Río Cuarto.
"Lectora de "Mundo Argentino", de Capital.

●●

SI EL CASAMIENTO es sencillo no necesita llevar guantes.

Contestando a "Pirulo", de Coronel Mom.

El amor es bueno, siempre que sus excesos no rompan el equilibrio mental del ser humano.



Señorita Susana Hernández Cáceres, que contrajo enlace con el señor Ernesto A. Grobly.

Foto Pérez.

El amor que no llega...

Yo sé por qué en tus ojos y en tu frente
hay ese gris reflejo de amargura;
que pone un velo triste a tu hermosura
cual si fuera una flor languideciente...

Yo sé por qué en tu espíritu doliente
hay la tristeza de una noche obscura,
y todo el duelo de tu almita pura
yo lo sé, sin que nadie me lo cuente...

Es que empieza a llorar la primavera
por irse de tu lado, y la quimera
ya no tiene horizontes tan risueños...

Un año más cumpliste el otro día,
y aún el "príncipe azul" de tus ensueños
no pasó por tus puertas todavía...

ANÍBAL MARINI.

SI ESE JOVEN NO SUPO DAR CUMPLIMIENTO a su palabra en la primera oportunidad que se le presentó, creo no debe volver a atenderlo, no es digno de usted.

Contestando a "Evangélica", de Mercedes, San Luis.

●●

DEBE INDAGAR LAS RAZONES que tuvo esa niña para asumir esa actitud tan rara; interróguela, y si no es más explícita que hasta la fecha, aléjese de su lado; si ella lo ama, la ausencia puede ser para usted una revelación.

Contestando a "Italiano 10".

●●

ES DE LAMENTAR REALMENTE el defecto, mejor dicho, el reprobable vicio que ha descubierto tiene su novio. Se comprenden sus dudas, si hoy a los 20 años saca dinero del bolsillo de un pariente para comprarle obsequios, mañana..., ¿quién puede decir a lo que llegará? Sin embargo, seamos optimistas y pensemos que esos actos pueden responder a una locura de la juventud, y que un buen consejo podrá hacerle ver su error y encaminarlo por la senda del bien. Sea su consejera, confíele su inquietud, y si no se enmienda... déjedo.

Contestando a "María Triste", de Capital.

●●

SI USTEDES SE QUIEREN y se comprenden ahora perfectamente, no puede nunca ser motivo de infelicidad en su matrimonio, que su novia sea un año mayor, desde el momento que no es un secreto para usted.

Contestando a "Rubio Riocuartense", de Río Cuarto.

●●

SATISFAGA A SU NOVIO en la forma prudente que usted dice. Siempre es halagador recibir esa prueba de cariño de la prometida, sobre todo cuando está próxima la fecha del casamiento.

Contestando a "Gringuita buena", de San Juan.

ES CONVENIENTE SI ES POSIBLE que conozca a los padres de su novio antes del día de su compromiso.

2º No debe obsequiar a sus futuros suegros el día que los conozca; eso sí, sea muy atenta con ellos y trate en toda forma de granjearse su simpatía.

3º Sí, debe darle las gracias a su novio.

Contestando a "Futura esposa", de Belgrano.

●●

ES MUY PROBABLE QUE LA SEPARACION haya traído el olvido; si el tiempo la convence de lo que digo, busque en otro cariño el consuelo para su pena.

Contestando a "A. J.", de Río Cuarto.

●●

Su colaboración promete algo mejor que lo que me envía; espero.

Contestando a "Goodbye", de San Juan.

●●

SEGURO COMO ESTARA USTED DEL CARIÑO de su novia, no debe titubear en comunicarle lo que le pasa; debe tratar de ponerse bien lo más pronto posible, y ella se resignará a esperarlo un poco más. No se desaliente.

Contestando a "Jujeño afligido", de Jujuy.

●●

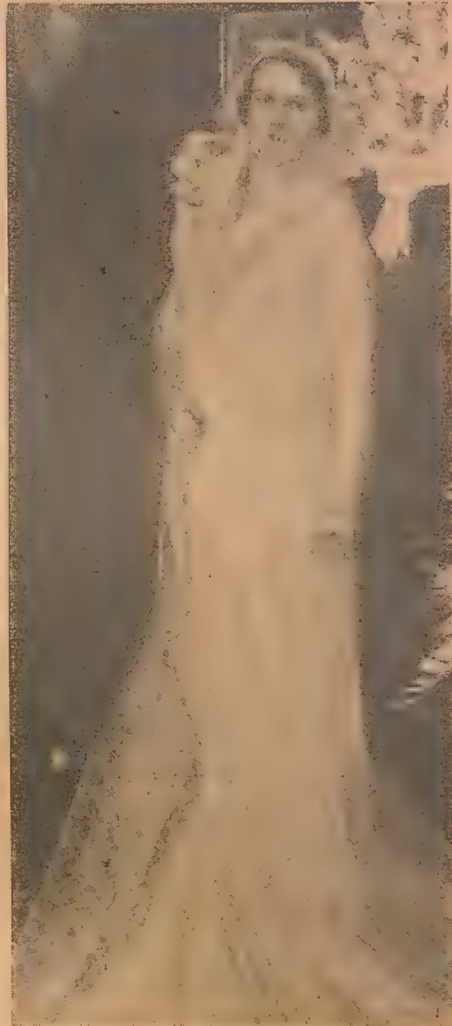
ESE ALEJAMIENTO Y FALTA DE ATENCION de su novio, responde seguramente a que su entusiasmo disminuye; no deje enfriar ese cariño, porque corre el peligro de perderlo.

Contestando a "Edita", de Corrientes.

●●

POR EL MOMENTO DEBE OBEDECER a sus padres, pues es muy joven para proceder con independencia, y no sería difícil que sus actos de hoy la condujeran a una situación que tal vez la llevara al arrepentimiento.

Contestando a "E. B.", de Río Cuarto.



Señorita Emma Clelia Silvano, cuyo enlace con el doctor Antonio Alsina se realizó recientemente.

Las mejores cartas de amor están escritas por los que no están enamorados.
Santiago Rusiñol.

LA UNICA SOLUCION PARA COMUNICARSE con esa niña es enviarle una carta dándole a conocer sus sentimientos. Si ella lo ha alentado con su actitud antes de partir, puede esperar que tenga favorable acogida.

Contestando a "Corto de genio", de San Juan.

●●

PARA EL AMOR NO EXISTEN "PROTOCOLOS". Usted ha obrado correctamente al escribirle manifestándole sus sentimientos, y otra debió ser la manera de comportarse de su vecinita que, en lugar de ofenderse, debió considerar como una delicadeza de su parte, la forma de dirigirse a ella. No se aflija, que la tormenta pasará, y la ingrata después de reflexionar interpretará debidamente la lealtad de su proceder.

Contestando a "Hamlet", de Rosario.

●●

NO COMPRENDO su pregunta. Exprésese con más claridad.

Contestando a "Solitario", de Yocoli de Mendoza.

Teme al amor de una mujer más que al odio del hombre.

GRANDES MOMENTOS *en la* VIDA *de los* GRANDES SERES

MARY GARDEN

SU DECISION LE VALIO EL TRIUNFO

Nos encontramos, a veces, con ciertas personas cuya gran inteligencia, fama o grandeza, nos hace pensar que jamás habrán sabido qué era la pobreza o la tristeza. Tal es la idea que podría, por ejemplo, sugerirnos May Garden, la famosa cantante de ópera. No triunfó ella por su gran talento, sino por su audacia y su decisión. Nació en Escocia en 1877, trasladándose desde muy pequeña a Estados Unidos, donde estudió piano y violín. Pero no era esto precisamente lo que más le agradaba. Mary soñaba con ser una gran cantante. Y fué así que para tratar de materializar ese sueño marchó a Chicago. Sin embargo, pronto se dió cuenta de que el deseo de triunfar, si bien vale mucho, no es suficiente para triunfar en la realidad. Y decidió, entonces, trasladarse a París y estudiar allí. Su maestro fué un artista español sumamente inteligente. Mary esperaba adueñarse allí de algún buen contrato, pero el tiempo pasaba y su deseo no se veía cumplido. Los envíos de dinero provenientes de su casa comenzaron a escasear y fué así que se vió en apuros. Sin embargo, en esos momentos en que el porvenir no se le presentaba todo lo halagüeño que sería de desear, su destino cambió. Sybil Anderson, un gran cantante que conociera en Escocia a la familia de Mary encontró a ésta ocasionalmente y la invitó a vivir en su casa, donde por espacio de un mes, ella permaneció rodeada de toda clase de comodidades. Sybil la presentó a su vez a Albert Carré, director de la Opera Cómica de París, quien la autorizó para que presenciara los ensayos de la ópera "Luisa". Transcurridos algunos días, Carré, luego de haberla escuchado le pidió que aprendiera el rol de la heroína de la ópera, cosa que ella, entusiasmada, hizo de buen grado. Faltaban dos días para el estreno de la ópera, cuando Mary fué llamada a la oficina del director donde se le informó que la prima donna se hallaba enferma y que ella debía ocupar su puesto en el escenario. Mary no se sorprendió ni se acobardó. Consideró que su gran momento había llegado y que la oportunidad con que durante varios años soñara estaba al alcance de su mano. Y serena, segura de sí misma, Mary cantó como jamás lo hiciera en su vida. El público, que pocos instantes antes la recibiera fríamente, debido a que su nombre era completamente desconocido en el ambiente teatral, la ovacionaba ahora delirantemente. Fué aquel el gran momento en la vida de la famosa actriz. Desde esa noche Mary fué la reina de la Opera Cómica de París. Permaneció allí siete años, al cabo de los cuales, retornó a Estados Unidos donde implantó, también, tal estilo teatral. Fama y fortuna le sonrieron desde entonces.

¡ESPÍAS!...

Por EDWIN T. WOODHALL

¡Espía!... Palabra infamante que sugiere algo muy bajo y ruin; sinónimo de traidor. Así lo cree la generalidad del público, pero en la realidad los espías no son traidores, sino individuos que eligen el más peligroso de los oficios por razones altamente patrióticas. Saben que si son capturados en el desempeño de sus funciones su suerte está sellada: ¡cuatro balas en el pecho! El servicio de espionaje en tiempo de guerra requiere gran valor y condiciones de serenidad nada comunes. Edwin T. Woodhall, uno de los ases del espionaje británico en los años que precedieron a la gran guerra y durante la misma, nos relata extraordinarias aventuras propias y ajenas de la organización del cuerpo especial de detectives y espías que actuó en Francia desde 1914 a 1918. Son páginas de obscuro heroísmo y abnegación, por las cuales desfilan desde lord Kitchener, el gran soldado, hasta la piadosa nurse Cavell, que se agrandó en el sacrificio hasta empequeñecer a los funcionarios que cometieron el error de condenarla.

El gran detective EDWIN T. WOODHALL

La "doctora", brillante espía alemana, fué destinada por sus padres a estudiar medicina y cirugía. Siguió varios cursos con brillantez, pero las circunstancias la vincularon al servicio de espionaje y abandonó por completo sus estudios para dedicarse en cuerpo y alma a él.

Cayó bajo las sospechas del servicio secreto ruso en Viena, durante 1908, cuando se produjo la anexión de la Bosnia-Herzegovina.

Nuevamente fué sospechada por los franceses durante la crisis de 1911, en Marruecos. En 1912 fué vigilada por los británicos.

Su especialidad eran los asuntos diplomáticos, pero se adaptaba a cualquier otra clase de espionaje.

Recuerdo haberla visto en dos ocasiones, durante 1912, y, por última vez, en la primavera de 1914.

Era exececpionalmente hermosa, ilustrada y dotada de gran atractivo.

En Inglaterra tuvo poco éxito. Era demasiado conocida. Logró, empero, sus propósitos en Rusia, pues como consecuencia de sus informaciones, Hindenburg consiguió detener el avance ruso sobre la Prusia Oriental. Enviada allí por el servicio secreto alemán, en cuanto se inicia la invasión, su objetivo y misión consistían en averiguar de los oficiales rusos sus planes y operaciones de ataque.

Debía instalarse en las ciudades más grandes y cercanas de la frontera rusoalemana, y, valiéndose de su encanto y belleza, conquistarse la confianza de cualquier oficial o alto jefe ruso que pudiera suministrar los informes que se necesitaban.

Prueba su éxito la feliz campaña de Hindenburg que desalojó con tanta facilidad a los rusos del territorio alemán que invadieron en forma tan halagüeña al principio.

Por desgracia la "doctora" fué avistada por un agente secreto ruso en el curso de la retirada, que la reconoció como a la antigua espía alemana de Viena en 1908. Fué arrestada, acusada y ejecutada como espía.

La caballería alemana, victoriosa, llegó con veinte minutos de atraso para salvar la vida de una de las más grandes espías alemanas; encontraron su cadáver caliente aún, tendido sobre una mesa.

Hacia fines de 1915, una mujer llamada Blanca Potin, ingresó al servicio secreto francés. Era oriunda de Bruselas, de madre francesa y padre belga y vivió en Amberes hasta los diez y ocho años. Su inteligencia y belleza la llevaron a los escenarios teatrales, en donde conquistó rápida fama como encantadora "soubrette" y bailarina, actuando en papeles secundarios en los escenarios de París, Viena y Berlín.

Era vistosa, atrayente y con gran partido entre el sexo fuerte. El servicio secreto francés buscó su ayuda y la contrató poco antes de la guerra. A continuación inició una jira aparentemente artística, pero en realidad, de espionaje.

El principio de la guerra la sorprendió en Berlín, pero a fuerza de constancia y habilidad se salvó y consiguió llegar a Suiza. Se la envió seguidamente a España y trabajó ardorosamente en la obtención de información militar.

En Madrid, Barcelona y otras ciudades españolas que eran verdaderos viveros de espías y contraespionaje, demostró, una vez más, ser una aliada valiosísima, así como también en Holanda, a donde se trasladó a principios de 1916.

Sobrevino luego su misión más peligrosa. En junio de 1916 regresó a París. Se necesitaban informes sobre la actuación militar alemana en Bélgica y se decidió enviarla a la zona ocupada. Por aquel entonces la situación de Francia era un tanto crítica. Preocupaba la neutralidad de España, porque si esta nación, instigada por el espionaje alemán en Madrid, hubiera declarado la guerra, todo el Norte de Marruecos hubiera estado a su disposición.

Las terribles bajas en el sector de Verdún, ensombrecían aun más el horizonte francés.

Los franceses tenían en Bruselas y Amberes dos agentes muy seguros que durante meses habían estado transmitiendo informes valiosos a París. Blanca Potin debía proceder por su cuenta y comunicarle a cualquiera de esos espías de confianza lo que lograra averiguar sonsacando a los oficiales alemanes. Durante varias semanas, después de su llegada a Bruselas, se recibieron mensajes de los dos agentes que se hallaban ya en contacto con Blanca. Todo marchaba como sobre ruedas. Pero de repente, las comunicaciones cesaron por completo. Tres meses pasaron sin que se supiera nada de ella. Se envió un agente a investigar el extraño caso. Al



La bailarina y famosa espía alemana Mata Hari, fusilada durante la guerra.

cabo de seis semanas regresó con la explicación. Era bien desconsoladora: ¡Blanca Potín se había vuelto traidora!... ¡Su corazón le había jugado una mala pasada! Mientras cumplía las órdenes recibidas, se había enamorado perdidamente de un alto oficial del servicio de espionaje alemán. El corazón triunfó sobre el cerebro, y presa de su loca pasión por el hombre que había creído dominar, cayó vencida por el amor.

LAS MUJERES EN EL SERVICIO DE ESPIONAJE. MATA-HARI, LA BAILARINA TRAGICA

En lugar de arrancar secretos al oficial alemán, Blanca le reveló los nombres de todos los espías aliados que conocía. Muchos, por su traición, fueron apresados y fusilados.

Blanca desapareció. No se la volvió a ver en Bruselas. A veces circulan aún rumores sobre su suerte. Se dice que huyó a uno de los países escandinavos y que hacia fines de 1916 fué encontrada estrangulada en la habitación de un pequeño hotel de Copenhague una mujer, cuya descripción coincidía con la de ella.

Mata Hari, la "Estrella matutina", famosa bailarina y espía alemana, fué arrestada por los franceses, condenada a muerte el 25 de julio y fusilada a las 6.15, en los fosos del castillo de Vincennes, el 15 de octubre de 1917.

Dotada de una personalidad magnética y gran belleza, tomó a París por asalto en 1912. En Berlín la idolatraban.

Según datos de la policía de investigaciones francesa, era holandesa y madre de dos hijos. A los diez y ocho años se casó con un oficial del ejército de su patria. Así se inició en la vida. Más adelante se convirtió en bailarina, cortesana y espía a sueldo de la Alemania imperial.

Su esposo la llevó a Bangor-Birce, en la India holandesa, pero por razones que no se conocen, tuvo que regresar a Holanda en malas condiciones y deshonrado. Era borracho y jugador y le llevaba 25 años.

El hijo mayor murió y el esposo la abandonó, encontrándose ella muy enferma y casi muerta de hambre. Sin recursos y sin amigos, quedó sola en el mundo con su hijita.

Desesperada solicitó la ayuda de su padre, quien le dijo que se dedicara al baile, especialmente a las danzas orientales, y le costeó el aprendizaje. No tardó en imponerse y recorrió triunfalmente el mundo.

Estudió muchas creencias y prácticas exóticas, como ser: filtros mágicos, cultos orientales, invocaciones a dioses mitológicos y todos los rituales del amor. Clubs exclusivistas la buscaban. Todo el mundo chic y cursi se la disputaba. Cuando actuaba en París, Viena la reclamaba. Petrogrado competía con Londres, Londres con Nueva York y ésta con Berlín.

Tal era Mata Hari, la "Hija del Crepúsculo", la "Estrella de la Mañana", hija del templo de Damdaswamy, amada de los dioses, hija del templo de Siva, alta y exótica sacerdotisa de los misterios del amor y la belleza y como tal la aceptaba la credulidad y la admiración de su nutrida falange de admiradores antes de la guerra. Entre ellos se contaban: un ministro de guerra ruso, un funcionario de elevada categoría del ministerio de Relaciones Exteriores de Holanda, un poderoso banquero madrileño, un multimillonario yanqui, un ministro de estado australiano, un senador francés, un duque y un conde británicos, y un conocido artista. El amigo "dilecto", empero, era el prefecto de policía de Berlín, cosa que se sabía en la "Sureté" francesa.

Adulada, idolatrada, mimada, relativamente rica, disputado su amor por hombres de todas las clases sociales, esta famosa bailarina del templo y cortesana cosmopolita se convirtió en espía internacional a sueldo de Alemania.



El día en que se declaró la guerra Mata Hari almorzó con el prefecto de policía de Berlín.

Desde el estallido de la guerra en 1914, sus actividades en el Japón, España, Holanda, los Estados Unidos de América y París fueron extraordinarias.

Estuvo alrededor de dos meses en París, vigilada por el espionaje francés, cuando fué llamada a Vittel para atender un oficial amigo suyo que había sido malamente herido.

Vittel era un importante centro de la aviación francesa. ¿Se trataba de una coincidencia?... Nada se le probó, y cuidó al oficial herido con gran cariño y consagración. Como es natural, tratándose de mujer tan hermosa, otros oficiales la invitaban a cenar y a excursiones automovilísticas, pero nada más. Por este tiempo, y hallándose de regreso en París, el oficial del Servicio Secreto francés, capitán Ladaux, la citó a su despacho y le dijo:

—Usted se halla bajo sospecha de ser espía.

El capitán le presentó pruebas innegables de su culpabilidad, pero ella negó terminantemente, protestando, en su descargo, que amaba entrañablemente a Francia y a la causa de los aliados para traicionarlos. Terminó por ofrecer:

—Si ustedes me aceptan, les serviré como espía contra Alemania.

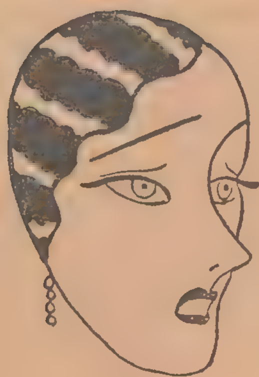
¡Se había vendido!... Por cierto que nunca pudo imaginarse las consecuencias fatales de su doblez.

El servicio de contraespionaje francés hizo como que aceptaba su ofrecimiento, pero sólo para vigilarla mejor.

Sospechada, creía que se confiaba en ella. No era así, empero. Seis agentes franceses fueron enviados a Bélgica. Mata Hari los conocía a todos. Ella misma y otra mujer de nombre Marta Redoutte iban entre ellos. La hermosa Marta era una rubia francesa, y su lealtad había sido probada en repetidas ocasiones. Sus dos hermanos habían muerto por la patria: Enrique en Charleroi, y Julio en Verdún. Era alsaciana y hablaba corrientemente el alemán. En su carácter de espía nacional trabajaba por Francia entre los oficiales alemanes de Bruselas y Amberes.

En el plazo de dos meses, cada uno de esos

(Continúa en la página 61)



HISTORIA DE LOS AMORES DE GLORIA SWANSON

GLORIA no se ACOBARDA ante el FRACASO de su AMOR y de su POSICION SOCIAL

Por **LOUELLA O. PARSONS**

He aquí un breve resumen de los capítulos anteriores. La inquieta Gloria, después de las alternativas de su primeros pasos en la pantalla y en el amor, contrae matrimonio con Wallace Beery, de quien, poco después, se divorcia, para contraer nuevas nupcias con Herbert Sombrom. En este punto, su fama es mundial, y el ambiente en que vive, principesco. Gana mucho y derrocha más. Esto y su afán de trabajar por su cuenta la arrastran a la ruina. Divorciada nuevamente, el azar la lleva a conocer, durante su estada en París, al marqués de la Falaise. Y aquí empieza el idilio de su tercer matrimonio, que colma sus ambiciones, porque la convierte en marquesa.

CAPITULO IV

HOLLYWOOD, para no ser menos que Nueva York, preparó una real bienvenida a Gloria y a su marqués. Algunos famosos astros no asistieron a esta recepción. Gloria, en su pasado, no había sido cordial con muchas celebridades del film, y éstas, despechadas, no fueron a esperarla a la llegada del tren ni tomaron parte en la fiesta que se le dedicó.



Dueña ya de una gran fortuna, la ex bañista de Mack Sennett compró esta propiedad situada en pleno Hollywood, la suntuosidad de cuyos interiores eran motivo de gran admiración por parte de sus amigos.

Con su esposo, el marqués de la Falaise, en uno de sus viajes a la capital francesa. Al ser obtenida esta foto, comenzaban ya a insinuarse sus principales discordias.

Las calles se vieron nuevamente repletas de gente y Gloria fué nuevamente aplaudida. El marqués, que había creído que se casaba con una simple artista de cine, fué grandemente sorprendido por esta ovación. Después, ambos se dedicaron a la vida tranquila del hogar.

El marqués, verdaderamente enamorado de su esposa, sugirióle la idea de ir a vivir a París, a un departamento que él podría mantener con sus rentas. Pero la ambición de su esposa la rechazó.



Gloria en "El amor de Sunya", otro de sus fracasos financieros y artísticos. Empeñada en ser la directora, dueña y ejecutora al mismo tiempo de todos sus films, Gloria vió así apagarse sus valores artísticos y desaparecer gran parte de su fortuna.

Gloria comenzó a vivir de una manera que hubiera parecido exagerada hasta en los aristocráticos franceses cuando estuvieron en el poder. Mientras otros astros tenían un valet, Gloria tenía dos. Dobló el número de sus sirvientes. Su modo de vivir podía ser comparado, en extravagancia con el de un Vanderbilt o el de un Astor.



Constance Bennett, la heroína de "Una mujer en subasta", cuyos amores con el marqués de la Falaise provocaron el divorcio de éste con Gloria.

Ganaba mucho dinero, pero gastaba hasta el último centavo. Esto disgustaba al marqués, que quería trabajar en algo. No le agradaba ser exhibido como el esposo de Gloria Swanson. Gloria se pasaba el día ausente de su lado, lo que hacía que a él, por hallarse en un país extranjero, le parecían las horas eternas.

Jugaba al golf, andaba a caballo y trataba por todos los medios de acostumbrarse al ambiente; pero no podía ser feliz.

En ese tiempo, Gloria llevó sus ideas de realeza al estudio. Se hacía conducir a él en una silla de ruedas, manejada por un sirviente uniformado que, cuando no la empujaba, permanecía tieso detrás de ella. Todo el estudio estaba revuelto. Trató de justificar esta excentricidad diciéndome que lo hacía porque estaba enferma.

Su fama y su fortuna inspiraron a Gloria la idea de hacer películas por su cuenta. Quería ser la directora de sus propias cintas. Sentía algo así como la necesidad de decir algo sobre la dirección, la historia y el mecanismo de sus dramas.

La Paramount le ofreció veinte mil dólares por semana. La suma más elevada que se ha ofrecido a un astro. Sus amigos le aconsejaron que aceptara. Pero, ¿cuándo aceptó Gloria el consejo de alguien? Era decidida y terminante en sus ideas.

Rehusó quedarse en la compañía de Adolfo Zukor, y empezó a trabajar por su cuenta. Esta fué su primera gran equivocación. Sus películas no tuvieron éxito. Había a su alrededor demasiada gente que la adulaba y no recibía ni un solo buen consejo.

Sus finanzas empezaron a andar mal. Es muy distinto gastarse su dinero en producciones a recibir el sueldo y dejar a los demás las preocupaciones del costo, por demás elevado.

No disminu- **(Continúa en la página 52)**

En el próximo número: El CUARTO AMOR de *GLORIA*: MICHAEL FARMER

Notas gráficas de la Capital



Con una brillante fiesta deportiva inauguró el Club Ferrocarril Oeste su gran pileta de natación, siendo las pruebas presenciadas por un crecido número de familias. Nuestra fotografía muestra la largada de la carrera de los cien metros estilo libre.

Foto Delfau.



Héctor Pedro Blomberg acaba de publicar su primera novela grande: "La mulata del Restaurador", pues hasta ahora Blomberg se había limitado al relato breve, en el que es un verdadero maestro. El ambiente de esta novela está cálidamente evocado, moviéndose sus personajes con el vigor que poseen las figuras noblemente literarias, sin artificio alguno, y su acción rápida e intensa hace apasionante su lectura. "La mulata del Restaurador" es una buena novela histórica, digna de figurar entre las contadas que en nuestro país han alcanzado justo renombre, al lado de "La corbata celeste", de Hugo Wast, y de "El gaucho de Los Cerrillos", de Manuel Gálvez, sin olvidar la que siempre será leída con interés: "Amalia", de José Mármol.

Foto N. N.



Palco oficial ocupado por las autoridades de la Federación Argentina de Natación y de otras instituciones, durante el acto inaugural de la pileta de natación del Club Ferrocarril Oeste, que cuenta ahora con un magnífico natatorio para sus asociados.

Foto Delfau.



Señora Lucila Machuca de García, notable pianista y clavecinista argentina, bajo cuya dirección iniciará en breve un ciclo de interesantes audiciones la nueva entidad cultural Asociación La Tonal de Buenos Aires.

Foto Fayer.



Saludando a los oficiales del regimiento de Granaderos a Caballo aparece en este grabado el Presidente de la República, general A. P. Justo, con motivo de la visita que hizo al cuartel de este cuerpo en la celebración del 120º aniversario de su fundación.

Foto N. N.



Núcleo de señoritas que asistieron a la matinée danzante que el Círculo Juvenilla ofreció a sus asociados, la cual se desarrolló en medio de gran animación.

Foto N. N.

LAS ENCUESTAS DE

¿DEBE o NO APLICARSE un

¿Conviene el impuesto a los solteros? ¿Es un gravamen justo? ¿Sus consecuencias serán beneficiosas?

"Mundo Argentino" no omitirá esfuerzos para que el resultado de esta encuesta sea el verdadero sentir de todo el pueblo de la república. Para ello promete para en breve una original manera de obtener este reflejo tan necesario, para que el nuevo Congreso pueda tener más base donde orientarse sobre este asunto.

● ●

Opina el doctor MANUEL CARLES (SOLTERO)



Todo impuesto que no beneficia al contribuyente, resulta injusto, dijo el doctor Manuel Carlés a la señorita Adriana Piquet, nuestra repórter.

Grave falla hubiera sido, en la encuesta de "Mundo Argentino", la ausencia del doctor Manuel Carlés. El famoso presidente de la Liga Patriótica es, en la vida porteña, algo así como un solterón clásico. Por otra parte, eminente figura de nuestro foro, viejo orador político, parlamentario que se destacó cuando en nuestro Congreso se libraban grandes batallas oratorias, su juicio en el impuesto de la soltería no podía faltar en estas páginas que tratan de aportar la mayor cantidad de luz para su futuro debate en la legislatura. Más aún: no había peligro de que la opinión del notable hombre público fuese interesada, "pro domo sua". La generosidad de su idealismo fué siempre garantía de independencia en sus juicios; en cambio, era seguro que diría cosas interesante. En este último sentido superó mis esperanzas. No solamente fundamentó jurídicamente su opinión, con acopio de argumentos y con mucha gracia, sino que la ilustró después con anécdotas y confesiones íntimas.

El doctor Carlés, en su deseo de contribuir eficazmente a los propósitos de "Mundo Argentino", empezó por asegurarnos lo que ya sabíamos: su imparcialidad.

—Desde luego —dijo— me comprenden las generales de la ley, porque soy soltero. Diré, sin embargo, al estilo forense: "El interés que pueda tener en el asunto no influye sobre la exactitud de mi respuesta".

En seguida me explica:

—Por principio, el impuesto es una carga colectiva con retribución de un servicio social. Pago al fisco para que me beneficie. Es decir, el impuesto que no beneficia al contribuyente resulta injusto. Por este motivo fué declarada la independencia de los Estados Unidos.

"¿Qué beneficio recibirá el solterón en cambio del impuesto? Sería aceptado sin discrepancia si fuese aplicado al modo de los matrimonios celebrados en Birmania. Durante la primavera, en el día más florido del año, se reune a las muchachas casaderas, que acuden presurosas a los valles del hermoso país. Con la más estricta imparcialidad se separan las lindas y las feas, para formar grupos distantes. Se subastan las lindas, y con el precio se dotan a las feas. Allí todo el mundo se casa. El que busca la belleza la paga; quien desea ser rico, se vende."

El doctor Carlés, al contarme esta y otras costumbres de países lejanos, tan oportunamente ilustrativas de la cuestión que debate la encuesta, se ríe con su risa franca y abierta, que él mismo se interrumpe de golpe con un rápido taconeo para reanudar su interesante explicación. Siguiendo un procedimiento análogo al de Birmania, la gabela sentimental tendría aquí un fin humanitario, haría obra de misericordia si el impuesto célibatario fuera para consolar a las solteronas. Como toda ley punitiva, se pondría mucho cuidado en la reglamentación de las causas atenuantes y de las circunstancias eximentes del impuesto a la humanidad negativa. En tal sentido, se publicarían tarifas, con numerosos incisos, para justificar los casos especiales de los impedidos involuntarios, de los impedidos voluntarios y de los impedidos por accidentes para contraer matrimonio.

Yo le pido al doctor Carlés ejemplos ilustrativos para cada una de estas categorías, comprendiendo que, bajo su pintoresca y animada peroración, hay una fina crítica y una oposición al proyectado impuesto.

—¿Ejemplos? Vamos a ver: en la primera categoría de los impedidos involuntarios aparecerían los feos, los bobos y los pobres. Entre los impedidos voluntarios, a quienes más gravaría el impuesto, con protestas y todo, estarían los viejos verdes, los envejecidos cascarrabias, los divorciados alegres y los viudos satisfechos. Los impedidos por accidente, en consideración a la fatalidad del destino, pagarían el mínimo de la carga. Serían los bolseados, los contrariados por suegras bravías, los despedidos de la casa nupcial por ser locos de verano...

—Los contrariados por suegras bravías han de ser los más...

—Aguarde un poco, ya le voy a contar al caso algo personal, graciosísimo... Pero anote también el caso trágico de los pacientes de impedimentos dirimentes, esos que anulan el matrimonio y cuya prueba sonroja a los fiscales, al punto de ser considerados a puerta cerrada del tribunál. ¿Y estarían en la misma categoría del impuesto los refractarios con los fracasados? Por último, supuesto que el gravamen se estableciera para escarmiento de la contumacia, ¿habría equidad en imponerlo a los arrepentidos como yo?

—Acaso su experiencia personal —sugiero— sería la mejor ilustración de su tesis.

—¡Ah, le voy a contar! En 1910, durante las fiestas del centenario, se organizó un gran acto en el teatro Colón, con motivo de distribuirse los premios a la virtud. Las damas deliberaron y discutieron sobre el orador que convendría designar para el magnífico acto. Carmencita Marcó del Pont, llamada afectuosamente Cicy, me proclamó como el candidato más indicado. Se me hubiera designado sin oposición nin-

"MUNDO ARGENTINO"

impuesto al HOMBRE SOLTERO?

guna. Pero había una circunstancia de entretelones familiares que produjo un pequeño conflicto y puso en peligro mi candidatura oratoria. En la comisión de damas había una señora, por sobrenombre de familia llamada Ñaña, que se opuso decididamente a que yo pronunciara el discurso principal. Por nada en el mundo quería que yo hablase. Su argumento era uno solo, pero lo repitió tanto y en tal forma que parecían veinte razones distintas: yo era soltero, no podía designarse a un soltero para una fiesta de la virtud. Entonces Cicy intervino con la misma decisión y con esa gracia que tienen las porteñas inteligentes, afirmó: "¡Carlés no es un soltero! ¡Carlés es un solterón!" Y con esto Carmencita Marcó del Pont destruyó la hostilidad de la señora Ñaña y me consagró, "ipso facto", benemérito de los solterones.

— Y ¿por qué motivo no quería la señora Ñaña que usted hablase?

— ¡Ah, aquí vienen los entretelones familiares! A la señora Ñaña yo le festejaba una hija y ella me hacía la guerra. Y temía que mi actuación en la fiesta pudiese contribuir al éxito de mi festejo. ¡Imagínese, Carlés, buen mozo, parado en el escenario del Colón, ante toda la sociedad porteña, pronunciando un discurso elocuente! La señora Ñaña tenía miedo de que su hija se impresionara. En aquel tiempo yo usaba levita, estaba de moda, imagínese. Para una suegra aprensiva como la señora Ñaña, el asunto era peligroso.

— Y ¿cómo le fué al fin con la hija de la señora Ñaña? ¿Qué impresión le hizo su gran discurso en la fiesta del teatro Colón?

El doctor Carlés vuelve a reírse con su risa franca y abierta, y luego:

— Ya dije que yo figuro entre los arrepentidos, no entre los despreciados.

• •

De MANUEL GALVEZ (CASADO)

"Me parece muy bien. El Congreso debiera autorizar cuanto antes ese impuesto"



El escritor argentino Manuel Gálvez dijo a nuestra cronista que el impuesto al soltero es muy justo.

El conocido novelista Manuel Gálvez, propuesto para el premio Nobel, es también abogado. Puede apreciar, pues, el asunto de nuestra encuesta, como escritor de costumbres y desde el punto de vista jurídico.

Manuel Gálvez nos formula opiniones completamente favorables al impuesto a los solteros.

— Yo no veo razón alguna valedera — nos dice — que se oponga a gravar un estado civil contrario a los intereses de la sociedad. En Europa este impuesto existe y no ha levantado protestas de ninguna clase. Es tan justo como cualquier otro impuesto; y su finalidad es la misma: aumentar los recursos del erario.

— Pero en nuestro país las víctimas del impuesto serían muy numerosas...

— Mejor, así la recaudación también será mucha. Me parece muy bien. El Congreso debiera autorizar cuanto antes la respectiva ley. Y no creo que ningún soltero se consideraría una víctima, como usted dice. Víctimas son las mujeres solteras, en todo caso.

—¿Y usted cree que los matrimonios serían más numerosos una vez sancionado el nuevo impuesto?

— No lo creo, porque el matrimonio siempre es un asunto grave, y ningún solterón se casará para evitar el pago de una contribución proporcionada a sus medios de vida. Nada ganaría pecuniariamente, porque el sostén de una familia le costaría más que el pago del gravamen. Este no tendría mayor consecuencia social; sería simplemente una manera de allegar recursos para el presupuesto nacional, y vendría bien principalmente ahora que el gobierno lucha desesperadamente para afrontar las consecuencias de la crisis.

• •

En la Facultad de Filosofía y Letras (SOLTEROS)

No podíamos dejar de visitar nuestra Facultad de Filosofía y Letras, y oír la opinión de los estudiantes. He aquí lo que nos dijeron:

Todas las estudiantas:

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Todos los estudiantes:

— ¡No! ¡No! ¡No!



NOTAS PLATENSES

ESTUDIANTES DE LA PLATA FRENTE A GIMNASIA Y ESGRIMA



El encuentro entre los viejos rivales platenses siempre congrega gran cantidad de espectadores, que estimulan a sus favoritos. Este es el team de Estudiantes, que venció al de Gimnasia por seis tantos a uno.
Foto De la Mela.



Sabido es que las mujeres platenses son muy aficionadas al football. Este es un grupo por demás elocuente. Sus gritos ponen una nota de franca alegría en los estadios.
Foto De la Mela.



¡Esto se llama afición deportiva! Y todas las tribunas que rodean el field donde se realizó el gran match estaban lo mismo, llenas de un público que manifestaba ruidosamente su entusiasmo y aclamaba a los jugadores de su simpatía.
Foto De la Mela.

EL PASEO EN EL BOSQUE DE LA PLATA



Un paseo por el bosque es no sólo higiénico, sino también un recreo espiritual. Y si no, véanse estas caras juveniles, tan llenas de optimismo y de salud, que lo confirman.
Foto Martín.



Señoritas de Cabezas, Quiroga, Gómez y Camillion, formando una cadena de juventud, pasean aspirándo el encanto de una de estas mañanas que parecen estivales.
Foto Martín.



Señoritas de Etchart y Cailliat, también entregadas al placer del paseo por el bosque.
Foto Martín.



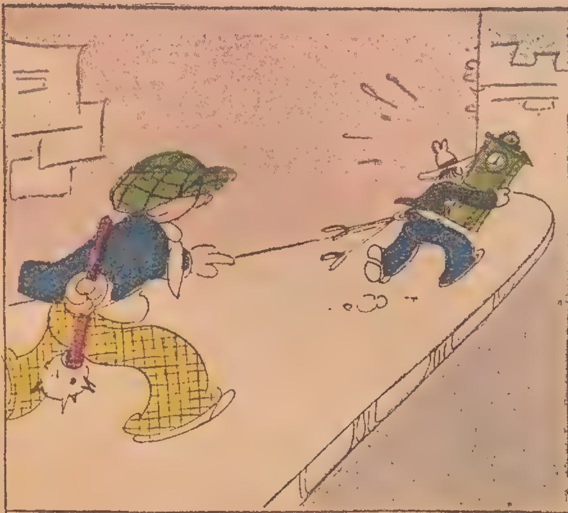
Señoritas de Cabezas y Mc Ker, recorriendo plácidamente el bonito paseo platense.
Foto Martín.

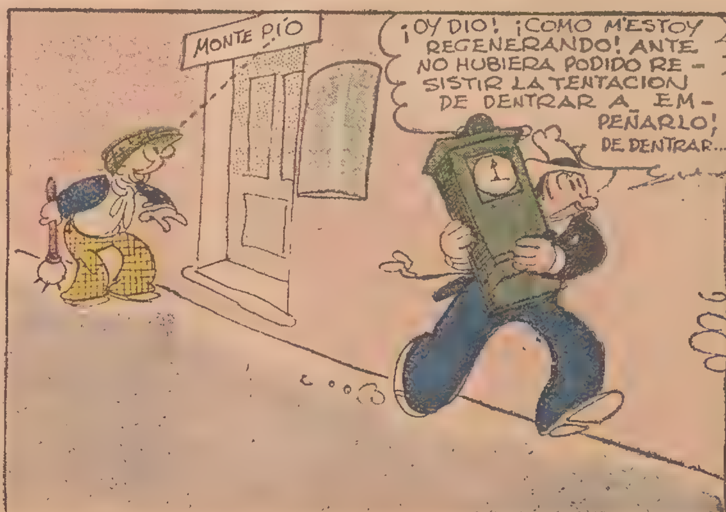


Don Fermín

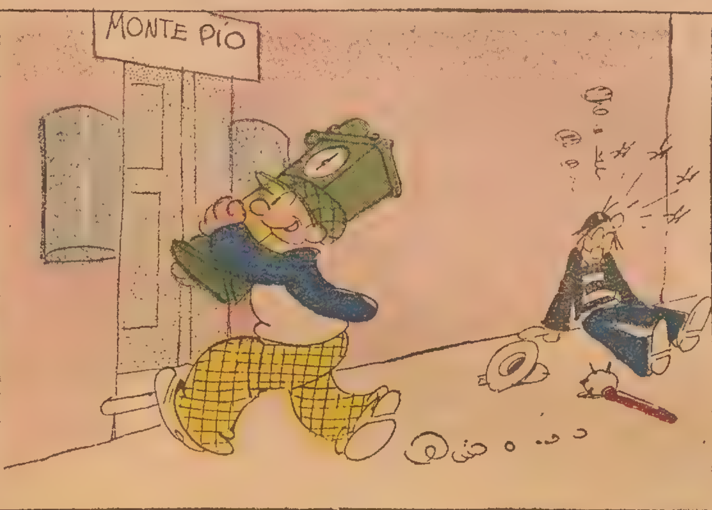
POR DANTE QUINTERNO

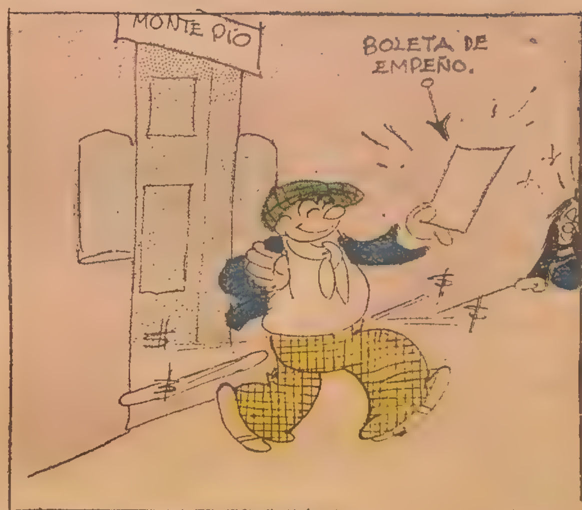






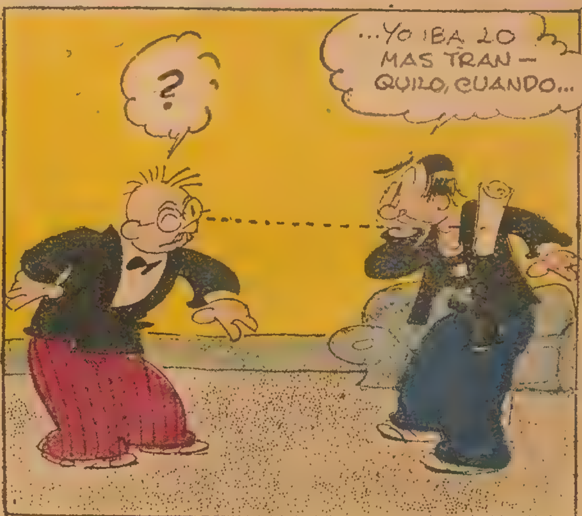






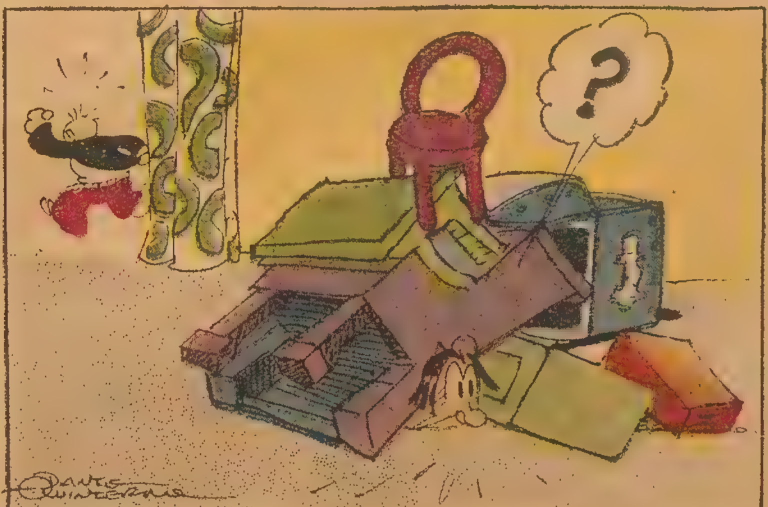












El hombre ahogado

Un cuento policial de JOHNSON y PALMER

En este cuento policial se relata la odisea de varios excursionistas, uno de los cuales perece ahogado en la orilla de un lago, mientras sus compañeros se bañan aguas adentro. Llamado un médico para que certifique esa muerte, éste se muestra sorprendido de que, conforme a las explicaciones de sus compañeros, el rostro del ahogado no revele las huellas del gran terror que sintió en el momento de perecer. Y en esto estriba el misterio de este relato dramático, que una señora hace en una tertulia de un club de pueblo.



Al sacarlo del agua pudieron comprobar que ya era tarde: su amigo se había ahogado.

OH! — exclamó la señora de Williams, mientras se acomodaba en su sillón; — ¿ustedes no han oído nunca nada relativo a aquella famosa excursión? Las damas reunidas esa tarde en el Club Social, inmediatamente se pusieron a oírla, pues esperaban que la señora de Williams les relataría uno de los sucesos más gloriosos de Canadá, como ya había hecho en ocasiones análogas.

— ¿A usted le agradan las cataratas? — preguntó la señora de Pérez atentamente, sin cesar en su labor de tejido.

— ¡Oh, sí! — contestó la señora de Williams brevemente. — Esa parte del viaje fué la mejor. El regreso fué lo más terrible de nuestra excursión.

— ¿Fueron detenidos ustedes por los inspectores de Aduana? — preguntó la señora de Watson con tono desconsolado.

— Sí; y por suerte no encontraron las botellas de cerveza que Enrique había escondido en el baúl; yo estaba tan asustada que no osaba respirar. Pero no fué nada de lo qué nos ocurrió a nosotros lo terrible que les voy a contar. ¡Fué lo que vimos!

Una impaciente expectativa se notaba en el rostro de las socias presentes.

—Cuéntenos — pidió la señora de Pérez.

— Bien — dijo la señora de Williams, adoptando un aire grave, como quien va a contar algo de capital trascendencia. — La cosa ocurrió en la siguiente forma:

"Cuando llegamos a Richmond, una pequeña villa situada en el límite entre Quebec y Maine, fuimos detenidos por los inspectores de Aduana. ¡Yo lamenté tanto tener que dejar Quebec!... ¡Es una ciudad tan hermosa y limpia!... Llegamos a la Aduana justamente detrás de un coche amarillo, que era dirigido por una chica que, puedo asegurarlo, debe ser considerada como muy hermosa por cualquier hombre. Era una de esas mujercitas modernas, muy arregladita, y como ustedes se imaginarán, con la cara pintada de tal forma que la pintura se podía cortar y sacar fácilmente con un cuchillo. Bien; lo peor es que nosotros tuvimos que esperar porque a la damita se le ocurrió sonreír a uno de los oficiales de la Aduana, mientras que al otro lo miraba de reojo, y los dos oficiales, naturalmente, se reían y bromeaban con ella, y no se acordaban de revisar el coche; tampoco se dieron cuenta de que mientras ellos bromeaban, pasó otro coche a toda velocidad, ocupado por dos hombres. Uno de los oficiales inmediatamente subió a su motocicleta, pero después vaciló sobre la determinación que debía tomar; entonces el otro oficial lo llamó y los dos entraron en la oficina, regresando poco después.

"Cuando nos tocó el turno a nosotros, nos hallábamos muy nerviosos, y preguntamos a uno de los oficiales si esos hombres escapaban de la policía, o que finalidad tenía para ellos pasar en esa forma por la Aduana. Además, había temido que empezaran un tiroteo, y como Enrique es muy temerario, hubiera sido capaz de ayudar a perseguirlos. Pero el oficial sonrió diciendo que no me asustara, pues se trataba simplemente de contrabandistas que seguramente querían pasar lo que ellos llamaban "El rojo". Enrique me explicó que se trataba de vino tinto. El oficial siguió informándonos que no era de importancia que se hubieran escapado, pues unos kilómetros más allá se encontraba otro puesto de Aduana, donde era necesario mostrar el permiso extendido en Richmond, y al que ellos ya habían informado telefónicamente para que detuvieran y revisaran el coche fugitivo, del cual habían dado todos los datos posibles.



— Bien — continuó diciendo. — Me parece que aquí se oculta algo.

"Seguimos viaje, discutiendo sobre lo que habíamos visto, y al poco rato divisamos una casita blanca con un letrero que indicaba que se trataba de uno de esos almacenes de campo donde también sirven comida. Como estábamos algo cansados y excitados, decidimos bajar. Creo que no paramos allí más de media hora, pues resultó ser uno de esos fondines con música donde se junta toda clase de gentes, que no eran justamente de nuestro agrado.

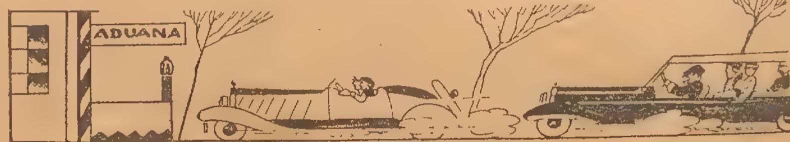
"Cuando llegamos a la segunda Aduana, en seguida nos dimos cuenta de que allí había un alboroto general. Y no era para menos. Vimos el autómovil de los contrabandistas allí parado y a los oficiales revisándolo y removiéndolo todo. Al lado del coche vimos a dos hombres, y yo le dije a Enrique: "Esos deben ser los contrabandistas; debes andar con cuidado."

"Los dos hombres tenían una apariencia bastante vulgar. Uno de ellos, un muchacho que no debía tener más de diez y seis años, usaba un traje azul cruzado y un sombrero gris. El otro, un hombre ya de bastante edad, tenía una cara regularmente simpática, y se parecía un poco a nuestro viejo pastor el señor Wood.

"Mientras esperábamos turno, oímos que uno de los oficiales preguntaba al otro:

"— ¿Está usted seguro de haber revisado perfectamente bien todos los permisos de los coches que pasaron?

"A lo que el otro contestó:



Eran un coche amarillo y otro gris.

"— Completamente seguro, pues los únicos coches que pasaron desde la llamada telefónica de Richmond, fueron un coche amarillo y otro gris, y ambos tenían sus permisos en perfecto orden; en el amarillo iban tres hombres y en el gris dos..

"— Bien — volvió a decir el primero; — entonces será mejor que los dejemos seguir, ya que no encontramos nada de particular en el auto.

"— Sí; no hay nada en el auto, pero a este jovencito yo le encuentro algo raro — contestó el otro.

"Yo volví a observarlo, pero francamente me pareció un jovencito bastante hermoso, y no pude ver nada raro en él.

"— Déjame ver tu mano, jovencito — le dijo el oficial. — Bien — continuó diciendo; — me parece que aquí se oculta algo — y el oficial le pidió que pasara al interior de la oficina.

"Cuando nos tocó el turno a nosotros y justamente estábamos mostrando nuestro permiso, volvió a salir el oficial, y dijo a su compañero:

"— Mis presentimientos resultaron ciertos. Ya me imaginaba yo que un muchacho no cometería semejante error. Se trata de una mujer; pero ella no quiere decir por qué se ha disfrazado de hombre. Dice que lo ha hecho por pura diversión, cosa que yo pongo muy en duda. ¿Pero qué hacemos con ella ahora? Yo creo que lo mejor sería poner presos a los dos,



— Déjame ver tu mano, jovencito — le dijo el oficial.

aun más teniendo en cuenta que han tratado de eludir la revisión en la Aduana de Richmond."

—¿Usted logró saber lo que había sucedido? — interrumpió la señora de Pérez.

— Un momento — continuó la señora de Williams en el tono de un narrador que no le agrada ser interrumpido. — Usted seguramente cree que ya eran bastante peripecias para un solo día. Pero esto que he contado no es nada. Aún falta lo peor.

"Como ustedes saben, el lago de Moose se encuentra unos kilómetros más allá del límite, y como era una noche calurosa, decidimos tomar un corto baño, y nadar un poco antes de acostarnos.

"Bien; continuamos nuestro viaje sin ninguna interrupción. Yo continuamente miraba a todos los lados, temiendo que nos encontráramos con otros contrabandistas, y estaba, naturalmente, algo nerviosa, después de todo lo sucedido. Cuando llegamos a orillas del lago, paramos en el primer surtidor para cargar nafta, y aprovechamos al mismo tiempo para consultar cuál era el punto más cercano y cómodo para pasar la noche y poder bañarnos. Encontramos a los encargados del surtidor, nerviosos y excitados, y nos dijeron que justamente hacía un cuarto de hora que se había ahogado un señor. Según nos informaron, se trataba de tres extranjeros que habían llegado en un auto amarillo, y que también habían preguntado allí por el mejor lugar para bañarse. Uno de los hombres que iban en el auto parecía estar dormido. Ellos le habían indicado el camino, y hacía más o menos unos veinte minutos había llegado uno de los hombres, corriendo, con la ropa en desorden, solicitando la presencia de un médico, pues uno de sus compañeros se había ahogado. Preguntamos dónde se encontraba el ahogado, y nos informaron que estaba en el primer hotel, a pocas cuadras de allí, que era el hotel donde se hospedaba el médico que había ido en ayuda del ahogado.

"Nosotros nos encontrábamos nerviosos, y para salir de dudas, decidimos pasar la noche en el hotel indicado, y así poder averiguar todo lo más posible con respecto a este asunto. Una vez instalado en el hotel, Enrique pudo obtener del dueño los datos que deseábamos. Resultó que el hombre ya estaba muerto cuando lo trajeron al hotel. Su nombre era Juan White, y su domicilio estaba en Nueva York. Estos tres hombres habían venido al Canadá para cazar y pasar una temporada, y ahora al regresar a Nueva York habían pasado cerca del lago Moose y decidieron bañarse. Encontraron un lugar solitario y apartado muy a propósito para ello, y dos de los hombres se quitaron la ropa y se tiraron al agua. White, en cambio, como no sabía nadar, no se desvistió, y decidió pasearse por la orilla del lago. Poco después los bañistas vieron que White se quitaba los zapatos y las medias, se alzaba los pantalones, y se acercaba más a la orilla del lago. Seguramente creyó poder hacer pie, pues ellos habían visto que entraba cada vez más al lago, hasta que de repente lo vieron tambalearse y hundirse. En seguida nadaron hacia ese lugar y buscaron de ayudar a su amigo, pero al sacarlo del agua pudieron comprobar que ya era muy tarde; su amigo se había ahogado. Cuando lo trajeron al hotel, el médico dijo que había fallecido de un ataque al corazón, que seguramente había sido provocado por el mismo miedo de ahogarse. Lo que más atrajo la atención del médico fué la expresión tranquila del muerto. Dijo que nunca, en su larga práctica, había visto una persona que muriera de miedo que no tuviera la cara como contorsionada.

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

Joaquín Maurín: "La revolución española"

Editorial Cenit. Madrid. — La revolución aún está muy lejos de haber cumplido su obra y no le falta, por cierto, los historiadores y los críticos. Pero, con muy rara unanimidad, unos y otros han participado activamente en los sucesos, y sería difícil prestar asentimiento absoluto lo mismo a los discursos de Ortega y Gasset que a las crónicas de Marañón y de Soriano: de la derecha los menos, del centro-izquierda casi todos.



Era interesante escuchar, por eso, la opinión menos directamente aludida de la izquierda; y menos directamente aludida decimos, no porque mire con indiferencia los actuales sucesos que interesan al mundo, sino porque ha desempeñado hasta hoy el papel de quien se sabe llamado a actuar mañana. Esa voz de las izquierdas la trae ahora el señor Joaquín Maurín, en trece capítulos breves y sagaces, con mucho de panfleto a ratos, pero sostenido siempre en lo esencial por la columna vertebral de la interpretación marxista.

Conocíamos ya del señor Maurín su muy valiente "Hombres de la Dictadura". El estilo de ese libro, rápido, cortante, a veces cruel, difiere en mucho del presente; pero se manifiesta a través de los dos un historiador henchido de doctrina, y que aun siendo imparcial, no se siente impasible.

Los que no se encuentran familiarizados con la interpretación económica de la historia, no podrán reprimir su asombro ante las ocultas relaciones que el señor Maurín descubre. Pero después de leer la "Rectificación de la República" de Ortega y Gasset, por ejemplo, yo pondría en manos del lector "La revolución española" de Maurín. El nuevo libro le agrandará de tal manera el horizonte, que tendrá de inmediato la impresión de haber mirado hasta entonces con los prismáticos al revés.

Harold Höffding: "Rousseau"

..Edición de la "Revista de Occidente". Madrid. — El ilustre filósofo danés, cuyos manuales de psicología y de historia de la filosofía anduvieron hace algunos años en las manos de todos, fué un expositor luminosamente inteligente. Si se nos pidiera cuál fué el rasgo eminente de su espíritu, nos atreveríamos a señalar en él la rara virtud que hace a los grandes profesores: la capacidad de la síntesis unida a la finura del análisis. Este libro, que Fernando Vela ha traducido del alemán, es un paseo delicioso por el alma de Rousseau. Después de indicar en breves páginas el problema central que Rousseau se planteó toda su vida y de indicar el valor incomparable de las "Confesiones", traza un croquis brillante de su biografía y se detiene al final en las líneas más salientes de la filosofía.

Es bien notorio que la bibliografía a propósito del ilustre ginebrino adquiere ya la proporción de una montaña. Pero mucha es la hojarasca completamente inútil o el comentario sin personalidad que nada añade. Léase, por ejemplo, el pesado volumen que Proal dedica a la psicología de Rousseau y se verá de inmediato que la solución no ha avanzado un solo paso. Reléase, en cambio, varias veces esta deliciosa monografía del filósofo danés, y cada lectura reservará más sorpresas ante la rica vivacidad y la elegancia mental del gran filósofo no hace mucho fallecido.

Carlos de Arenaza: "Menores abandonados y delincuentes"

Edición del autor. Buenos Aires. — El doctor Carlos de Arenaza, bien conocido entre nosotros por sus hermosos ensayos sobre delincuencia infantil, continúa con este tomo segundo que nos envía su meritoria labor acerca de la legislación y de las instituciones consagradas en Europa y en América al estudio de los delitos en los niños.

En el volumen anterior se había ocupado el doctor Arenaza de los institutos de Inglaterra y de la Europa central; dedica el presente a las legislaciones de la Europa occidental, y promete para en breve el relativo a ambas Américas. Salta a los ojos que de acuerdo a lo indicado, no se ocupará en el libro de las leyes y las obras protectoras de la infancia rusa. El libro, rico, sin duda, en experiencia y sugestiones, carecerá así de la más extraordinaria contribución contemporánea. Por lo que es dado apreciar a través de artículos fragmentarios, y aun de narraciones de imaginación — como en algunos capítulos de "Costia Riabsev", — hay difundido ya en el pueblo ruso, como quizá no lo esté en parte alguna, la aguda conciencia social sobre el valor de la niñez.

Asombra, pues, este claro en los nutridos volúmenes del doctor Arenaza, y si el fin confesado de la obra reside en el deseo generoso de orientar nuestra legislación, fuerza sería poner al alcance de los estudiosos la rica documentación de ninguna manera inaccesible.

"Durante el desayuno de la mañana siguiente conocimos al señor Warren, uno de los compañeros de White. Este se encontraba terriblemente angustiado, y nos dijo que no sabía cómo hacer para comunicar la triste nueva a la señora de White, que los había acompañado durante la partida de caza, pero a la vuelta había decidido visitar a unas amigas en Bangor antes de regresar a Nueva York.

"—Lo peor — siguió diciéndonos, — es que el señor White no le deja fortuna alguna a su esposa. Menos mal que tiene una buena póliza de seguro en Nueva York, y que habiendo fallecido por accidente, la señora tiene derecho a cobrar doble suma de la asegurada.

"Fué muy amable con nosotros y nos dijo que si nos encontrábamos en Nueva York para la fecha del entierro de su amigo, le sería muy grato que asistiéramos a él."

¿POR QUE EL AUTO CON LOS DOS HOMBRES PASO A TODA VELOCIDAD POR LA ADUANA DE RICHMOND? ¿COMO SUPO EL OFICIAL QUE EL JOVENCITO ERA UNA MUJER DISFRAZADA? ¿POR QUE EL SEÑOR WHITE TENIA UNA EXPRESION TAN TRANQUILA?

Vea la solución en la página 59.

LAS ESTRELLAS...

(Continuación de la página 7)

También sobre ella atinó a enfocar Cominetti, induciéndola a desempeñar un papel principal en "Destinos", película de ponderables valores. Eva Bettoni se reveló como una actriz sin amaneramiento, sobria en la expresión y comprensiva del personaje humilde que le había tocado en suerte para llevarlo al primer plano de la trama.

Pequeña, ágil y graciosa, Evita comunica de entrada su gran simpatía.

Reside en Lomas de Zamora, pero permanece poco tiempo en su casa. Cuando llego, la sorprendo sentada al piano.

—¿Le agrada la música?

— Muchísimo. La música y la lectura son mis entretenimientos favoritos.

—¿Qué música y qué lecturas?

— Música clásica y bailable. De esta última, el tango. Lecturas, también clásicas y bailables, es decir, clásicas y... argentinas.

Me cita algunos autores preferidos.

— Leo en un desorden espantoso, pero leo. Alguna vez me dijeron que Mom tuvo, en cambio, que ir hasta Rusia para encontrar una actriz culta.

— ¿Por qué no intenta, entonces, una "excursión a los Ranqueles"?...

— ¿Irme a Hollywood? ¡Encantada! No se puede negar que allí tenemos mucho que aprender, sobre todo en cuanto a la técnica cinematográfica. Pero a mí me está vedado el viaje. "Destinos" y "El amanecer de una raza", mis dos películas, no me han dado para tanto. Y el trabajo apenas da para vivir al día.

— ¡Ah! Pero ¿usted trabaja?

— ¡Ah! Pero ¿usted cree que una estrella argentina puede tener un chalet, un automóvil, una docena de perros galgos, un marido y diez divorcios por año?... Sí, trabajo, en una fotografía. Lo mismo saco tres fotos por un peso que hago una ampliación o retoco un retrato al lápiz. Así me gano la vida.

He aquí, en dos diálogos rápidos, la síntesis de una tremenda situación: ser estrella de cine, suprema aspiración de las cabecitas rubias, y conocer sólo por las crónicas y la pantalla la vida tumultuosa y fascinante creada en el paraíso artificial de la cinematografía.

FIN

NUESTRO

LA MU

NOVELA de

RESUMEN DE LO PUBLICADO

En un hotel cerca del pintoresco lago de Como ha ido a refugiarse Giácomo, perseguido por la justicia. Trabaja desempeñando las tareas más humildes. Llega una mujer muy bella, cuyo nombre se ignora, y que Giácomo cree haber visto en otra parte, aun cuando no recuerda dónde. Al propio tiempo se siente atraído hacia ella por un sentimiento que él mismo no se explica si es amor. Hasta que un día, hojeando una revista, Giácomo descubre que la desconocida no es otra que la famosa cantante Sally Stilwell. Ella abandonó sus compromisos teatrales y al hombre con quien iba a casarse. Una noche, embriagada por la belleza del lugar, Sally, sin darse cuenta de lo que hace, comienza a cantar, y Giácomo, sugestionado, inconscientemente, también canta, con una voz que sorprende a la diva. Llega el momento de las íntimas confidencias: Giácomo le confiesa a Sally que tuvo un incidente con un hombre y lo golpeó gravemente. Ella le propone huir y burlar a las autoridades con el pasaporte de su chauffeur, cambiando las fotografías. Cuando ambos se han alejado del hotel y van a subir al bote que los pondrá en salvo, aparece la princesa. Tienen un momento de indecisión; pero Giácomo comienza a remar briosamente y se alejan del lugar. Mientras tanto, el "profesor" Wilson, que es un detective norteamericano, recibe un telegrama que dice: "Fuera de peligro", y se traslada inmediatamente a un hospital de Milán, donde se encuentra Mattioli, que fué herido por Giácomo. Wilson le ofrece a Mattioli una suma de dinero para que le firme un documento como declarándose culpable del incidente en que resultó herido. Mientras tanto, Sally y Giácomo pasan la frontera y llegan a territorio suizo. Pero Sally tiene un contratiempo al encontrar dentro de una valija de su equipaje las joyas que le había regalado su novio, a quien había abandonado en vísperas de casarse. Ella había encargado a su sirvienta que se las devolviera, pero ésta no había cumplido la orden. Los fugitivos, Sally y Giácomo, continúan su viaje, y ahora con rumbo a París. La cantante simpatiza cada vez más con Giácomo. Detienen la marcha para comer, y cuando lo están haciendo, llegan Jorge y José el pugilista, quienes los descubren, aun cuando ellos se ocultan y tienen el propósito de seguirlos para darles caza más adelante. Giácomo le confiesa a Sally que el motivo del incidente que él tuvo con Mattioli, que resultó herido, fué una bailarina. Giácomo, con objeto de desilusionarla, le cuenta todos estos pormenores; pero Sally lo ama a pesar de todo.

Al tiempo de saltar el corcho, Sally se apoderó del candelero, sacó la vela y se lo tiró, golpeándolo con él.

CAPITULO XVII

LOS hombres son todos iguales! — díjole tirando las perlas a los pies.

— ¡No es cierto! — protestó él. — ¿Qué cree usted que soy? — interrogó golpeándose fuertemente el pecho. — Ningún hombre capaz de sentir emoción hubiera podido substraerse al impulso. ¿Por qué me miró usted de ese modo? En primer lugar, yo no quería venir con usted, y se lo dije, pero usted me dijo que me necesitaba... Pero, en realidad, lo que ocurre es que cualquier cosa que hago, está mal. Yo no quise besarla — díjole tomando las perlas.

Sally se sentía tan furiosa, que hasta experimentaba deseos de pegarle.

Giácomo se inclinó para recoger la manta.

— Todo esto ha terminado. Pararemos en la primera posada que encontremos en el camino y desde allí yo seguiré viaje a Fribourg a pie.

— ¡Yo no soy ninguna bailarina! — espetóle ella, consciente de haber comenzado la batalla demasiado tarde.

— ¡Al diablo con la bailarina! ¡Usted tenía que pensar mal de eso también!

Ella hubiera dado cualquier cosa a cambio de poder caminar miles de kilómetros. Al final hubiera podido olvidar el beso, mas lo que no podría olvidar nunca serían los reproches que él le había hecho sin darle tiempo a que ella abriera la boca.

Cuando los ojos azules experimentan rabia, por lo general se tornan muy fríos; los de Giácomo, en cambio, brillaban como ópalos. ¿No había querido besarla? ¡No, qué esperanza!

Una risa sonora y argentina ahogó la rabia que Sally experimentaba en ese momento. Giácomo se dió vuelta y la miró. Ella se dió cuenta que no podía sentir rencor contra aquel muchacho. Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que le pasaba a ella misma, que ni siquiera lo odiaba?

Sin decirse una palabra, ambos subieron al auto y continuaron el viaje en silencio. Pasaron por una aldea que no les pareció bastante buena; luego otra y otra. El sol seguía tranquilamente su curso y ellos su camino. Los vientos nocturnos empezaron a soplar.

Cuando llegaron a Fribourg, la noche no había caído por completo, pero a Sally no le llamaba la atención detenerse allí; quería algo medioeval, una vieja posada lejos de los ruidos de la ciudad.

El coche siguió su marcha. Giácomo no hacía preguntas. Caía la noche. De pronto, Sally exclamó entusiasmada:

— ¡Allí, allí! Esa es justamente la posada con que siempre he estado soñando — exclamó Sally con alegría. — Allí las noches serán deliciosas, tranquilas y poéticas.

El exterior de la posada era rústico, mas toda ella estaba circundada por un gran jardín, cuyos aromas percibíanse desde lejos. La aldea en la cual se encontraba la posada era sumamente pequeña; sus habitantes no pasarían de quinientas personas, en su mayoría gentes humildes y trabajadoras.

La tranquilidad del paisaje se estaba posesionando ya del ánimo de Sally y en su fuero interno comenzaba a arrepentirse por la forma en que había tratado a Giácomo.

— Lo siento mucho, Jack. No debí perder el dominio de mis nervios...

— Ni yo tampoco. Lo que ocurre es que yo siempre he tenido una imaginación demasiado fogosa... En aquel momento me sentí convertido en el príncipe azul de la leyenda. ¿Volverá usted a cantar alguna vez como lo hizo entonces?

— Comprendo. En aquel momento me sentí poseída por algo muy hermoso. ¿No ha sentido usted alguna vez un deseo más fuerte que nuestra misma voluntad, un impulso irresistible de cantar al cerciorarse de algo que es más puro que la misma belleza y al descubrir que se encuentra solo?

— Sí, muchas veces.

FOLLETIN

SER QUE HUYE

HAROLD MAC GRATH

—¿Entrará usted conmigo?

El no le contestó de inmediato, temeroso de lo que pudiera decir.

—Sí, si usted me promete que no volverá a cantar así otra vez.

Sally se echó a reír.

—Lo prometo. Quizá no podía volver a cantar así aunque quisiera.

Una vez que su equipaje fué colocado en uno de los rincones, Sally púsose a examinar la habitación: la cama antigua, con colchón de plumas, el viejo lavabo con una jarra y palangana para las abluciones matinales, el viejo y destartalado escritorio con su banquito de tres pies; todo inmaculadamente limpio y ordenado. Fué hasta la ventana y la abrió de par en par; el perfume de las rosas llegó hasta ella. Sally se sentía feliz. Pensaba...

Si él besaba a su bailarina como la había besado a ella, entonces sí que comprendía por qué ella lo había preferido al otro. Una de las faltas de Sally consistía en que no podía sentir por mucho tiempo un rencor injustificado, y ella le llamaba una de sus faltas, pues debido a la facilidad con que dejaba de lado ese sentimiento, no llegaba nunca a tomarle el gusto a ninguno de esos disgustos pasajeros. Siempre estaba más dispuesta a reír que a dejarse arrastrar por la cólera. Su temperamento amable y cariñoso estaba siempre dispuesto a perdonar.

El pobre muchacho no había tenido la culpa. Ella lo había hipnotizado. Todo había sucedido en uno de esos momentos que no habrían ya de repetirse jamás.

El conocía a Turandot, y por esa vez se había sentido el príncipe desconocido, pero Giácomo no podría llegar a ser nunca su príncipe azul. Todo su cuerpo tenía la gracia y la soltura de un leopardo, pero carecía de la suavidad característica de los hombres de mundo. La educación que, sin duda, había recibido, no le permitiría actuar con éxito en los salones. Eso estaba descartado; Sally ni siquiera pensaba en ello; sabía muy bien que en el caso de derramar una taza de té, se quedaría mudo y embarazado ante su torpeza, en lugar de sonreír y aceptar el hecho como un simple accidente. A lo mejor, tampoco sabía trabajar en escena. Por lo menos, hasta el presente no lo había demostrado. Además, teniendo una voz como Caruso, ¿por qué es que no había adelantado? ¿Por qué no había actuado sino apenas como suplente?

Madame desea consultar con usted la ruta que tomarán mañana — informóle el conserje a Giácomo, al tiempo que éste dejaba su cena sin terminar.

—¿Qué número tiene su habitación?

—Número 10.

Sumamente desganado, Giácomo subía la escalera que lo conduciría a la habitación de Sally, y como al mismo tiempo estaba muy preocupado, no se fijó en la sonrisa cínica del conserje. Se acercó para ver el número de la primera habitación que daba a la escalera, y luego se encaminó por el corredor obscuro hacia donde pensó que se encontraría la habitación de la joven.

La venganza de Anthony había sido planeada espléndidamente. Ahora no estaba sino aguardando que llegara el momento oportuno. José, el ex pugilista, había ganado sus laureles de acuerdo con los reglamentos boxísticos, pero tenía una fama por demás notoria de ser muy aficionado a los fouls y de tomarse todas las ventajas posibles sobre sus adversarios, no importándole cuán poco caballerescas fueran. Podía decirse, sin temor a dudas, que era un hombre peligroso y sin escrúpulos.

En el momento que Giácomo pasaba frente a la habitación número 5, Anthony silenciosamente se colocó detrás de él, mientras que al mismo tiempo José salía de la habitación número 7. Le dió un fuerte golpe en la mandíbula a Giácomo, y éste cayó en los brazos de Anthony.

—A tu habitación, José. ¡Rápido! No hagas ruido. Ponle una fuerte mordaza y átale bien, dejándolo en la obscuridad.

Sus órdenes fueron cumplidas rápidamente y al pie de la letra. Anthony y Giácomo no tuvieron tiempo para verse la cara. Todo había tenido lugar con tanta limpieza y rapidez, que lo único que tal vez hubiera podido oírse eran los pasos de Giácomo en el corredor y luego el golpe seco que José le había asestado en la mandíbula. Una vez que el pugilista cumplió las órdenes recibidas, se retiró a la habitación número 5, soplándose los nudillos de la mano con que lo había golpeado.

—¿Cuándo quieres que lo suelte?

—Lo soltarán una vez que nosotros nos hayamos ido. El camarero no tardará en descubrirlo; además, no quiero que él llegue a vernos. No creo que te haya podido ver en el momento de golpearlo, pues la luz era muy escasa y le hubiera sido muy difícil ver tu cara. ¿Qué te parece si salimos a fumar un rato? Un paseíto no nos vendría del todo mal.

—¿Esta es una parte nueva?

—Todas son partes nuevas, José. Partiremos mañana a las seis y no pararemos hasta llegar a París.

—¿Y ella no gritará?

—No. Te equivocas si piensas así de esta mujer. No es de las que gritan; por el contrario, si hay alguna tijera o cuchillo cerca, tratará de hacer uso de él. ¡Y eso me divertirá!

Tratando de hacer el menor ruido posible, los dos se dirigieron a la calle.

Mientras tanto, el espíritu de Giácomo se debatía penosamente tratando de volver nuevamente a su estado material; en otras palabras, tratando de recuperar su estado consciente. Un hombre, cuyo rostro no había logrado ver, se le había acercado; después, no vió nada más...

La habitación estaba obscura, a excepción de unos circulitos de luz que él sabía era la reacción del knock-out. La cabeza le dolía abominablemente, particularmente desde la oreja izquierda hasta la mandíbula. Trató de sentarse, encontrando que se hallaba amordazado y atado de pies y manos. No podía pensar en lo que había ocurrido. En vano trató de coordinar su pensamiento; no recordaba nada. Después, de golpe, la verdad le llenó de terror. Él ahí, atado y amordazado. ¿Y Sally? ¡Dios mío! ¡Sally en poder de Anthony! Lo habían encerrado para apoderarse de la indefensa joven. ¿Qué podía hacer él ahora?

Haciendo esfuerzos salvajes, trató de quitarse las ligaduras; encogía y desencogía las piernas; se arrastró por el suelo; usó todos los medios a su alcance y las tretas que conocía para desembarazarse de las ligaduras, pero sin resultado.

Jadeando penosamente a través de la mordaza — estaba ya casi asfixiado; — cedió en sus tentativas, pues comprendió que todo sería inútil, pero juró matar a Anthony tan pronto como lo encontrara. No le guardaba rencor



Anthony silenciosamente se colocó detrás de él, mientras que al mismo tiempo José salía de la habitación número 7. Le dió un fuerte golpe en la mandíbula a Giácomo, y éste cayó en los brazos de Anthony

al pugilista que le había dado el golpe; después de todo, comprendía que no era más que un par de puños pagados por aquel bribón. ¡Pero Anthony!

Probablemente los habrían seguido horas y horas, esperando que llegaran a un lugar tan aislado como ése. ¡Anthony, el causante de todo el ridículo y de las mofas que había tenido que aguantar calladamente en su niñez! El que poseído de una diablura poco común entre los niños de su edad, había impulsado a los otros muchachos a asediarlo con impertinencias, y a las chicas a reírse de él.

Anthony le debía una cuenta muy grande, y algún día tendría que pagársela. Giácomo sabía que ahora iba a vender el resto de sus perlas, una por una, hasta que lo encontrara a Anthony.

Aguzó el oído, tratando desesperadamente de oír lo que pudiera ocurrir fuera de esa habitación; pero nada; de vez en cuando, llegaba solamente a sus oídos el ronquido del motor de uno que otro auto que pasaba por la carretera. Después de un rato de espera, oyó pasos en el corredor. Pasaron frente a su puerta sin detenerse. La habitación número 10, la que ocupaba Sally, se encontraba al otro extremo del corredor; esto es si lo habían introducido a él en una de las habitaciones cerca del lugar donde había recibido el golpe. Giácomo oyó que los pasos se detenían más o menos en el lugar que él se había imaginado. ¿Quería decir entonces que no se la habrían llevado aún?

Pero ¿por qué no se oían señales de lucha del otro extremo del corredor? Comenzó a golpear el piso con los pies. Era posible que de abajo escucharan los golpes que él daba sobre el suelo y que alguno subiera para investigar qué era lo que pasaba en aquella habitación.

¡Sally, a quien él adoraba! ¿Por qué no gritaba? ¿Qué pasaría al otro extremo del corredor?

Un golpe suave dado con los nudillos en la puerta, sacó a Sally de su éxtasis frente a la ventana. Supuso que sería la camarera que venía a arreglarle la cama para la noche.

—¡Adelante! —dijo en francés.

Anthony no se hizo repetir la orden. Entró, cerró con llave y se la puso en el bolsillo. Después, sonriendo cínicamente, se dirigió a ella:

—¿Qué tal, Mignon?

CAPITULO XVIII

Durante unos segundos, Sally se sintió poseída de un asensación de estupor. Ella podía ver a Anthony, pero parecía existir una pared entre sus ojos y su mente; le era imposible armonizar su pensamiento con su visual. Nunca nos despertamos gradualmente de una pesadilla; lo hacemos instantáneamente. Sally se sintió durante unos momentos aletargada como por una pesadilla, pero después despertó. ¡El, a quien ya había casi alvidado, estaba ahí, en la puerta, sonriéndole!

—¡Jack! ¡Jack!

—¿De modo que se llama Jack? —Anthony rió. —¿Algún lindo muchacho? Lo único que yo puedo desear es que se quede donde está, pues de lo contrario no pasará un rato muy agradable entre José y yo.

Instantáneamente Sally se dió cuenta de la verdad que había en las palabras que había dicho Anthony. Se retiró de la ventana, quedándose a la expectativa del encuentro físico que ella, como mujer, instintivamente tenía el derecho de pensar que ocurriría. Conocía demasiado bien a Jorge Anthony y a su guardaespaldas.

Anthony tomó asiento y encendió un cigarrillo. Los melodramas han pasado ya a la historia; el público de hoy prefiere las comedias dramáticas, ya que siempre se halla más dispuesto a reír que a llorar de las delincuencias morales. En el rostro de Anthony se pintó una expresión siniestra, mezcla de alegría y de morbosidad y desfachatez.

—En primer lugar —comenzó a decir, —no conseguirá absolutamente nada con gritar. El dueño de la posada conoce la situación perfectamente. Una esposa que ha huído del hogar, perseguida por su indignado esposo. Una fuga con su chauffeur... Si él la oyera gritar, pensaría que la mujer perjura esta recibiendo su merecido, y ni siquiera se tomaría la molestia de incomodarse. Ha conseguido usted que París..., mi París, se ría de mí. Bien: ahora yo he de lograr que su París la mire con repugnancia.

—Será mejor que me entregue esa llave —le dijo ella. —Todos saben que usted se portó valientemente durante la guerra y que ha nacido caballero.

—Es inútil, Sally. Todas sus palabras ya no tienen la mínima importancia para mí. Usted y yo nos vamos a quedar juntos en esta habitación hasta la madrugada. Mientras tanto, José vendrá a visitarnos. Él la verá a usted. Yo le ordenaré después que haga venir un camarero con una botella de champagne y dos copas... Yo me hubiera casado con usted, Sally; pero sepa que usted no puede abandonar a un hombre casi en la misma iglesia y esperar que él diga: "Que Dios la bendiga, criatura." Los futuros historiadores han de referirse a esta época como la de los hombres de acero, y usted sabe cómo soy yo. Me quedaré sentado sobre esta silla hasta la madrugada; usted podrá permanecer en la suya, despierta o dormida... Cuando usted se dió cuenta que había cambiado de idea, ¿por qué no me vino a ver y me contó la verdad?

Sally sabía que él tenía razón en eso.

—Lo lamento —le respondió, enrojeciendo levemente.

—¿Que lo lamenta? ¿Y cree usted acaso que con esa palabra se arreglan las situaciones? No, de ninguna manera; ni con esa ni con otra que ustedes las mujeres suelen usar con demasiada frecuencia... ¡Perdón! Las mujeres creen arreglarlo todo diciendo que lo lamentan o solicitando perdón, pero créame que en mi caso, esas son palabras vanas que no tienen significado para mí. Hoy ya no queda nada de esas sensiblerías del siglo pasado.

—Pero aún existe algo que llamamos misericordia...

—La desconozco. "C'est la guerre"... La humanidad achaca muchos de sus actos a ella. Hasta los hijos le echan la culpa a la guerra. Vuelvo a repetirle: si grita nadie acudirá a su llamado. Yo soy el marido engañado. Será mejor que se decida a aceptar lo inevitable. Por lo visto, su chauffeur no se apura mucho en venir en socorro de usted.

¿De modo que él no lo había reconocido a Giácomo?

—¿Qué es lo que ustedes le han hecho? —interrogó ella.

Anthony sonrió y sacudió su hermosa cabeza.

—¿Quién sabe? Yo quizá hubiera conseguido ser un buen marido para usted. Sin embargo, su chauffeur ha sido muy discreto. Anoche durmió en un hotel, en un extremo de Lucerna, y usted en otro, al otro extremo.

Ella permaneció callada. Alguien golpeó en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Anthony incorporándose.

—José.

La puerta fué abierta y entró el ex pugilista. Todo su rostro estaba iluminado por una sonrisa satánica.

—Te presento a mi esposa. No sé qué es lo que tienen algunos de esos chauffeurs de fascinante, pero lo cierto es que algo han de tener.

La boca ancha de José se abrió dejando ver dos hileras de dientes blanquísimos y afilados como los de un zorro. Su sonrisa parecía más bien una mueca. Sally ni siquiera lo miró.

—José, ve abajo y dile al camarero que nos suba una botella de champagne y dos copas.

—Entiendo. Ya se han arreglado ustedes.

—El primer testigo —dijo Anthony cuando José se hubo retirado. —El segundo será el camarero. Si usted quiere, puede decirle la verdad, y verá el efecto que sus palabras le causan.

—¡Miserable! —le espetó ella, roja de indignación.

—¡Ah! ¡Así me gusta! Le prevengo que no me hubiera gustado que usted tomara las cosas con demasiada mansedumbre..

Sally recordó en ese momento que su cartera había quedado sobre la mesa y que dentro de ella estaba guardado su pequeño revólver. ¡Su única salvación! Haciendo uso de él, podría abandonar cuanto antes la habitación.

Pero, desgraciadamente, no hizo las cosas con la cautela necesaria. Anthony había estado esperando pacientemente una explosión de parte de ella; hubiera deseado que fuera muy violenta, pero como hasta entonces Sally había permanecido tranquila, redobló su vigilancia. Si ella hubiera comenzado a pasearse por la habitación, acercándose imperceptiblemente cada vez más hacia la mesa, lo hubiera despistado, pero en lugar de hacerlo así, de un salto trató de apoderarse de la cartera.

(Continúa en la pág. 38)

JESUS Y EL DIVINO POEMA DE SU VIDA

(Continuación de la pág. 5)

era inexorable y había que cumplirla. Pero la joven pecadora tal vez sabía quién era Jesús, y en su mortal desesperación brilló acaso una débil esperanza. Los hombres no podían salvarla, pero Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, el que curaba a los leprosos, hacía andar a los paralíticos, lanzaba los demonios del alma de las mujeres y resucitaba los muertos. Y miró con supremo anhelo los ojos abismáticos del Divino Maestro. Mas Jesús, haciéndose el distraído, inclinóse hacia el suelo y con el dedo escribía en la tierra. Pero como los fariseos se impacientaran y volvieran a preguntarle, se enderezó, y encarándose con ellos, les dijo: "El que de vosotros esté libre de pecado, que tire la primera piedra contra ella." Y continuó escribiendo en el suelo.

Aquellos miserables creyeron ver, sin duda, en lo que escribía Jesús la lista de las muchachas por ellos corrompidas y la relación ominosa de sus pecados secretos. Y uno a uno se fué escabullendo... hasta que desaparecieron todos. Jesús se alzó de nuevo y mirando a la pecadora dijo:

—Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?

—Nadie, Señor — contestó la mujer.

—Pues yo tampoco te condenaré. Vete, y no peques más.

EL TERRIBLE POEMA DE SALOME

Al iniciar Jesús su carrera pública, la fama de Juan el Bautista llenaba todo Israel. Muchos creían que Juan era el profeta Elías que había resucitado. Jesús fué con sus discípulos a las orillas del Jordán a escuchar "la voz del que clama en el desierto" y hacerse bautizar. Entonces, según los evangelistas, Juan reconoció en Jesús al Mesías prometido de quien él era sólo precursos, y al salir del agua se abrió el cielo y bajó sobre Jesús el Espíritu de Dios, y se oyo una voz celeste que decía: "Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia."

Sin embargo, nada más distinto y casi antagónico, como las figuras de Jesús y de Juan. Este vestía una áspera túnica de pelos de camello, vivía en el desierto como una fiera y se alimentaba de langostas y miel silvestre. Juan tenía un alma seca y violenta, perpetuamente irritada, usaba un lenguaje desenfrenado, feroz, amenazando a todos los poderes de la tierra con ruinas, catástrofres y desolaciones. Juan llegó a ser el tormento y la pesadilla del tetrarca Herodes, y sobre todo de Herodías, la mujer de su hermano, con quien vivía, por la cual hizo encerrar en la cárcel al profeta, cargado de cadenas. Pero aun desde el fondo de la sombría mazmorra, Juan seguía acusando a Herodes y Herodías de sus depravaciones e ignominias.

Por el contrario, como hace notar Renán, Jesús no mostraba ningún signo exterior del ascetismo, "no aparentaba austeridad, antes bien se complacía en tomar parte en festejos de casamientos; percisamente uno de sus milagros fué hecho para amenizar una boda de aldea, convirtiendo el agua en vino". El espíritu de Jesús era de serenidad inalterable, y su carácter dulcísimo.

Cierto día, unos discípulos del Bautista llegaron hasta Jesús y le comunicaron la espantosa noticia: Juan había sido degollado en la cárcel por orden de Herodes y a instigación de Herodías, y como premio a una danza libertina que había bailado ante la corte su hija Salomé, quien exhibió en una fuente la cabeza ensangrentada del Bautista ante los partícipes de la orgía.

He aquí un detalle bien revelador del antagonismo entre las figuras de Jesús y de Juan: la catástrofe final del Bautista fué provocada por el odio de una mujer. Si la sangre de Cristo no hubiera sido necesaria para la redención del mundo, una mujer por amor lo hubiera salvado de la muerte: la esposa de Poncio Pilatos, quien, según la tradición de los primeros cristianos, habló con Jesús a altas horas de la noche, en casa del sumo pontífice Caifás, que lindaba con el Pretorio, y que luego aconsejó a su marido, diciéndole: "No te manches con la sangre de ese justo." (S. Mateo, cap. XXVII, ver. 19).

"MUCHOS PECADOS TE SON PERDONADOS, PORQUE MUCHO HAS AMADO"

Jesús prosigue con arrebatador entusiasmo anunciando el reino de Dios. Ahora es una verdadera multitud la que sigue sus pasos, ávida de sus profundas parábolas y de sus consoladoras enseñanzas. Una estela de hechos prodigiosos marca su ruta divina por los diversos lugares de Galilea y de Judea. Las mujeres obtienen también la gracia de sus mejores milagros. Cura a la suegra de Pedro, resucita a la hija de Jairo, lanza un demonio del alma de la hija de la Cananea, deja libres de su mal, con sólo mirarlas o tocarlas, a las epilépticas y a las histéricas, resucita al hermano de María Magdalena; del alma de ésta había arrojado anteriormente siete espíritus impuros; infunde el arrepentimiento y la gracia en el alma pecadora de la Samaritana, encendiéndola en el puro amor de Dios y prometiéndole el celeste paraíso en el reino de su Padre.

Pero entre todo ese conjunto conmovedor de mujeres de todas las clases — algunas muy ricas y encumbradas, como Juana, mujer del mayordomo del rey Herodes, etc., — que le siguen a todas partes "y le asisten con sus bienes", se destaca la figura incomparable de María Magdalena, mujer de mala conducta, bellísima pecadora (S. Lucas cap. VII, ver. 37).

Evidentemente, Jesús distinguía a María Magdalena entre todas las mujeres que le seguían y amaban. María ofrecía con frecuencia fiestas y banquetes en honor del Divino Maestro, a los que invitaba a los hombres más eminentes y poderosos de Jerusalén, como ser sacerdotes, magistrados, influyentes fariseos. Estos actos tenían, sin duda, el objeto de poner a Jesús en contacto con las altas esferas sociales y oficiales de Jerusalén, con las personas de más autoridad y riqueza, cuya adhesión a la causa de Jesús consideraba María de gran valor para el advenimiento del reino de Dios. Marta y María rodeaban estas fiestas en honor de Jesús de gran brillo y publicidad. El acto transcurría en un ambiente de elevada espiritualidad, de gracia y alegría. Una gran multitud llenaba la puerta y los alrededores de la casa, aclamando al Divino Maestro. Durante esas fiestas, María hacía derroches de finezas de enamorada y admiradora, para honrar a Jesús y realzar su prestigio ante todos. En cierta ocasión, su amor le inspiró un acto atrevidísimo, que trapasaba todas las costumbres y normas de la cortesía judaica, levantando un murmullo de desaprobación en casi todos los comensales. La Magdalena entró en la sala del banquete llevando un rico vaso de alabastro lleno de precioso ungüento o perfume, y rompiéndolo derramó su contenido sobre los pies de Jesús. Toda la casa saturóse de delicioso olor. Mas la enamorada llevó su homenaje hasta un extremo insólito: hincóse de rodillas y enjugó con sus propios cabellos los pies del Maestro, besándoselos y llorando.

(Continúa en la pág. 38)

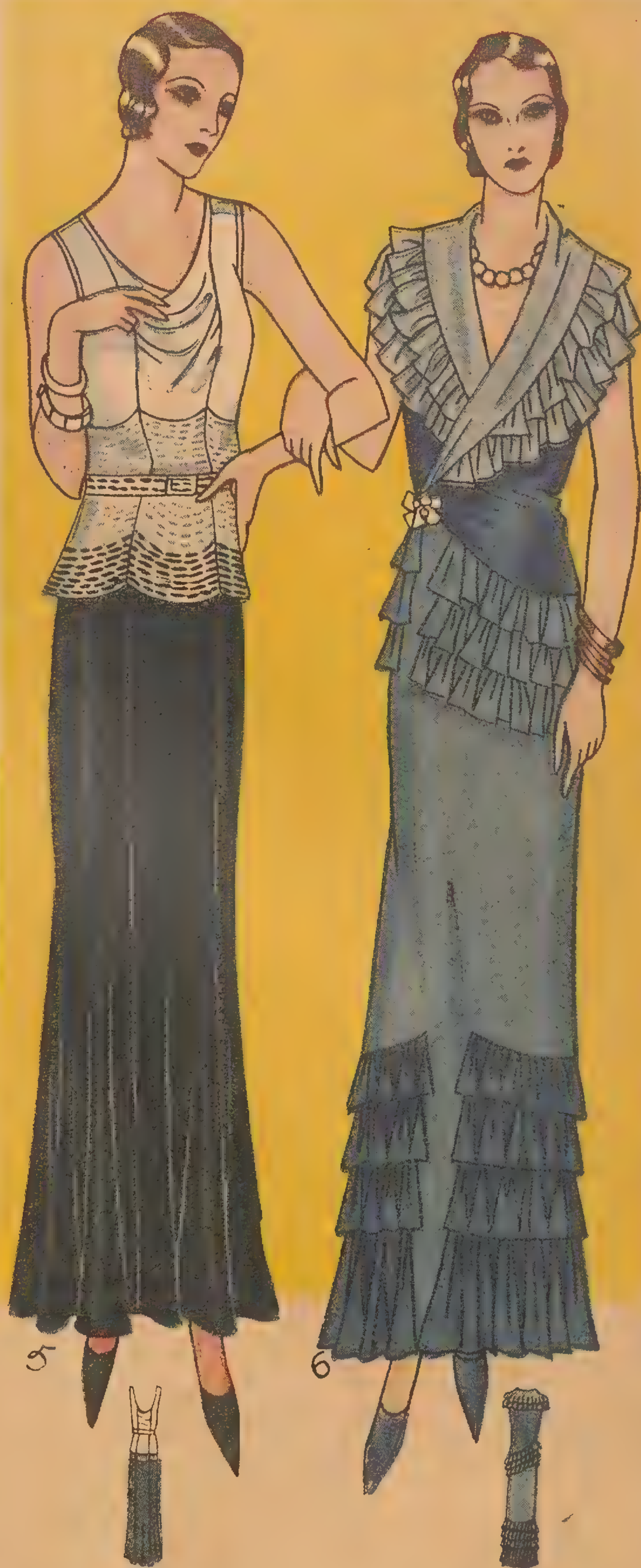


Alguna ideas para

1. — Exquisito estilo de peinado para fiestas, que ofrece la ventaja de no ser estropeado con el tipo de sombreros tan en boga actualmente.

2. — Modelo para paseo u oficina, en jersey verde con ingeniosos cortes sobre la parte delantera de la falda. Amplio cuello delantero en blanco.

3. — Vestido en azul y crema, combinado con el tono del sombrerito. Moderna manga con puños en crema. Pluma natural a un lado del sombrero.





4. — Uno de los adornos principales en este modelo es su doble efecto de manga. Totalmente hecho en terciopelo, con adornos en satin y pieles.

5. — Blusa de tarde, en georgette blanco, descotada y drapeada por fruncidos. Bordados con cuentas de cristal blancas y negras. Falda larga, en satin negro.

6. — Vestido de noche, en muselina azul y gris, cuyos adornos están hechos en volados de terciopelo negro. Corpiño drapeado cerrado por un bouquet de flores.

la Mujer Elegante







7. — *Modelo en satin rosa, con una nota en tono más vivo en el talle y en el escote, hecha de cinta de terciopelo.*

8. — *Vestido en satin rojo. Recortes geométricos formando panneaux. Aplicaciones de strass, cruzadas en la espalda.*

9. — *Distinguido modelo en negro, para fiesta, con bata drapeada, estrecho cinturón y largo godet, todo en crepe romain blanco. Sin mangas.*

10. — *Magnífica blusa en seda blanca y lavable, que puede indistintamente ser usada para paseos o para las horas de oficina. Elegante corbata.*

11. — *Modelo en satin, con bonitos efectos en la falda, amplio cuello en punta, simulación de corbata y puños también en punta. Moderno sombrero.*

12. — *Vestido para paseo, hecho en seda, con mangas en parte abullonadas y cuello drapeado. Puede utilizarse con un moderno sombrerito del mismo color.*

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

★ Al comenzar estas líneas estoy con un humor terrible. Porque imagínense ustedes que no se me ocurre nada para escribir. Nada, absolutamente nada. He cambiado tres veces de lapicera, de sitio, hasta de color de tinta, ¡y nada! Me he sentado al lado de la ventana, y mirando al cielo he tratado de hacerme el romántico entornando los ojos o parpadeando como hace Novarro en cualquiera de sus películas. ¡Pero ni por esas! ¡Qué parpadeo ni qué romanticismo! ¡Como que casi me duermo de tanto mirar al cielo! Y, sin embargo, es necesario que se me ocurra algo porque, ¿cómo voy a llenar este espacio? ¿Qué dirían los lectores? ¿Y el director? Ya estoy viendo que me llamaría al orden y me diría que soy un haragán, que tengo el cerebro así y que patatín y que patatán. Los lectores, por su parte, no quedarían atrás, y me escribirían diciéndome que los calores me han tenido mal, que el lío de Greta y Marlene me ha caído como una piedra, y de paso aprovecharían para preguntarme cuándo nació Barry Norton. Y todo esto sería injusto, porque, ¿qué culpa tengo yo si no se me ocurre un tema apropiado? Además, creo que por esta semana pueden perdonarme. Nunca les he fallado. Esta es la primera vez, y por consiguiente, deben hacer la vista gorda. Reconozcan que durante dos horas he estado devanándome los sesos para atrapar algo interesante. ¡Con decirles que hasta me he pasado cinco minutos caminando a grandes trancos por la redacción, con las manos en la frente y los ojos cerrados, como hacen los escritores de veras! He tratado de recordar alguna película de Greta, me he mirado al espejo, he leído algunas cartas de mis lectores, ¡y he seguido en las mismas! Por eso reconozco que es inútil que siga exprimiéndome el cerebro. He resuelto hacer huelga forzosa y la hago. Esta semana no escribo. ¡Tengo luto marlenista!

SE LLAMAN EN REALIDAD

JEANNE DE LA FONTE........	Renée Adoreé
HARRY SIMPSON.............	John Darrow
MARGARET PHILPOTT........	Madge Bellamy
AGNES HINKLE.............	Agnes Ayres
GLADYS GREENE.............	Jean Arthur
ZUZANE DOBGON NOOGAN...	Molly O'Day
CHATSY NOOGAN............	Sally O'Neill
LEATRICE ZADLEY...........	Leatrice Joy
DOROTHY PENELOPE JONES..	Dorothy Janis
REGINALD DANDY...........	John Garrick
MIRIAM BILENKIN...........	Marion Byron
DOROTHY GATLEY...........	Ann Harding
SYBIL TINKLE..............	Olive Borden
MARJORIE MILLSAP..........	Dorothy Lee

★ ULTIMA HORA. — Recién acabo de verlo al director y me ha dicho que si no escribo me hará trabajar de desocupado. Bueno; lo cierto es que tal promesa me ha emocionado mucho. Tanto, que hasta me ha devuelto las ganas de escribir... Veamos cómo lo hago...

★ **DOLORES DEL RIO** es hija de mejicanos, cumplirá 27 años el próximo 3 de agosto, y su primera película fué **Joana**, bajo la dirección de Edwin Carewe. Ha filmado en total diez y ocho cintas, y puede escribirle a **Radio Pictures Studios, 780 Gower St., Hollywood, California.**

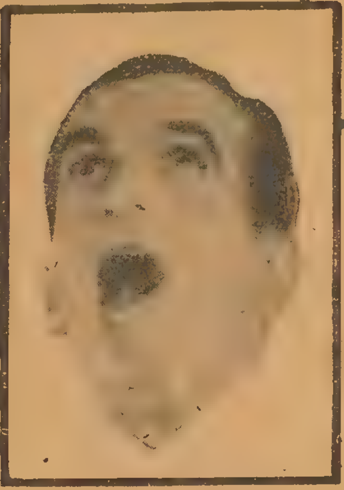
a **Gallo.**

★ Y empiezo a dictar clases en inglés... **NORMA SHEARER** se pronuncia Norma Shirer, **AL JONSON** (Ol Yonson), **ADOLFO MENJOU** (Adolf Menyú), **ANITA PAGE** (Anita Peish), **MARION DAVIES** (Merion Deivis), **MAURICE CHEVALIER** (Moris Shevalié), **JEAN ARTHUR** (Yin Orzor), **MARLENE DIETRICH** se pronuncia con un dulce **Marlín Ditrik** y **EMIL JANNINGS** (Emil Yannins). ¿Cuál es mi hobby? Hasta hace poco era el hablar mal de **GRETA**. Ahora, el de releer las pocas cartas marlenistas que me llegaron... Un hobby consolador después de todo...

a **Loca por King.**



Sylvia Sidney



Al Jolson

★ **JEANNETTE MAC DONALD** y **LEILA HYAMS**: Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California. **MARIAN MARSH**: Warner First National Studios, Burbank, California. Aquí tiene el modelito de carta en inglés: **Dear madame; perhaps you don't know that I am one of your fans here in Buenos Aires. Why don't you send me one of your lovely photos? Will you be so kind as to do it? Thank you in advance. Yours truly.**

a **Lita X.**

★ **SYLVIA SIDNEY** acompaña a **GARY COOPER** en **Las calles de la ciudad**. Sí; fué actriz teatral desde los ocho años y obtuvo ese papel en la citada película gracias a que **CLARA BOW** que había sido designada para hacerlo, se enfermó. **ANITA STEWART** y **CAROL DEMPSTER** se retiraron del cine, pero no sería de extrañar que próximamente las viéramos en alguna parlante, porque según parece, todos dicen que se retiran, pero vuelven, como por ejemplo **CHARLES MORTON**, a quien pronto veremos de nuevo y escucharemos por vez primera.

a **Laureano Pío.**



Marie Dressler

Charles Chaplin

★ ¡Pero, encantadora lectora, reconozca que lo que usted me pregunta es algo raro! ¿Cómo quiere usted que yo sepa si a **JOSE MOJICA** le agradan las morenas o las rubias, las gordas o las flacas y las blancas o las tostadas? ¿No comprende que eso es igual que preguntarme si se corta las uñas dos o tres veces por semana o si al fumar echa el humo por la boca o por la nariz? ¡Y yo esas cosas no las puedo saber! ¡Reconozco que al estar usted enamorada de él le agradaría conocer esos pormenores, pero, francamente, son pormenores demasiado "menores". Además me pregunta por qué no se casa **JOSE**, y yo, francamente, sigo sin poder contestarle. Es posible que no lo haga por miedo a que su cara mitad le resulte una Sisebuta como **MARIE DRESSLER** o una bataclana como **CLARA BOW**, o a lo mejor es porque aún no ha encontrado su "tipo" (que bien puede ser usted). La madre de **MOJICA** no es artista. Sí; **JOSE** quiso mucho a **MONA MARIS**... en **El precio de un beso** y **Cuando el amor ríe**, pero nada más. (Me parece que este proyecto de chiste ya lo dije una vez. Bueno; de todos modos lo pongo porque tiene mucha gracia.) Y si no la tiene, ¡mala suerte! ¡Después de todo, yo estoy aquí para dar informes cinematográficos y no para hacer reír a los lectores!

a **Vivian Jasmín.**



Carol Dempster

Conrad Nagel

★ **A GRETA GARBO** y a **MARLENE DIETRICH** escríbales indistintamente en inglés o en alemán, pero nunca en castellano, pues se quedarán en ayunas, o creerán que usted indirectamente ha querido decirles algo feo...

a **Scat.**

★ **FARIÑA**, uno de los componentes de **La Pandilla**, es el negrito.

a **Lehmense.**

★ Del villano **ROBERT ELLIS** puedo decirlo que **nació en Roanoke (EE. UU.), que mide m. 1.72, que tiene ojos y cabello negros** y que está actualmente casado con la actriz **VERA REYNOLDS**. No; no tiene hijos.

a **Cleopatra.**

★ **NORMA SHEARER** desciende de ingleses, y **CHARLES CHAPLIN** de padre americano y madre inglesa. En cuanto a eso de que es esta la décima vez que me escribe sin haber obtenido contestación es mentira. Los lectores son testigos de que a lo sumo tienen que escribirme cuatro veces para obtener respuesta...

a **Si mi novio.**

★ El nombre verdadero de mi colega **NESTOR** es **Miguel P. Tato. Nació en Buenos Aires, mide m. 1.76, tiene ojos castaños, cabello negro** y puede escribirle en castellano nomás a Río de Janeiro 300, Capital. ¡Y que **NESTOR** me perdone si lo trato como a un actor de cine!

a **Rosarino.**

★ **Cobra, la venenosa**, pertenecía a la Paramount. En total, películas hechas a base de revistas habrá más o menos unas cincuenta o sesenta. **El rey del jazz** y **La revista de las revistas** son magníficas. Después de **Mujeres de lujo BARBARA STANWYCK** se presentó aquí con **La mujer milagrosa**, que dicho sea de paso, me pareció muy buena. Sin embargo, este año veremos varias más de **BARBARA**.

a **5 x 4 son veinte.**

★ Ese divorcio de **COLLEN MOORE** y **JOHN MAC CORMICK**, con quien estuvo casada fué provocado por uno de los motivos más terriblemente vulgares que se puede imaginar. Entre los millonarios se le llama "incompatibilidad de carácter", pero entre los pobres recibe el nombre de "grescas conyugales". ¡Y qué grescas! ¡Qué líos se le armaban a **COLLEN**! Su marido, que odiaba el tennis, llegaba de la calle, y en cuanto veía a su tormento jugando con varios amigos, empezaba a gritar y no paraba hasta que éstos, "en vista de la insistencia", se retiraban. Pero esta no era motivo para que John dejara de vociferar contra **COLLEN**, quien un día, exasperada porque él la reconvino delante de un sirviente, se quitó un zapato y se lo arrojó a la cabeza. Como es lógico, no dió en el blanco, pero en cambio produjo la rotura de un jarrón que John había heredado y que pertenecía a su familia desde hacía más de cincuenta años. ¡Mi Dios! ¡La que se armó allí! Habría que cederle la pluma a un cronista de box para que pudiera detallar aquella escena con fidelidad! ¡En fin! El caso es que ahora ya están divorciados y ella casada nuevamente con un tal A. P. Scott, un hombre que según dicen tiene mucho menos cuerpo que John. Con lo que se comprueba que esta vez **COLLEN** ha sabido precaverse...

a **Lisandro Bolín.**

MATRIMONIOS ENTRE ESTRELLAS

Carol Lombard-William Powell
Joan Crawford-Douglas Fairbanks (h)
Vera Reynolds-Robert Ellis
Dolores Costello-John Barrymore
Lilyan Tashman-Edmundo Lowe
Jobyna Ralston-Richard Arlen
Ruth Chatterton-Ralph Forbes
Dorothy Sebastian-William Boyd
Mary Pickford-Douglas Fairbanks
Virginia Valli-Charles Farrell
Sally Eilers-Hoot Gibson
Kay Francis-Kenneth Mc Kenna
Lola Lane-Lewis Ayres
Bebe Daniels-Ben Lyon

★ MARYLIN MILLER nació en Evansville (EE. UU.), el 1º de septiembre de 1900. Se llama en realidad Mary Lynn Reynolds; mide m. 1.58; ojos verdes y cabello rubio. WILLIAM HAINES vino al mundo en Staunton (EE. UU.), el 1º de enero de 1900; mide m. 1.83, tiene ojos grises y cabello negro. Nueva York vió nacer a LEILA HYAMS el 1º de mayo de 1905; mide m. 1.63, tiene ojos grises y cabello rubio. Nuestro compatriota BARRY NORTON proviene de Buenos Aires, donde nació el 16 de junio de 1906. Mide m. 1.77; ojos obscuros y cabello negro. MONA MARIS fué primeramente actriz teatral y luego cinematográfica, habiendo filmado varias películas en Alemania, de donde pasó a Hollywood. En cambio BARRY se aventuró a marchar a la Meca sin poseer condición artística alguna y acicateado tan sólo por su enorme fuerza de voluntad y su gran deseo de triunfar.

a J. B. de El Trébol.

★ Desconozco por completo las preguntas a que usted se refiere. A lo mejor la carta se extravió en el correo... o posiblemente la tendrá usted olvidada en algún bolsillo del saco. Si la encuentra, envíemela...

a C. Villamariense.

★ Una admiradora más. ¡Y marlenista! ¡Nunca creí hallar tal consuelo en este exilamiento cinematográfico a que estoy condenado! LOIS MORAN acompañaba a LON CHANEY en El tuerto de Mandalay.

a I love you.

★ RAMON NOVARRO calza el 40, es decir, dos números menos que Greta. CONCHITA MONTENEGRO acaba de filmar una parlante con WARNER BAXTER y EDMUNDO LOWE, cuyo nombre en castellano aún se desconoce. RAMON NOVARRO tiene nueve hermanos y hermanas menores que él. Sus padres son españoles, aunque no puedo decirle de qué región. Hasta la próxima.

a Príncipe.

★ CHARLES CHAPLIN es inglés, de Hoxton.

a J. Abraham.

★ En efecto, JOSE MOJICA podría hacer Ben Hur con el mismo derecho con que podría hacerlo cualquier otro actor. Pero falta saber cómo lo haría... MAURICE CHEVALIER me parece un actor con bastantes condiciones artísticas, no tan considerables como su simpatía personal. Cumplirá treinta y tres años el próximo 18 de julio.

a Chata.

★ Sí; JANET GAYNOR y CHARLES FARRELL acaban de filmar juntos una película que pronto veremos aquí. VIRGINIA VALLI, esposa de éste, actúa ahora en el teatro, y, según parece, con bastante éxito. Pero lo malo es que no se sabe si el público va a ver a VIRGINIA VALLI o a la esposa de CHARLES FARRELL, pues éste es muy querido en Estados Unidos. La que hace ese papel en Cuando ama un valiente es MARJORIE RAMBEAU, ex actriz teatral muy conocida en EE. UU. y nacida en San Francisco en 1889. No; en esa película no me convenció, pero me consta que es una gran actriz. En efecto, RICHARD DIX en Dados del azahar está desconocido. Parece mentira que sea el mismo que tan formidable actuación tuvo en Cimarrón.

a Licha y Tita.

★ ¿La pareja más simpática de la pantalla? Eso es cuestión de gustos. A mí hasta poco antes del advenimiento de las parlantes me agradaban mucho DOROTHY MACKAILL y JACK MULHALL. Luego, como ésta se disolvió me quedé con CHARLES FARRELL y JANET GAYNOR. Sin embargo, desde que vi Fruta amarga me incliné a favor de WALLACE BEERY y MARIE DRESSLER, de la misma manera que dentro de poco y luego de ver Susan Lenox, me inclinaré por GRETA GARBO y CLARK GABLE, sin por eso dejar de reconocer que pueden agradarme aun más MARLENE DIETRICH y CLIVE BROOK en El expreso de Shanghai... Ya he dicho que MAURICE CHEVALIER es un actor bastante bueno a quien podemos ver en El teniente seductor con CLAUDETTE COLBERT. No creo que por ahora se retire de la pantalla.

a Loca por las artistas.

★ Muchas gracias por sus palabras tan cariñosamente amables. A MAURICE CHEVALIER puede decirle todas esas cosas dulces en castellano no más, pues él lo entiende. Hágalo a la siguiente dirección: Paramount New York Studio, Long Island, California.

a Inolvidable amiga.

★ No ha podido usted sacarme más parecido en ese dibujo de lo que lo ha hecho. ¿Es que por ventura alguna persona le facilitó una foto mía? Y en cuanto a las preguntas que me hace, ¿qué le parece si las contesto todas con un ¡grrrrrr! muy largo?

a Perla S. B.

★ El argumento de la película Alraune está quitado de la novela del mismo nombre y que trata de una raíz poderosísima con la cual se consiguen grandes fortunas, desdichas y placeres a un mismo tiempo. Eso viene de una leyenda de la Edad Media, y su autor es un escritor alemán cuyo nombre ahora no recuerdo. Sin embargo, creo que puede usted conseguir el libro en alguna buena librería de esta capital.

a Flor cuyana.

★ Este es el modelito de carta en inglés que me pide para solicitar a RONALD COLMAN su fotografía: Dear Ronald; I should be so pleased to have one of your photos. Wont you be so kind as to send me one? You know I am one of your fans and I admire your acting greatly. Hoping you will not dissapoint me I am yours truly. (Firma).

a Rosarino.

★ JOHN BOLES cumplirá 34 el próximo 28 de octubre; BARRY NORTON 26 el 16 de junio; GILBERT ROLAND, 27 el 11 de diciembre; CHARLES FARRELL, 27 el 9 de agosto; JUAN TORENA, 32 el 24 de marzo, y RAMON NOVARRO, que dicho sea de paso, ha sacado abono permanente en esta página, cumplió 33 el 6 de febrero. La edad de CARLOS GARDEL la desconozco, aunque puedo asegurarle que ya ha pasado los cuarenta.

a Mi querida Elina.

★ ¡Otra que me sermonea por el asunto de Bahía Blanca versus Provincias y menos mal que finaliza pidiéndome que no me ofenda ni me enoje ni le conteste duramente! ¡En fin! Voy a conformarla para que vea que soy un caballero. Está bien, estimada Chinita. Usted tiene razón en todo, hasta cuando me pide que les haga justicia a "los pobrecitos provincianos". De RAMON PEREDA puedo decirle que es Mejicano, soltero y que mide m. 1.78, aparte de tener ojos y cabello negros. Su padre, que era un poderoso industrial lo educó con gran esmero confiado en que RAMON se dedicaría más adelante a sus mismas actividades, cosa que no sucedió, pues hallándose él de visita en Hollywood fué elegido por su tipo para interpretar un papel de gran importancia en El cuerpo del delito al lado de ANTONIO MORENO y de MARIA ALBA. Actualmente es uno de los pocos actores de habla castellana que aún quedan en Hollywood.

a Chinita.

★ Sí; NORMA SHEARER tiene ese defecto en la vista. Su cabello es naturalmente ondulado y su hijito Irving tiene dos años de edad. MYRNA LOY cuenta 26 años, aunque es posible que no los haya contado todos. Es soltera y no es de descendencia china ni japonesa. ¿Lo pregunta usted por sus ojos? El cabello de RAMON NOVARRO es lacio, pero, como él es muy coquetón, se lo hace ondular todos los días. Actualmente, entre NORMA SHEARER y JOAN CRAWFORD prefiero a la primera, aunque estoy seguro que dentro de un par de años Joan la superará.

a Re-Mar.

★ Estas lectoras me piden muy tranquilamente que "como somos cuatro marlenistas, esperamos que se digne a contestarnos antes que a ninguna..." Yo sé que el lector sospechará alguna intentona de soborno o de contrabando. Pero no hay nada de eso. Se trata sencillamente de cuatro lectoras muy buenas, muy cándidas, que no saben cómo exteriorizar su simpatía hacia mí y creen que lo mejor es proponerme algo que quede entre nosotros. ¡Si vieran ustedes la cantidad de lectoras que cándidamente me hacen proposiciones similares!... COLLEN MOORE, luego del advenimiento de las parlantes, volvió a actuar en el teatro, divorciándose de paso del cantor John Mack Cormick, pero ahora, con motivo de haberse vuelto a casar con un millonario llamado A. P. Scott, parece que quiere retornar otra vez. Veremos si la dejan. A CHARLES ROGERS escríbale en inglés a Paramount Studios, Hollywood, California, incluyendo estampillas por valor de veinte centavos oro.

a 4 prof. de ortografía.

SALVADO por su NOVIA

Un cuento de ELIAS ALSINA

Circunstancias completamente fortuitas colocan a un hombre en difícil situación legal, haciéndolo aparecer ante la justicia y aun ante sus parientes y amigos como culpable de un crimen que no ha cometido. En tan desesperada situación, su defensa se torna difícil como ocurrió en el caso que relata el autor de este cuento.

ELSA entrecerró los ojos y se reclinó en el asiento pullman del vagón de primera clase. Se sentía feliz. Regresaba a su pueblo después de haber permanecido ocho días en la capital, alojada en casa de sus tíos, y terminando las compras de artículos de índole variada para su futuro hogar, pues debía casarse dentro de breve plazo. Dentro de media hora llegaría y encontraría, no lo dudaba, a Jorge esperándola en el andén.

Rememoraba su noviazgo y la forma en que se había producido. Educada en uno de los colegios de mayor rango de la república, y luego graduada en Filosofía y Letras, había cumplido veintitrés años sin que ningún joven hubiera logrado interesarla. Con frecuencia se preguntaba si llegaría a amar jamás. Despreciaba a los niños engominados y torpes compesinos que la asediaban, pero, sin que pudiera precisar cómo había ocurrido, se había comprometido con Jorge Brihuega, gerente de la importante casa de comercio del padre de ella. Jorge tenía veintiocho años, era hombre de esmerada educación, varonil prestancia y singulares hábitos de trabajo.

Faltaban aún tres estaciones para llegar a destino. El tren se detuvo, y con sorpresa vió subir al compartimiento a su hermano Guillermo.

— Tienes que bajar aquí — le dijo, bajando los paquetes de la redecilla. — ¿Qué más tienes? Apresúrate. No te preocupes por lo que traigas en el furgón de equipajes; lo recogeremos después.

Descendieron, y mientras salían de la estación para subir al auto que Guillermo dejara en la calle cercana, Elsa, comprendiendo que algo raro sucedía, preguntó:

—¿Qué hay? ¿Por qué has venido a esperarme aquí?

Guillermo titubeó y ella lo apremió:

— Habla. Cuéntame, ¿qué hay?

— Jorge está preso — respondió Guillermo, — y una cantidad de curiosos y repórteres te esperan a la llegada del tren. Por eso juzgamos prudente que yo viniera a esperarte aquí.

—¿Por qué está preso? — gritó Elsa con angustia.

— Lo culpan de haber dado muerte a Fontova.

La joven miró con fijeza a su hermano. Fontova era un rico estanciero que poseía una estancia casi lindera con el pueblo. Nadie lo quería, pues se le consideraba tacaño, desconfiado y vengativo. Poco tiempo antes había encontrado a Jorge cazando dentro de su campo y había corrido a buscar un agente para hacerlo conducir a la seccional de policía. Jorge se violentó en un principio, pero terminó por reírse del incidente.

— No es posible que haya hecho eso — protestó Elsa.

— No — asintió Guillermo, — pero las sospechas han recaído sobre él, y no debo ocultarte que su situación aparece muy comprometida.

Subieron al auto, y de camino, Guillermo fué informando a la hermana:

—Fontova fué encontrado muerto con un balazo en la espalda, que le había interesado los pulmones. Había salido a caballo, y como no regresara a almorzar, lo buscaron, encontrándolo tendido en medio de un charco de sangre. Lo recogieron y llamaron a la policía. En seguida salieron a recorrer los campos y caminos vecinos, y a una legua escasa encontraron a Jorge, que había salido a pie como lo hacía siempre e nlos días de fiesta, con un rifle de repetición al hombro. Lo detuvieron y condujeron esposado al pueblo. Si se le hubiera encontrado una escopeta nada habría ocurrido, pero llevaba un rifle y...

Guillermo vaciló otra vez y Elsa tornó a apremiarlo:

—¿Y qué?

— El calibre de los cartuchos del rifle coincidía con el de la bala que había dado muerte a Fontova, según opina la policía.

—¡Eso no prueba nada!

—¿Cómo que no?

— Bien sabes que a Jorge poco le interesa la caza y que, en cambio, no desperdicia oportunidad de alejarse del pueblo y dedicarse a tirar al blanco, siempre a bala, naturalmente.

— Ya lo sé, y así se lo dije a la familia.

—¿Acaso lo creen culpable a Jorge?

— No; pero... están desorientados.

—¿Desorientados? ¿Por qué? ¿No saben qué clase de persona es Jorge?

— Sí; lo saben, pero... nadie se explica la coincidencia del calibre de la bala.

No hablaron más los hermanos hasta llegar frente a la casa. Su madre salió a recibirlos, creyendo, tal vez, que Elsa vendría desesperada, llorando. Pero no fué así; la joven la besó y abrazó, penetrando luego al interior, mientras Guillermo guardaba el coche en el garage. Después de saludar a su padre y a su hermana Susana, Elsa declaró:

— Voy a verlo.

— Temo que no te lo permitan — observó el padre.



Fué designado perito balístico un viejo armero de una ciudad vecina. Elsa se entrevistó con él...



Elsa pudo entrevistarse con Jorge, pero sólo le permitieron verlo a través de una reja.



sona a quien he visto que me juzga inocente.

—Tu defensor opina que la fotografía de la bala permitirá establecer tu inculpabilidad. ¿Qué te parece?

—Teóricamente no hay dos caños de fusil que se parezcan, y como la bala lleva las impresiones del calibrado, en lógica debe ser fácil diferenciar un proyectil de otro. ¿Entiendes?

—Sí; perfectamente.

—El caño de mi fusil era especial, puesto que se trataba de un arma de gran precisión, y, por lo tanto, muy difícil que existiera otra con el mismo calibrado, cosa, como he dicho, imposible aún en el caso de que se quisiera hacer así. De modo que, hipotéticamente, una pericia balística resolvería el punto, pero... bastaría eso para convencer a la justicia.

—La única defensa perfecta sería encontrar al asesino.

—Sí — respondió Jorge.

—Puedo intentarlo, y veré a sus padres.

—La cena está lista — interrumpió la madre.

Elsa sacudió la cabeza y declaró con firmeza:

—No podría comer. No tengo apetito.

Insistió la joven en su resolución de ver al preso esa misma noche, y la familia, no pudiendo vencer su obstinación, resolvió acompañarla. Sólo quedó en la casa Susanita. La entrevista no fué posible, porque todavía no se le había levantado la incomunicación a Jorge, pero se les aseguró que para el día siguiente ya se le podría ver.

De la comisaría se trasladaron a casa de los Brihuega. Todo era confusión allí. Además de los padres de Jorge, se encontraron con una tía, dos tíos, varios parientes más y Jaime Ferrando, abogado de cierto prestigio. Estaban en conferencia, que se prolongó hasta la madrugada. Los padres de Elsa y Guillermo pronto terciaron en la conversación. Hablaban y hablaban, todos a la vez o uno por uno, pero sin rumbo, sin darse cuenta cabal, tal vez, a veces, de lo que decían.

Después de soportar en silencio durante varias horas el inútil parloteo, Elsa intervino con voz de airada protesta:

—Oyéndolos hablar a ustedes se diría que todos abrigan el convencimiento de que Jorge fué el matador de Fontova. Dicen que saben que es inocente, pero en su fuero interno no lo sienten así.

—¡Elsa! — exclamó su madre, y todos la miraron como si hubiera cometido una imperdonable falta de cultura.

—No creemos que Jorge sea culpable — dijo el padre de él, — pero tememos que pueda serlo.

—Tal como se presenta el caso hasta aquí, tendremos que probar que Jorge es inocente — comentó el abogado.

—¡Pues, manos a la obra! — exclamó Elsa. — No hablemos más; hagamos algo; procedamos.

—¿En qué forma? ¿Qué es lo que usted propone? — averiguó el letrado.

—Yo tomaría un plano del campo de Fontova y sus linderos, y señalaría el sitio en que se encontró el cuerpo y la ruta seguida por Jorge. Luego, basándome en los resultados de la autopsia, trataría de fijar la hora del crimen, y la confrontaría con la versión de Jorge sobre su recorrido, a fin de establecer dónde se encontraba cuando ocurrió el hecho. Además, iniciaría una investigación ocular muy prolija en las adyacencias del sitio aquél.

—Lo haremos — respondió el abogado, — pero, a mi juicio, la prueba básica será la pericia balística. Es posible que cuando la bala que mató a Fontova haya sido fotografiada y la foto ampliada, un perito pueda probar que no corresponde al rifle de Jorge.

—Sería espléndido.

A la mañana siguiente, Elsa pudo entrevistarse con Jorge, pero sólo le permitieron verlo a través de una reja. Ella le tendió las manos y asió las de él, que intentó sonreír. El esfuerzo de él por aparecer tranquilo fué noble, pero no pudo engañar a Elsa. Estaba pálido, sin afeitar, y la demacración del rostro denotaba el sufrimiento y la falta de sueño. Un agente de policía presenciaba la entrevista, pero ellos lo ignoraron. Aferrados de las manos, Elsa preguntó:

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Ya has hecho mucho con venir a verme — dijo Jorge, emocionado. — No creas que temo nada, pero eres la primera per-

Fué designado perito balístico un viejo armero de una ciudad vecina. Elsa se entrevistó con él, y confirmó lo que le expusiera Jorge respecto a las diferencias existentes en el calibre de las armas y su influencia sobre el proyectil disparado. Más aún, el armero se comprometió a ir al día siguiente a realizar una inspección sobre el sitio en que fuera asesinado el estanciero.

El armero cumplió su promesa, y después de presentarse en la comisaría, examinar y fotografiar el proyectil, y enterarse de la forma y ubicación de la herida, acompañado por Elsa, el comisario y Guillermo, se trasladó al campo de Fontova. Llevaba un envoltorio que procedió a desatar, extrayendo de él un fusil de precisión con mira de aumento. A continuación, hizo colocar a Guillermo en el mismo sitio en que fué encontrado el cuerpo del muerto, y se marchó en línea recta, alejándose de él y volviéndose cada cincuenta metros más o menos para apreciar la distancia. Así llegó a unos quinientos metros y se detuvo a examinar cuidadosamente el suelo, cubierto por tupido pastizal. Tras largo rato de prolijo examen, se puso de rodillas y, por fin, se tendió largo a largo. Elsa seguía con atencioso interés las curiosas andanzas del armero; éste se incorporó y le indicó que se tendiera donde había estado él, y luego le preguntó:

—¿Ve usted a su hermano?

—Sí; pero sólo de medio cuerpo.

(Continúa en la página siguiente)

— Muy bien. Tome ahora el fusil y apúntele.

Elsa siguió las instrucciones, y el perito tornó a preguntarle:

— Mirando por la lupa de aumento, ¿cómo lo ve usted ahora?

— Como si lo tuviera cerquita.

— Eso es. Pues... desde aquí fué disparado el proyectil que hirió a Fontova.

—¿Eh? — exclamó el comisario. — ¿Desde tan lejos?

— Sí, señor; desde aquí...

—¿Cómo lo prueba usted?

—La deformación del proyectil me lo hizo sospechar, y acabo de comprobar que la bala empleada fué disparada desde la línea que acabo de seguir. Como existe aquí una leve depresión del terreno que le permite a una persona colocada donde estamos nosotros ver a la que ocupa el lugar de Fontova sin ser vista a su vez, está claro que el criminal aprovechó esa circunstancia y tiró desde la posición de cuerpo a tierra.

—¿Cómo así? — indagó el comisario. — ¿Por qué se le ocurre eso?

— Muy explicable; la forma de la herida, que tiene una ligera inclinación hacia arriba, lo demuestra. Por lo demás — agregó, indicando unas señales en el pasto, — aquí se ven las marcas del cuerpo y los codos del asesino.

— Me parece mucha la distancia — observó el comisario.

— Lo es para una persona corriente, pero no para un tirador de precisión que use fusil con mira de aumento.

—¿Y la coincidencia de calibres?

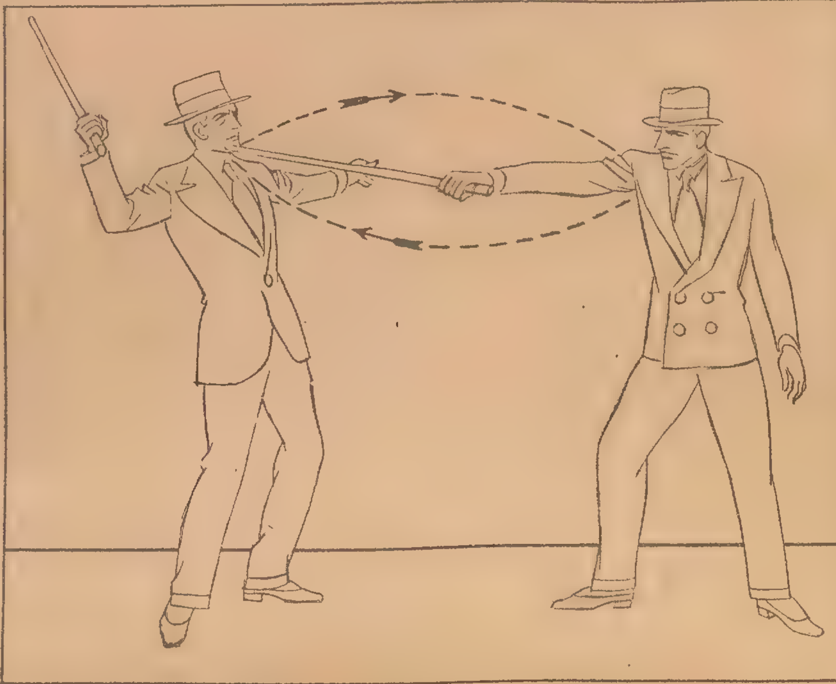
— Está bien, pero la bala homicida, a pesar de ser de calibre pequeño, pertenece a un fusil de guerra y no al rifle del señor Brihuega... Le aconsejaría, comisario, que averigüe si existe en la localidad algún tirador de nota con fusil de guerra y lo detenga.

Investigaciones posteriores revelaron que el capataz de trabajos de a pie de un estanciero vecino, extranjero y ex soldado de la gran guerra, había sido apaleado por Fontova tiempo atrás y había jurado vengarse... Detenido y sometido a interrogatorio, confesó su delito y la forma cuidadosa en que lo había preparado. Fontova se había bajado del caballo en el sitio en que cayó, y él, que lo espiaba, aprovechó la oportunidad para tirar. Jorge fué puesto inmediatamente en libertad, debido, más que nada, a la fe, actividad y confianza demostradas por su novia.

FIN

MI GOLPE FAVORITO

Por ARTURO BONAFONT



El bastón es un arma defensiva muy eficaz. Saber defenderse en la calle con un bastón, significa una gran seguridad para las personas que lo usan facíficamente para apoyarse durante los paseos. Es verdad que para conseguir defenderse con eficiencia, es preciso saber manejarlo con la rapidez de un relámpago.

Entre nosotros hay un hombre que se ha destacado por su tenacidad para enseñar a las juventudes la esgrima del bastón. Nos referimos al maestro de esgrima y profesor de bastón del Club de Gimnasia y Esgrima, don Arturo Bonafont, quien durante cerca de un cuarto de siglo ha dictado en las salas de dicho club más de sesenta y tres mil lecciones. Este hombre que ya cuenta 55 años de edad se mantiene tan diestro, que su agilidad en el manejo del inofensivo bastón, da la impresión de que el mismo se convierte en un arma defensiva de tal eficacia, que se siente de inmediato la necesidad de ponerse a sus órdenes para enterarse de los secretos de esa esgrima.

Hemos entrevistado al maestro Bonafont para que explicara a nuestros lectores cuál es su golpe favorito en la esgrima del bastón.

"El manejo de este inofensivo palo — nos dice mostrándonos el bastón, — tiene, claro está, sus secretos, pero ellos son fáciles de conocer cuando el alumno se preocupa un poco y pone interés en aprender las lecciones. Decir cuál es mi golpe favorito en un arte que es mi mayor pasión, se hace un tanto difícil. Sin embargo, tengo predilección por un golpe, pues su eficacia es fulminante. Se trata del bastonazo a la mandíbula. Este golpe se ejecuta desde la posición de guardia libre y a un metro de distancia del rival. Se levanta el brazo ligeramente arqueado hacia la derecha, hasta que la mano — vuelta las uñas hacia abajo, — codo y bastón queden horizontales a la altura del hombro. Luego haciendo girar el cuerpo en un rápido movimiento rotatorio de derecha a izquierda, levantando simultáneamente el talón del pie derecho, se aplica con el brazo algo contraído, un bastonazo en la mandíbula izquierda del adversario. Después de haber señalado el impacto horizontalmente, es preciso tomar rápidamente la posición de guardia recogida.

"Los efectos de este golpe justamente aplicado, es de tal eficacia y efecto, que el contrario rodará por el suelo y sufrirá un desmayo, que le durará algunos momentos. Este es mi golpe favorito y el que más me agrada enseñar a mis alumnos, porque, repito, su eficacia es muy efectiva. Claro está que también en el arte de manejar el bastón hay otros golpes de gran efecto, pero éste es más fácil y de efectos rápidos."

JESUS Y EL DIVINO...

(Continuación de la página 31)

La protesta de los comensales fué tal, que Jesús se vió obligado a disculpar y defender a María Magdalena, diciendo que su intención había sido anticiparse a su muerte, ungiendo su cuerpo para la sepultura.

Jesús era huésped frecuente de la casa de Bethania. María, a los pies de Jesús, se olvidaba de todo, la vida real desaparecía para ella. Bien amargamente se lo hacía notar su hermana Marta al Maestro: "Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile, pues, que me ayude." Pero Jesús, a quien conmovía hondamente la rendida adoración de María, y admiraba la gran capacidad de su alma para el ensueño, siempre hallaba la forma de disculpar a la enamorada. "Marta, Marta... — le contestaba el Maestro, — tú te afanas en muchísimas cosas; y a la verdad, que una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada." (S. Lucas, cap. VIII, ver. 40 y ss.).

¿Qué deslumbrante "Cantar de los cantares" no podría haberse escrito con aquellos perdidos diálogos de Jesús y María Magdalena en las divinas noches de Bethania?

DOS MUNDOS FRENTE A FRENTE

Jesús sabía que se acercaba su fin. Desde su entrada triunfal en Jerusalén hasta su muerte entre dos ladrones, clavado en la cruz del Gólgota, los acontecimientos de la pasión y muerte del Salvador se sucedieron en la forma que ya conocéis. Todos abandonaron al Divino Maestro, hasta sus discípulos, menos las mujeres que lo amaban.

Pero hay una escena que por su profundo simbolismo merece destacarse. Es a la que alude Spengler en los párrafos que encabezan esta nota. Pilatos deseaba a todo trance salvar a Jesús. Quiso hablar a solas con él y se encerró en el Pretorio con el acusado. Dos mundos opuestos se encontraron frente a frente: el mundo de los *hechos* y el mundo de la *verdad*. Por eso Pilatos no entendió ni una palabra de las respuestas de Jesús. El procurador pertenecía al mundo de las legiones romanas, que conquistaban, asesinaban, robaban, y luego implantaban el Derecho Romano en el país sometido; al mundo de las luchas del Foro, donde no triunfaba la verdad, sino los más hábiles y mejor armados de dialéctica, como en las feroces luchas del circo.

¿Cómo podría entender Pilatos aquella profunda frase de Jesús, que sintetizaba toda su doctrina: "Mi reino no es de este mundo"?

Cuando el divino Nazareno le dice que él ha nacido para dar testimonio de la verdad, Pilatos, asombrado, le pregunta: "¿Qué es la verdad?" El reino de Dios, la justicia, la salvación de las almas, podrán pertenecer al mundo de la verdad. Pero él, Pilatos, vive en el mundo de los hechos, y los sacerdotes judíos podrían escribir al emperador acusándolo de favorecer a un conspirador que se proclamaba "Rey de los judíos", y el césar hubiera destituído al procurador. Por eso Pilatos, testificando la inocencia de Jesús, permitió que lo crucificaran.

FIN

LA MUJER QUE HUYE

(Continuación de la página 30)

Anthony se dió cuenta de inmediato de la intención de ella. Su acción fué más rápida que la de Sally. Si bien es cierto que la mano de ella logró posesionarse de la cartera, no la pudo conservar durante mucho tiempo, pues Anthony le tomó la muñeca sin ninguna delicadeza, obligándola a dejar la cartera, la que él tomó y revisó.

— ¡Oh! — exclamó al descubrir la pequeña arma. — ¿Pretendía atemorizarme con esto? Nó lo dudo; hasta quizá podía haberme matado. Pero nada tengo que temer, al menos por esta noche; yo le guardaré cuidadosamente el arma.

— ¡Le hubiera matado como a un perro si se negaba a abrirme la puerta!

— Sally estaba agitada y respiraba con dificultad. — Recuerde esto, Anthony: yo tengo amigos muy poderosos en París.

— Pero ¿los tendrá después?

— ¿Se da usted cuenta de lo que está haciendo?

— Perfectamente. Las mujeres la dejarán de lado, desdeñosamente, pero, en cambio, se acaparará un cúmulo de admiradores del sexo fuerte; y con ello su popularidad de diva alcanzará un punto jamás soñado por usted.

—¡Esto es una infamia!

— Será algo que sus amigas y admiradores no le perdonarán jamás, Sally. Mi reputación es de las peores, aun cuando solamente existe algo de verdad en todo lo que se dice de mí; pero recuerde que todas las fantasías y mentiras que se cuentan por ahí, me siguen a todas partes como si fueran verdades. Sí, ya lo sé. En las noveluchas de amor mi línea de acción sería pedirle que me perdonara, dejándola irse, pero eso no sucederá. Sally, usted va a comer pan de guerra, y no esos dulces a que usted está tan acostumbrada... ¡Ya! Ese debe ser el camarero.

Él permitió que el camarero entrara en la habitación y que depositara el vino y las copas sobre la mesa.

Sally se dirigió a la silla que estaba junto a la ventana y tomó asiento. Al hacerlo, observó que sobre la mesita de noche había un pesado candelero.

El camarero se retiró. Anthony cerró con llave y se acercó a la botella.

—Son sorprendentes las cosas admirables que pueden encontrarse en posadas tan lejanas y anticuadas como ésta. ¡Aquí tenemos una botella de Pommery del año 1911! Debe ser excelente. ¡Qué buena idea tuvo usted de huir en ese auto!

Ella se levantó y comenzó a pasearse en el pequeño espacio que había entre la cama y la ventana. Cruzó los brazos sobre la espalda; sus pasos eran cortos y nerviosos. Esta vez nó quería equivocarse.

La ceremonia de descorchar la botella procedía, pero Anthony no tenía ninguna prisa. Al tiempo de saltar el corcho, Sally se apoderó del candelero, sacó la vela y se lo tiró, golpeándolo con él.

(*Continúa en el número próximo*)

El HIJO de ZATUSZECK ya tiene MADRE

Una nota de ADRIANA PIQUET



Carlos Zatuszeck, el domador de caminos, quien ha recibido infinidad de ofrecimientos para cuidar a su hijita.

En una nota publicada recientemente por MUNDO ARGENTINO, sobre los volantes que intervinieron en el Gran Premio Nacional, había una referencia a las dolorosas circunstancias en que participó el famoso Zatuszeck: su esposa había muerto unos días antes de la carrera, dejándole una criatura y sumiéndolo en la desesperación.

— Sí — nos dijo entonces, — corro por correr, nada me importa ahora. Este pobre niño sólo me recuerda mi desdicha, y se me destroza el corazón al ver que le ponen las batitas que ella había cosido tan alegremente para él. Corro porque sí, como hago ahora todas las cosas, y no me importaría estrellarme.

Una niña, impresionada por esta dramática y conmovedora referencia, nos escribió una carta para hacer llegar a Zatuszeck, por intermedio de MUNDO ARGENTINO, una proposición no menos conmovedora. Uno de los párrafos dice:

"En mi hogar soy la única hija, gozo de comodidades y tengo todo el tiempo disponible. Quisiera volcar mi cariño en ese niño, prodigándole todos los cuidados de una madre."

Yo, autora de aquella crónica sobre los volantes, fuí con esta carta, en nombre del director, para transmitir personalmente la proposición de la niña.

Fuí, sabiendo, naturalmente, que sería rechazada. Y recordé a Zatuszeck la víspera del Gran Premio, en medio de su taller. Contestaba tristemente a mis preguntas y tenía, entre sus manazas enormes, algo como un montón de trapitos blancos: el niño. No se me había despintado esta imagen del padre desesperado que ni siquiera encontraba distracción o consuelo en los preparativos para la gran carrera. Recordaba también a Maszack, su cuñado, el hermano de la pobre muerta, que mientras hablábamos vino a tomarle el chiquitín con una solicitud de cariño intenso, un cariño de madre.

EL CHIQUITO YA TENIA MADRE

Llegué al taller y me recibió este cuñado. Zatuszeck estaba ausente. Me guardé muy bien de exponerle a Maszack el objeto de mi visita. Sentí que no debía hacerlo. Le pregunté por la criatura. Me la trajo, abrigándola, besándola, y empezó a contarme con emoción, temblándole la voz, esos pormenores, inquietudes y detalles pueriles que asocian las madres a la idea del hijito. Yo escuchaba conmovida, maravillada. Este hombre fuerte y activo descuidaba, sin duda, su trabajo habitual y había abandonado, por la criatura, sus antiguas preocupaciones y los intereses de su propia vida. Se consagraba íntegramente a proteger y mimar al pequeñuelo.

EL BEBE SABE QUE TIENE QUE SER BUENO

Al día siguiente volví atraída por el drama de estos dos hombres a quienes une un mismo dolor y un mismo cariño. Zatuszeck estaba. Le comuniqué la carta piadosa de la niña que quería servir de madre a su chiquito. La leyó por leerla. Mientras la comentábamos asomó Maszack. Zatuszeck guardó rápidamente la carta y me hizo una seña significativa. Y cuando Maszak, después de saludarme, se hubo retirado discretamente:



Juan Maczak, hermano de la esposa de Zatuszeck, y socio y acompañante en las grandes carreras del corredor alemán.



Sofía Maczak de Zatuszeck, esposa del gran volante, que falleció pocos días antes del gran premio, en momentos de ser madre.

— Por favor, que no sepa nada. Se enfurecería. Ni en broma hay que hablarle del asunto. Usted no sabe lo que es este hombre para mi hijito.

Y empezó a contarme cómo se desvivía para cuidarlo, cómo realmente había reemplazado a la madre. Lo lavaba, le daba la mamadera, tenía la cuna al lado de su cama, y en cuanto la criatura se despertaba ya estaba él en pie para mecerla.

— Creo que mi cuñado llegará hasta tener celos de que yo lo quiera tanto a mi hijito. Afortunadamente el nene no da mucho trabajo. Casi nunca llora, se aquieta en cuanto Maszack le pone la mamadera en la boquita.

— ¿Entonces este bebé sabe que tiene que ser bueno?

— Eso, precisamente.

Maszack volvió a pasar, mirando otra vez, intrigado, como desconfiando. Me acordé de las madres aprensivas a quienes asusta el más remoto síntoma de peligro. Sí, Maszack sentía que "algo" había conspirado contra él. Su recelo determinó a Zatuszeck terminar nuestra conversación. Lo llamó, lo tranquilizó hablándole de la criatura y luego de un asunto sin importancia.

Después, despidiéndome, Zatuszeck me dijo todavía:

— Si mi buen cuñado se entera de esta carta creo que se enferma. ¡Lo quiere tanto a su bebé, a nuestro bebé!

Y yo me voy con el corazón henchido de una admiración por estos hombres de tan recia contextura, que esconden un alma tierna a la que un niño subyuga con sus manecitas de seda. El famoso volante y su acompañante ya no sólo están unidos por su afán de vencer las dificultades de los caminos con su máquina devoradora de kilómetros sino, también en el sentimiento de protección que tienen para esta criatura que no ha conocido su madre.



CUENTO PARA NIÑOS

El HOMBRE BUENO y el HOMBRE MALO

UNA vez hablaban entre sí dos campesinos pobres; uno de ellos vivía a fuerza de mentiras, y cuando se le presentaba la ocasión de robar algo no la desperdiciaba nunca; en cambio el otro, temeroso de Dios y de estrecha conciencia, se esforzaba por vivir con el modesto fruto de su honrado trabajo. En su conversación, empezaron a discutir; el primero quería convencer al otro de que se vive mucho mejor atendiendo sólo a la propia conveniencia, sin pararse en delito más o menos; pero el otro le refutaba, diciendo:

—De ese modo no se puede vivir siempre; tarde o temprano llega el castigo. Es mejor vivir honradamente, aunque se padezca miseria.

Discutieron mucho, pues ninguno de los dos quería ceder en su opinión, y al fin decidieron ir por el camino real y preguntar su parecer a los que pasasen.

Iban andando cuando encontraron a un labrador que estaba labrando el campo; se acercaron a él y le dijeron:

—Dios te ayude, amigo. Dinos tu opinión acerca de una discusión que tenemos. ¿Cómo crees que hay que vivir, honradamente o inicuamente?

—Es imposible vivir honradamente—les contestó el campesino —; es más fácil vivir inicuamente. El hombre honrado no tiene camisa que ponerse, mientras que la iniquidad lleva botas de montar. Ya veis: nosotros, los campesinos, tenemos que trabajar todos los días para nuestro señor, y en cambio no tenemos tiempo para trabajar para nosotros mismos. Algunas veces tenemos que fingirnos enfermos para poder ir al bosque a buscar la leña que nos hace falta, y aun esto hay que hacerlo de noche porque es cosa prohibida.

—Ya ves — dijo el Hombre Malo al Bueno —: mi opinión es la verdadera.

Continuaron el camino, anduvieron un rato y encontraron a un comerciante que iba en su trineo.

—Párate un momento y permítenos una pregunta: ¿Cómo es mejor vivir, honradamente o inicuamente?

—¡Oh amigos! Es difícil vivir honradamente; a nosotros, los comerciantes, nos engañan, y por ello tenemos que engañar también a los demás.

—¿Has oído? Por segunda vez me dan la razón — dijo el Hombre Malo al Bueno.

Al poco rato encontraron a un señor que iba sentado en su coche.

—Detente un minuto, señor. Danos tu opinión sobre nuestra disputa. ¿Cómo se debe vivir, honradamente o inicuamente?

—¡Vaya una pregunta! Claro está que inicuamente. ¿Dónde está la justicia? Al que pide justicia le dicen que es un picapleitos y lo destierran.

—Ya ves — dijo el Hombre Malo al Bueno —; todos me dan la razón.

—No me convencéis — contestó el Bueno; — hay que vivir como Dios manda; suceda lo que suceda no cambiaré de conducta.

Se fueron ambos en busca de trabajo, y durante mucho tiempo anduvieron juntos. El Malo sabía halagar a la gente y se las arreglaba muy bien: en todas partes le daban de comer y de beber sin cobrarle nada y hasta le proveían de pan en tal abundancia que siempre llevaba consigo una buena reserva. El Bueno, no poseyendo la habilidad de su compañero, era muy desgraciado, y sólo a fuerza de trabajar mucho conseguía un poco de agua y un pedazo de pan; pero estaba siempre contento a pesar de que su compañero no dejaba de burlarse de su inocencia.

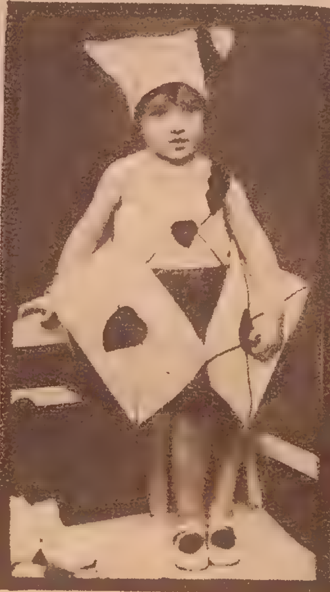
Un día, mientras caminaban por la carretera, el Bueno sintió gran hambre y dijo a su compañero:

(Continúa en la página 59)

Nuestros amiguitos las MASCARITAS del INTERIOR


Juan Eduardo Mollerach, de pierrot. (Santa Fe)


Mercedes Susana Cavenago, de damita. (Buenos Aires)


Beatriz Mercedes Allemandi, de mensajera de amor. (Rosario)


Estela y Carlos Alcaide, de gitana egipcia y pierrot. (San Juan)


Argentino José y Duilio Emilio Martínez, de pescadores. (Germania)


José y David Luis García, de pierrot de corazones y fantasía principesca. (Ingeniero White)


Nélida Esther Pagella, de mariposa (Bahía Blanca)


Alfredo M. Ferrari, de bandolero. (Canal San Fernando)


Angelita de la Mela Osorio, de fantasía de corazones (Buenos Aires)




Leonorcita Talpalar, de gitana húngara (Tucumán)


Robertito Yörg, de soldado zuavo (Rosario)


Eduardo y Adoración García Belenguer, en un idilio andaluz (Mendoza)


Sarah María Pattin Bugni, de aldeana portuguesa (Alta Gracia)


Mauricio J. Pattin Bugni, de Tom Mix (Alta Gracia)


Yolita Olivares, de Madame Pompadour (San Juan)


Rosita da Costa, de flor (Chajarí)


Muñequita Leticia Gotthardt, de cisne de polvera (Tucumán)

La OLIMPIADA a disputarse en 1932 y el ORIGEN de los JUEGOS OLIMPICOS



Frente del famoso Museo de Los Angeles, en cuyo interior se realizará la anunciada Exposición Olímpica, con motivo de los próximos juegos, habiéndose trabajado durante más de cuatro años en la preparación de una vasta exhibición de muestras y objetos de arte para detallar la historia del deporte a través de las distintas edades del mundo, con sus características típicas y los más curiosos detalles de la materia.



Algunos modelos de las casas especialmente construídas para habitación de los 2.000 atletas, entrenadores y demás participantes en la Olimpíada, y que constituirán la llamada Villa Olímpica. Cada casa, construída en estilo arquitectónico determinado, normando, inglés, colonial, etc., consta de dos habitaciones con cocina, baño y dependencias, habiendo sido dotadas de muebles fabricados ex profeso, así como los utensilios y las ropas, calculándose que serán necesarias más de 1.000 casas para satisfacer todas las necesidades de la villa, la cual contará también con un teatro, cine y parque de diversiones para que los atletas no se vean obligados a alterar su régimen de entrenamiento durante su permanencia en la Olimpíada.

Se ha elegido a la ciudad de Los Angeles para la celebración de los Juegos Olímpicos del año en curso. Con tal motivo Lawson Wood, uno de los más reputados peritos del mundo en la materia, y entrenador del equipo olímpico estadounidense, ha escrito especialmente para MUNDO ARGENTINO este artículo, en que historia, con su notoria versación, los orígenes del interesante torneo atlético mundial.

Al través de la descripción de Robertson, se sigue con explicable interés el desarrollo y culminación del atletismo en la antigua Grecia hasta llegar a la famosa organización de Olimpia y su decaimiento debido a la ingerencia y actuación incorrecta de los romanos. Nos hace asistir luego al renacimiento de las Olimpíadas en nuestro tiempo, detallando su desarrollo y progreso, que se verá magníficamente coronado en la bella ciudad californiana.



Aspecto exterior del Pabellón de Esgrima, en el cual se celebrarán los concursos olímpicos. Este pabellón, perteneciente al Regimiento 160º de Infantería de Los Angeles, posee un recinto de 90 metros de largo por 45 metros de ancho, con comodidad para realizar los encuentros ante un público de 5.000 espectadores distribuídos en modernísimas instalaciones.

La tradición histórica no determina con exactitud el año en que los griegos organizaron las primeras fiestas que fueron conocidas más adelante con el nombre de Juegos Olímpicos, pero el consenso general establece la fecha alrededor del año 776 antes de la Era Cristiana, continuándose la celebración periódica hasta el año 392, o sea, durante 1168 años.

Los griegos de los tiempos más remotos, que reverenciaban a sus muertos más que ninguna otra nación, llegaron a creer que las almas de los desaparecidos se complacerían en la contemplación de espectáculos análogos a los que los alegraran en vida. El resultado de tal creencia fué la organización de fiestas en diversos puntos del territorio heleno en fechas regulares.

Con el tiempo a los griegos se les ocurrió que los dioses se complacían en los servicios y luchas, y, para acrecentar su propia dicha tanto como la de las almas de los muertos, aumentaron considerablemente los programas. Algunas pequeñas localidades, en su afán de dar mayor brillantez a las fiestas, se unieron con el propósito de efectuar un solo festival común de mayores proporciones.

Los Juegos Olímpicos, llamados así porque se realizaban a la vera del monte sagrado, el Olimpo, no tardaron en descollar entre tales festividades. Poco a poco los de otros lugares fueron incorporándose a ellos, hasta que se convirtieron en el torneo verdaderamente representativo de toda la Grecia.

Los Juegos Olímpicos alcanzaron su culminación alrededor del año 464, antes de Cristo, es decir, en la 76 Olimpíada. Los atletas que tenían el propósito de tomar parte en los juegos, se entregaban a un riguroso entrenamiento con un año de anticipación.

Tomar parte en los juegos era el más alto honor a que podía aspirar un joven en Grecia.

Las carreras a pie constituían la forma favorita del deporte en los primitivos Juegos Olímpicos. Más adelante se agregó la lucha, salto, lanzamiento del disco y la jabalina, peleas y el "Pancracio", que era una combinación de lucha y pugilismo en la cual se empleaba el cesto, y que resultaban las únicas exteriorizaciones de brutalidad de los programas olímpicos. El reglamento del "Pancracio" establecía que la lucha debía continuar "hasta que uno de los contendientes se rindiera". Tan valerosos eran los atletas y tan temerosos del desprecio con que se trataba al que abandonaba, que el "Pancracio", en el cual se permitía empujar, estrangular, derribar, patear y retorcer los miembros, terminaba sólo con la muerte de uno de los combatientes.

Vale decir, pues, que los duelos de cesto eran "a muerte".

Las ceremonias y pruebas tenían una duración de cinco días.

Antes de iniciarse los juegos, los participantes se trasladaban en peregrinación al templo de Zeus (Júpiter), el padre de los dioses. Allí los atletas juraban respetar las decisiones de los jueces, comprometiéndose a no levantar protestas bajo ninguna circunstancia, y los jueces, a su vez, juraban ser imparciales y justos en sus fallos. A continuación se elevaba una plegaria por la victoria, que cada cual anhelaba para sí.

Terminada la ceremonia del juramento, se emprendía la marcha en lucida procesión hacia el teatro de los juegos. Al avanzar por las calles el cortejo, los atletas eran aclamados y saludados por parientes, vecinos y amigos, quienes los incitaban a conquistar la victoria.

Una vez dentro del estadio, los diversos núcleos representativos eran arengados por los más famosos oradores de sus ciudades, quienes los conminaban a extremar los esfuerzos, a luchar con equidad y limpieza y a triunfar por el honor de sus respectivos pueblos de origen.

A toque de trompeta se anunciaba la iniciación de cada prueba. Apenas terminado el toque de atención, los heraldos corrían por el estadio señalando los contendientes a la multitud de espectadores, anunciando los nombres, lugar que representaban y su anterior actuación deportiva.

Al finalizar cada prueba, los heraldos daban un nuevo toque, imponiendo silencio, y los jueces proclamaban al vencedor, a quien se le entregaba una palma y se coronaba con gajos de olivo silvestre arrancados de un monte sagrado.

A la terminación del quinto día, los ganadores eran escoltados hasta la estatua de oro y marfil de Zeus Olímpico, a quien agradecían haberlos favorecido con la victoria. A renglón seguido tenían lugar ceremonias de cierre, y, oficialmente, los Juegos Olímpicos terminaban.

Reunidos en un gran banquete, los vencedores recibían el elogio de oradores, poetas y músicos famosos.

Una procesión acompañaba a cada uno de los triunfadores hasta sus sitios de orígen, donde se les volvían a tributar honores. Entraban a la ciudad por una brecha abierta expresamente para el caso en las mura-



El famoso campo de polo del "Los Indios Polo Club" de Hollywood, situado en el valle de Burbank, junto a los estudios cinematográficos de la First National, y que preside el conocido astro de la pantalla y deportista, Jack Holt, gentilmente cedido para utilizarlo en el entrenamiento de los teams participantes en los torneos olímpicos de equitación.



El City Hall de Los Angeles, flamante rascacielos recientemente inaugurado, cuyo costo se calcula en casi diez millones de dólares, en el cual se ofrecerán las recepciones a los delegados y representantes olímpicos de todo el mundo, y en cuya sala central se depositará la bandera olímpica desde la clausura de la Décima Olimpíada hasta la inauguración de la siguiente, que se celebrará en Berlín en el año 1936.

llas, con lo cual se quería significar que una ciudad que poseía un atleta de tamaña envergadura ya no tendría por qué temer al enemigo, y, por lo tanto, podía prescindir de la protección de las murallas.

A expensas de sus conciudadanos al atleta victorioso se le daban banquetes, abundantemente rociados con vinos generosos. Se le hacían regalos y se le eximía del pago de impuestos.

Los Juegos Olímpicos fueron patrimonio exclusivo de los griegos hasta después del año 146 antes de Cristo, en cuyo año Corinto fué dominada por los romanos, y Grecia perdió su identidad como nación independiente para convertirse en provincia del poderoso imperio romano.

No tardaron los Juegos Olímpicos en convertirse en lo que podríamos llamar internacional, pues los romanos organizaron escuadras de atletas cada cuatro años y los enviaron a competir con los jóvenes atletas griegos.

Los Juegos Olímpicos continuaron en Grecia hasta después de la conquista romana. Las primeras Olimpíadas subsiguientes a la conquista continuaron siendo exclusivamente para los griegos, pero los romanos que asistieron a ellas se interesaron tanto por ellas, que los jóvenes romanos fueron invitados a prepararse para las luchas olímpicas.

Y fué así cómo los juegos dejaron de ser algo destinado puramente a determinar quiénes eran los atletas mejores de Grecia para convertirse en justas de supremacía entre griegos y romanos, con ventaja para los primeros casi durante un siglo.

Con el tiempo los romanos produjeron algunos atletas notables y el predominio de los griegos en los Juegos Olímpicos.

Las Olimpíadas se desarrollaron amistosamente durante muchas generaciones y después sobrevino la discordia.

Los griegos acusaban a los campeones romanos de tornarse en profesionales. Se alegaba que los ganadores de las pruebas olímpicas capitalizaban su popularidad y fama realizando jiras y aceptando dinero o su equivalente en mercaderías por exhibirse públicamente.

Los romanos negaron las acusaciones y continuaron participando en los Juegos Olímpicos, pero generalmente los griegos protestaban sobre la condición y clasificación de algunos de los participantes romanos. Tal estado de cosas produjo animadversión con el transcurso del tiempo.

En el transcurso de uno de los juegos los romanos, enfurecidos por las acusaciones de profesionalismo, se lanzaron a la agresión. Prendieron fuego a algunos de los edificios en que se albergaban los atletas y destruyeron todo lo que les fué posible dentro y fuera del estadio.

Ya no era posible seguir así, y Teodosio, el césar romano, abolió los Juegos Olímpicos en el año 394, por considerar que se habían convertido en motivo de molestias y disturbios

Las fotografías que acompañan esta nota son exclusivas para MUNDO ARGENTINO, *y conseguidas por el señor Miguel Tato, en su reciente jira en avión por las Américas.*

Roma fué capturada por los bárbaros en el año 476. Apoderándose de la estatua de Júpiter, que media sesenta pies de altura y era toda, según queda dicho, de oro y marfil, la llevaron a Constantinopla, donde fué destruída por un incendio.

Un terremoto destruyó el estadio hacia el siglo VI, y más adelante otro sismo sepultó las ruinas bajo barro y piedras a una profundidad de veinte pies.

Hace cerca de sesenta años los arqueólogos alemanes procedieron a desenterrar a Olimpia, obra que terminaron en 1881, restaurándola a una semejanza de su antigua gloria.

En 1892 el barón francés Pierre de Coubertin, entusiasta del atletismo, propuso revivir los antiguos juegos en Atenas. La proposición sólo mereció burlas, pero el barón persistió, y para 1894 había logrado suficiente apoyo como para asegurar el funcionamiento de los juegos.

Debido a un generoso donativo de M. Averoff, de Alejandría, fué posible construir un estadio que duplicaba la capacidad del que usaron durante siglos los helenos.

La primera Olimpíada de los tiempos modernos se realizó en abril de 1896.

Plano de la ciudad helénica de Olimpia, en que tuvieron lugar durante mil años los Juegos Olímpicos. La ciudad, aparte de los estadios, palestras y gimnasios, contenía numerosos templos en que los atletas impetraban la gracia y el favor de los dioses.

Entre los templos encerrados dentro de las murallas de Olimpia, ocupaba lugar destacado el de Zeus, el Júpiter romano, padre de los dioses, que se distinguía claramente por las ringleras de mármol pentélico que lo rodeaban. En él se hallaba la colosal estatua del dios, debida al cincel de Fidias, y considerada la más bella figura humana de la antigüedad clásica. Según investigaciones del sabio Adler, tenía siete veces el tamaño de un hombre, y según Higinio media sesenta pies de altura.

Es curioso el hecho de que aunque los griegos inventaron los juegos y fueron juntamente con los romanos, campeones olímpicos durante mil años, su representación fué escasa en 1896 y fueron derrotados en todas las pruebas, excepto en la carrera de Maratón, ganada por el ateniense Loues.

En un principio la actualización de los Juegos Olímpicos despertó un interés relativamente escaso, debido, tal vez, a que la cultura del cuerpo humano no se hallaba tan incorporada a las costumbres de los pueblos como en la actualidad. Al torneo de 1896 concurrieron bastantes atletas, pero no es difícil que ello se debiera, más bien, a la razón sentimental de realizarse las justas en Atenas que a una emulación perdurable.

Con el transcurso del tiempo los Juegos Olímpicos han ido afirmándose como el más grande y espectacular torneo deportivo mundial del año. La guerra los interrumpió como sucedió con tantas otras actividades, pero pacificado el mundo volvieron a reanudarse con tanto empeño, que es difícil que quede un país civilizado que no envíe a ellos su correspondiente equipo atlético.

Este año será teatro del torneo la bella ciudad californiana de Los Angeles, que ha realizado importantísimos preparativos para que las pruebas adquieran un lucimiento de superación desconocida hasta aquí.

Entre nosotros, la práctica de todos los deportes, desde el remo al box y del tennis a la natación, cuenta con notables cultores, algunos de los cuales pueden justificadamente aspirar al codiciado título de campeones olímpicos.

Nuestros atletas han salido al extranjero y han logrado merecidos y honrosísimos triunfos. Sin que sea necesario recordar actuaciones y brillantes desempeños de deportistas anteriores, podemos citar el caso muy reciente de nuestro eximio corredor Zabala, que se ha desempeñado honrosamente frente a los grandes campeones, llegando a superar "récords" que se consideraban imposible mejorar.

Siendo tan buenos, tan calificados nuestros atletas, sería lamentable que estuvieran ausentes en la Olimpíada de Los Angeles. Convendría que las asociaciones culturales existentes en el país se preocuparan de formar un equipo que nos representara en esa oportunidad. Se sostiene que el asunto presenta dificultades financieras de difícil solución, por cuanto un equipo debe ser integrado por una treintena de atletas, a los cuales se han de agregar los auxiliares y algunos suplentes, lo que tal vez duplique la cifra apuntada. Fácil resultaría, empero, obviar el inconveniente por medio de la realización de una gran colecta pública "pro concurrencia argentina". El pueblo, entusiasta sostenedor de todos los deportes, respondería ampliamente a la iniciativa.

FIN

MENÚ
PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Fiambre.	Sopa de arroz con tomate.
Zapallitos rellenos.	Riñones de ternera a la danesa.
Sesos a la criolla.	Tortilla de jamón.
Pescado a la Marny.	Compota de peras.
Fruta.	

JUEVES

Almuerzo	Comida
Tomates en Bella Vista.	Merluza guisada.
Cappelletti.	Huevos a la jardinera.
Bacalao a la vizcaína.	Espinacas saltadas.
Arroz a la greca.	Pastel de manzana.
Empanada de vigilia.	

VIERNES

Almuerzo	Comida
Pâte de Foïe.	Sopa de verdura.
Albóndigas de bacalao.	Guiso de surubí.
Huevos a la jardinera.	Fritada de zapallitos.
Budín de verdura.	Torta de peras.
Empanadas de vigilia.	

SABADO

Almuerzo	Comida
Sardinas en escabeche.	Ragout de cordero.
Mondongo a la madrileña.	Berenjenas rellenas.
Papas a la duquesa.	Salpicón.
Jamón a la crema.	Mermelada de damasco.
Duraznos al natural.	

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Ensalada rusa con fiambre.	Liebre en salsa negra.
Pechito de ternera con arvejas.	Fideos con salsa blanca.
Pejerrey relleno al Val D'Or.	Papas rellenas.
Macedonia.	Flan de frutas.

LUNES

Almuerzo	Comida
Berberechos.	Sopa juliana.
Lentejas con tocino.	Milanesa con puré.
Lengua de ternera con salsa.	Tortilla de acelgas.
Chauchas a la crema.	Manzanas asadas.
Fruta.	

MARTES

Almuerzo	Comida
Fiambre.	Sopa de sémola.
Repollo relleno.	Lomo de ternera al horno.
Asado con ensalada.	Croquetas de papa.
Pejerrey frito.	Budín de pan.
Fruta.	

EL PLATO DEL DOMINGO

PECHETO DE TERNERA CON ARVEJAS

Se elige un buen trozo de pecheto, del que se le sacan pellejo y tendones. Conviene mecharlo copiosamente, para que no salga reseco. Se dora en abundante manteca, y se deja luego tapado, y que cocine a fuego lento. Si la carne no estuviera completamente tierna a las dos horas de cocción, convendrá añadirle una copita de vino blanco, al mismo tiempo que se le ponen la sal y la pimienta que requiere.

Aparte se habrán hervido las arvejas (un kilo por cada medio de pecheto) con abundante agua hirviendo, sin sal, y con una pulgarada de azúcar y una insignificancia de bicarbonato. De este modo, a los diez minutos escasos la verdura estará tiernísima y verde, y no habrá perdido nada de su sabor. A última hora se rehogan en manteca (que no dore), se le agregan la sal molida indispensable, y un poquito de azúcar, sirviéndose en la misma fuente, donde ya estará trinchado el pecheto, rociado con el jugo de la cocción.

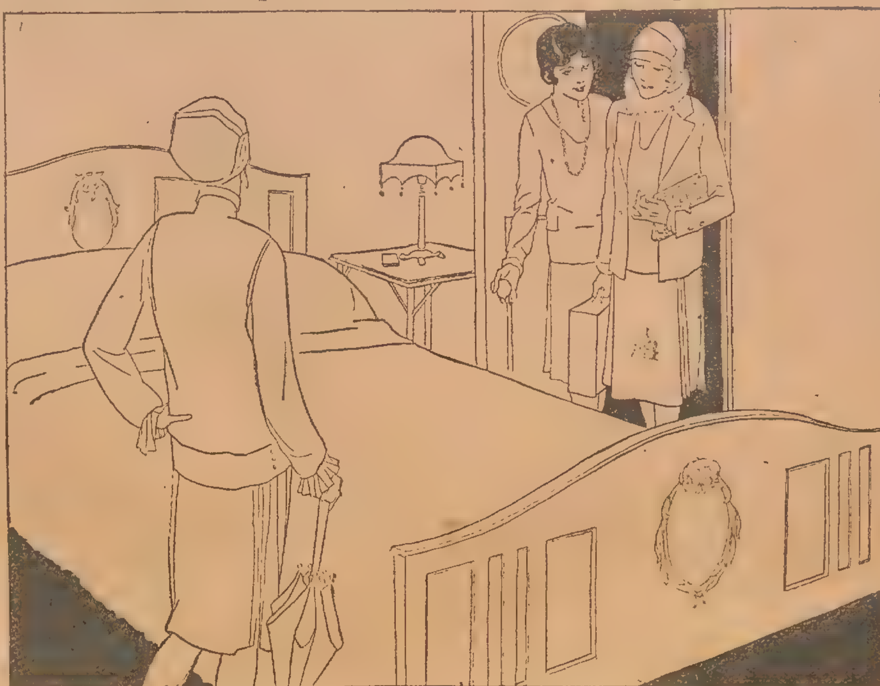
MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO

La principal VIRTUD FEMENINA debe ser la CONFORMIDAD

Por MISIA REMEDIOS

La conformidad!... He ahí un don del que no todas las mujeres disfrutan, y que, sin embargo, es la esencia de la vida y base misma de la existencia. Ella entraña un estado de ánimo sereno y tranquilo, que habilita a la persona que la posee para aquilatar las pequeñas cosas que forman el conjunto diario de toda vida en su verdadero valor, así en los dolores y penas como en las dichas y alegrías.

La mujer que es capaz de considerar los sucesos que se producen con la debida conformidad sabe desenvolverse en toda clase de circunstancias, sean ellas favorables o adversas. Con espíritu encomiable aceptará las primeras y sacará de ellas todo el partido posible, cultivándolas y adornándolas en forma tal que constituyan un raro caudal de alegría dentro de su hogar y que su recuerdo perdure al través de los años y se proyecte hacia el porvenir iluminando los años de la vejez con sus mágicos efluvios, como un sol que se negara a ponerse y arrojara sus rayos vivificantes permanentemente sobre la extensión helada de la vida.



Los infortunios son recibidos por la mujer dotada de conformidad con ecuanimidad que le permite sobreponerse a ellos. Por mucha pena que le produzca una desgracia cualquiera, ella sabrá disimularla y ocultarla a fin de no desesperar a los suyos, consciente de su papel preponderante dentro del hogar y de la necesidad de apuntalar el espíritu de todos en los momentos de tribulación. Desde este punto de vista su responsabilidad y su capacidad es superior a la del hombre. Este, por razón misma del orden de actividades a que se consagra y por la misma dureza característica del sexo, será más resistente al dolor. Además, reclamado por sus ocupaciones fuera de la casa, en su oficina, su negocio o en la calle misma, obligado al trato y frecuentación diaria de numerosas personas de ambos sexos, tiene mayores posibilidades de distracción, y pronto las heridas del corazón quedan cicatrizadas, o, por lo menos, grandemente amenguadas. Con la mujer no ocurre lo mismo. Su exquisita sensibilidad, muy superior a la del hombre, la hace más fácilmente accesible a los golpes aciagos. Sufre más, siente más, con mayor intensidad. Sin embargo, por grande por profunda que sea su pena, por acerbo que sea su dolor, si entre sus prendas de carácter figura la conformidad, sabrá ser superior a su propia debilidad, y, sacando fuerzas de flaqueza se consolará o aparentará hacerlo. Le resultará duro, difícil, ingrato adoptar esa actitud. Más encerrada que el hombre, teniendo que atender el hogar, limitada al espacio que encierran sus cuatro paredes, la esencia misma de sus ocupaciones dentro de ellas servirá de acicate a su profundo dolor, reavivará constantemente las sangrantes heridas del corazón y amenazará con convertirlas en vesanias insanables. Su situación, como se ve, no puede ser más desolada. Y, sin embargo, ella está en el deber ineludible, imperioso, de dominar su debilidad femenina, y cuanto más recios sean los vendavales que soplen sobre su hogar, tanto más se ha de erguir ella para defenderlo, manteniendo en su seno la alegría, sin la cual la vida resultaría imposible. El hombre, egoísta por esencia, huirá instintivamente de un hogar enlutecido permanentemente; con pretextos especiosos irá alejándose, terminado su duelo íntimo mucho más corto, del lado de una mujer embargada perennemente por la pena, absorbida por ella, entregada al cultivo morboso de un dolor, que suele hasta carecer de fundamento y que sólo puede subsistir magnificado por un exacerbamiento de la sensibilidad.

¡Cuántas veces a una esposa, madre de varios hijos, le es arrebatado uno, tal vez de muy tierna edad, y ella se entrega por completo, totalmente, a llorarlo!

—¡Ay! —dirá, recordando su pérdida en todo momento, venga o no al caso.— No lo puedo olvidar. ¡Mi hijo querido!...

Y se pondrá a llorar a más y mejor.

En la mesa, en la cocina, mientras prepara los alimentos o vigila su aderezo por la cocinera, lo tendrá siempre presente, "lo verá" ante sí, y dará suelta a su emoción voluntariamente incontenida.

Aquel hogar en que ambula como una sombra la madre desolada se convertirá en una especie de santuario de la muerte, tétrico, entenebrecido, sombrío...

Y mientras tanto el esposo, los hijos restantes, padecerán por la falta de conformidad, por la infatuación injustificable de aquella madre que ya ni se acuerda de ellos, entregada irremisiblemente al culto anacrónico de la muerte. Y, en resumidas cuentas, la que pagará tal estado de cosas será ella, porque el esposo y los hijos que descuidó, buscarán el olvido y la tranquilidad donde la encuentren, que generalmente será fuera de la casa. Vale decir, que la necedad de la mujer habrá destruído el hogar, su más grande fuente de satisfacciones, su misma razón de ser.

En todos los órdenes de la vida la mujer desconforme, mucho más que el hombre que también lo sea, sufre y paga alto precio por esa peculiari- (Continúa en la pág. 61)

En el curso de este cuento al lector le es dado asistir a dos espectáculos distintos, trágicos los dos. El de la lucha de los tripulantes de una pequeña embarcación contra el furor del mar embravecido y el de la agonía inacabable de uno de ellos, víctima de una picadura, que lo aniquila de miedo y de dolor.



Caía la noche. La obscuridad hacía parecer más fuerte el rugido del mar.

EL MARTIR

AL anochecer levó anclas el lugre *Trinidad*, con cargamento de trigo para Dalmacia. Bajaba por el río tranquilo entre las barcas de Ortone ancladas en hilera, mientras se llenaba de luces la orilla y cantaban los marineros de regreso en el puerto. Después de salvar lentamente la estrecha desembocadura, ganó la embarcación el Adriático.

Favorable era el tiempo. La luna llena, en el cielo de octubre, casi a flor de agua, colgaba como una lámpara de suave y rosada claridad. Detrás, montañas y colinas tenían actitudes de mujeres indolentes. Bandadas de ánades silvestres pasaban silenciosamente por el cénit y desaparecían.

Al pronto, los seis hombres y el grumete hicieron una maniobra de conjunto para tomar viento. Después, hinchadas ya por la brisa las velas teñidas de rojo llenas de figuras groseras, sentáronse los seis hombres y empezaron a fumar tranquilamente. El grumete, cabalgando en la proa, canturreaba una canción de su tierra.

Talamonte el mayor, volviendo a ponerse en la boca su famosa pipa, dijo:

— No seguirá el buen tiempo.

Al oír tal profecía, miraron todos hacia alta mar, sin decir nada. Marinos robustos y endurecidos por todos los riesgos del mar, habían navegado muchas veces hacia las islas Dálmatas, hacia Zara, Trieste y Spalatro: bien conocían la derrota. Muchos guardaban también grato recuerdo de los frutos de las islas y del vino de Dignano, que huele a rosas.

El patrón del lugre era Ferrante La Selvi. Los dos hermanos Talamonte, Cirú, Massacese y Gialluca, naturales todos de Pescara, formaban la tripulación. El grumete se llamaba Nazareno. Como alumbraba la luna llena, los hombres permanecieron largo rato sobre cubierta. El mar estaba lleno de lanchas pescadoras, que de cuando en cuando pasaban al lado del buque y cambiaban los marineros familiares frases. Parecía que la pesca se daba bien. Cuando dejaron atrás las lanchas y quedó el mar desierto, Ferrante y los Talamonte bajaron al camarote a descansar. Massacese y Gialluca, después de haberse fumado una pipa, hicieron lo mismo. Cirú quedó de guardia en la cubierta.

Antes de bajar, Gialluca enseñó a su compañero el cuello, diciéndole:

— Mira lo que tengo ahí.

Massacese miró y dijo:

—No es nada. No hagas caso.

Era una manchita colorada como los que produce una picadura de insecto, y tenía en el centro un granito.

Giaculla añadió:

— Me duele.

De noche cambió el viento y el mar se picó bastante. El lugre empezó a bailar en el agua, impulsado hacia Oriente, desviado de su camino. Durante la maniobra Gialluca se quejaba de cuando en cuando, porque cada movimiento brusco de la cabeza le causaba vivo dolor.

Ferrante La Selvi le preguntó:

— ¿Qué tienes?

A la claridad del alba se lo enseñó Gialluca. La mancha se había extendido por la piel y en el centro se advertía la punta de un tumorcito.

Después de examinarlo, dijo Ferrante:

— Eso no es nada. No hagas caso.

Gialluca tomó un pañuelo y se envolvió el cuello con él. Después se puso a fumar.

Sacudido el lugre por las olas y empujado por el viento contrario, se desviaba hacia el Este. Cubría las voces el ruido del mar. De cuando en cuando una oleada se quebraba en la cubierta con sordo rugido.

Al anochecer se calmó la tormenta y brotó la luna del agua como una cúpula de fuego. No hacía viento y el lugre estaba al pairo, pendientes las velas. Por momentos soplaba una brisa fugaz.

Gialluca se quejaba mucho. Los compañeros, como no tenían otra cosa que hacer, pensaron en él un poco. Cada uno indicaba diferente remedio. Cirú, como más antiguo, tomó la iniciativa y propuso un emplasto de harina y miel. Tenía vagos conocimientos médicos, porque en tierra su mujer ejercía simultáneamente la medicina y el arte mágico, y curaba las enfermedades con drogas y con ensalmos. Pero como no había miel ni harina, no sería eficaz el emplasto.

Entonces tomó Cirú una cebolla y un puñado de grano: machacó éste, picó aquélla y compuso el emplasto. Al contacto del remedio aumentó el dolor de Gialluca. Quince minutos después se arrancó el vendaje y lo tiró al mar con airada impaciencia. Para vencer el dolor se fué al timón y tuvo la caña mucho tiempo. Levantado el viento, palpitaban alegremente las velas. A la claridad de la noche divisábase en el horizonte una islita, indudablemente Pelagosa, semejante a una nube caída al agua.

Por la mañana, Cirú, que se había encargado ya de curar a Gialluca, quiso examinar el tumor. La hinchazón había aumentado y alcanzaba ya a gran parte del cuello: presentaba nueva forma y color más obscuro que, hacia la punta central, tiraba a violado.

— ¿Qué es esto, hombre? — exclamó perplejo, en tono que estremeció al enfermo.

Llamó a Ferrante, a los dos Talamontes, a todos los compañeros.

Diversas opiniones se emitieron. Ferrante habló de una enfermedad terrible que quizá ahogara a Gialluca. Este, con los ojos desmesuradamente abiertos, algo pálido, oía los pronósticos.

El cielo se había cubierto de nieblas. El mar tenía siniestro aspecto y bandadas de gaviotas volaban a escape hacia la playa dando gritos. Esto llenó de terror el alma del enfermo.

Por fin Talamonte el menor dijo sentenciosamente:

— Es una pústula maligna.

Los otros dijeron:

— Sí, sí. Muy bien puede ser.

En efecto, al otro día, sangrientas serosidades levantaron la película del tumor, que reventó. La inflamación y la supuración aumentaban rápidamente en profundidad y extensión.

Aterrorizado Gialluca, invocó a San Roque, que cura las llagas. Ofrecióle diez lí-



UN *CUENTO* DEL *MAR*
DE
GABRIEL D'ANNUNZIO

bras, veinte libras de cera. Arrodillado sobre cubierta, pronunciaba las promesas con trágico ademán, nombrando a su padre, a su madre, a su mujer y a sus hijos. Alrededor de él los compañeros se santiguaban con grave aspecto.

Ferrante La Selvi, que veía venirse encima el temporal, gritó con voz áspera una orden, dominando el tumulto del mar. Inclinóse todo el lugre a un lado. Massacese, los Talamontes y Cirú se precipitaron a hacer maniobras Nazareno se encaramó a un palo. En un santiamén amainaron las velas, sin conservar más que dos foques. Y el lugre, con tremendo movimiento, empezó desordenada carrera por la cúspide de las olas.

—¡San Roque! ¡San Roque! — gritaba Gialluca con creciente fervor, alterado también por el estrépito del mar, y apoyado en manos y rodillas para resistir el balance.

De cuando en cuando, una ola mayor se estrellaba contra la proa y barría la cubierta.

—¡Baja! — le gritó Ferrante.

Gialluca bajó a la cámara. Sentía cálido escozor, sequedad en toda la piel, y el miedo le oprimía el pecho. Bajo cubierta, a la menguada claridad, la forma de las cosas revestía singular apariencia. Se oían los golpes sordos de las olas contra los costados del barco y los crujidos de toda la armazón.

Media hora después, Gialluca volvió a subir a cubierta, desbaratado, como si saliera de la tumba. Prefería estar al aire libre, expuesto a todo riesgo, viendo a la gente, respirando la brisa.

Ferrante, sorprendido de su palidez, le dijo:

— Pero, ¿qué tienes?

Y los demás marineros, sin dejar su puesto, empezaron a discutir sobre los remedios en alta voz, casi gritando, para dominar el estruendo de la borrasca. Se animaban: cada uno tenía su método. Si hubieran sido médicos no hubieran discutido con más aplomo. La discusión les hacía olvidar el peligro.

Dos años antes, Massacese había asistido a una operación hecha en caso análogo por un médico de veras a Juan Margadonna, en el costado. El médico había cortado, y después, para quemar la llaga, la había frotado con pedazos de madera empapados en líquido humeante: por fin, con una especie de cuchara había quitado la carne quemada, que parecía poso de café. Margadonna se había salvado.

Massacese se exaltaba; repetía como un cirujano que no tiene compasión de nadie.

—¡Hay que cortar! ¡Hay que cortar!

Y señalando al enfermo con la mano, hacía ademán de cortar.

Cirú se mostró conforme con Massacese. Los dos Talamonteses se adhirieron a aquella opinión. Ferrante La Selvi sacudía la cabeza. Por fin, Cirú se lo propuso a Gialluca, pero éste no quería consentirlo. Y Cirú exclamó con brutal arrebato que no pudo dominar.

—¡Bueno, pues muérete!

Gialluca se puso más pálido y miró a su compañero con ojos agrandados por el terror.

Caía la noche. La obscuridad hacía parecer más fuerte el rugido del mar. Las olas, al pasar por la claridad que proyectaba el farol de proa, relumbraban. La tierra estaba lejos.

Para resistir a los golpes de mar, los marineros se agarraban a las cuerdas. Ferrante manejaba el timón y a intervalos daba una orden en medio de la tempestad.

—¡Baja, Gialluca!

Pero a Gialluca no le dejaba bajar un extraño horror a la soledad, aunque la enfermedad le tenía muy molesto. También se agarraba él a las cuerdas, apretados los dientes por el dolor. Cada vez que llegaba una gran oleada bajaban los marineros la cabeza y lanzaban un grito todos a un tiempo como los obreros que, al trabajar, aunan los esfuerzos.

La luna, al salir de entre las nubes, disminuyó el horror. Pero el mar siguió agitado toda la noche.

Al amanecer, Gialluca, desesperado, dijo a los compañeros:

—¡Cortad!

Al principio, todos se pusieron gravemente de acuerdo, celebrando una especie de consulta. Después examinaron el tumor, que era ya tan grande como el puño. Las escaras, que antes parecían un avispero o una criba, formaban una sola úlcera.

Massacese dijo:

—¡Vamos, ánimo!

El tenía que hacer de cirujano. Probó en la

uña el filo de los cuchillos, y acabó por escoger el de Talamonte el mayor, que estaba recién afilado.

Y repitió:

—¡Vamos, valor!

A él y a todos los sacudía impaciente temblor.

Y aparecía abrumado por estupor profundo el enfermo: fija la mirada en el cuchillo, la boca a medio abrir, colgantes las manos a lo largo del cuerpo, estaba hecho un idiota.

Cirú le hizo sentar y le quitó la venda. Inclináronse todos hacia él, atentos, silenciosos.

Massacese dijo:

—Así y así.

E indicaba con la punta del cuchillo la manera de cortar.

De pronto, prorrumpió en llanto Gialluca. Sus sollozos le sacudían todo el cuerpo.

—¡Animo, ánimo! —repetían los compañeros, sujetándole los brazos.

Massacese empezó la operación: al primer contacto de la hoja, Gialluca exhaló un rugido; después apretó las mandíbulas y ya no se oyó más que un gruñido ahogado.

Cortaba lentamente Massacese, pero con mano firme, sacando la punta de la lengua fuera de la boca, como solía cuando quería hacer una cosa con cuidado. Pero el lugre se balanceaba terriblemente y la incisión se hacía con mucha irregularidad. A veces entraba el cuchillo de más y a veces de menos. Un golpe de mar hizo clavar la hoja en la carne sana. Gialluca rugió y forcejeó otra vez, cubierto de sangre, como un animal en poder de carniceros. No quería que continuara la operación.

—¡No, no, no!

—¡No te muevas, no te muevas! —gritaba Massacese por detrás, empeñado en acabar su obra, temiendo que el dejar la operación a medio hacer agravara el peligro.

El mar seguía agitado y rugía alrededor del barco, sin tregua. Nubes en forma de trombas subían por el horizonte e invadían el cielo, vacío de aves. Entre aquel estrépito, a aquella luz, extraña agitación se apoderaba de los marineros. En la lucha que sostenían para sujetar al herido, se sentían involuntariamente asaltados por la ira.

—¡No te muevas!

Massacese dió otros dos o tres cortes, velozmente, al acaso. Sangre y una agüilla blancuzca chorreaban de la herida. Todos estaban manchados, menos Nazareno, que estaba trémulo a proa, espantado por el atroz espectáculo.

Ferrante La Salvi observó que el barco peligraba, y gritó a toda voz:

—¡Afloja la escota! ¡Vira en redondo!

Los dos Talamontes, Massacese y Cirú ejecutaron la maniobra. El barco siguió su marcha, cabeceando. Divisábase Lissa a lo lejos. Largas rayas luminosas, que atravesaban las nubes, caían del sol hasta el agua, y cambiaban según las vicisitudes del cielo.

Ferrante siguió en la caña. Los otros volvieron junto a Gialluca. Había que limpiar las incisiones, quemar y poner hilas.

El operado hallábase en profunda postración. Parecía no entender nada. Miraba a sus compañeros con ojos apagados, turbios ya, como los de un animal moribundo. Alguna que otra vez decía para sí:

—¡Estoy muerto, estoy muerto!

Cirú, con una tosca estopa, procuraba limpiarle, pero como tenía la mano pesada, irritaba la herida. Para seguir hasta el fin el ejemplo del consabido cirujano, Massacese alilaba lentamente dos palitos. Los dos Talamontes se cuidaban de la brea, por ser brea lo que se había elegido para quemar la llaga. Pero no había medio de encender fuego en la cubierta, inundada de agua a cada momento. Los dos Talamontes bajaron al entrepuente. Massacese dijo a Cirú:

—Lávalo con agua salada.

Cirú siguió el consejo. Gialluca se sometía a todo, con un continuo quejido, castañeteándole los dientes. El cuello se le había puesto enorme, coloradísimo, casi morado en algunos sitios. Alrededor de los cortes se veían ya manchas obscuras. Costábale trabajo respirar y tragar, y le atormentaba la sed.

—Encomiéndate a San Roque —le dijo Massacese, que había afilado los palos y esperaba la brea.

Impulsado el lugre por el viento, desviábase hacia el norte por la parte de Sebenico y perdía de vista la isla. Pero aunque el oleaje fuese fuerte aún, la borrasca estaba terminando. El sol brillaba en el cielo entre nubes de color de moho.

Los dos Talamontes subieron una vasija con brea humeante.

Entonces, para renovar el voto hecho al santo, Gialluca se arrodilló. Todos hicieron la señal de la cruz.

—¡Sálvame, San Roque! Te prometo una lámpara de plata, con aceite para todo el año, y treinta libras de cirios. ¡Sálvame, San Roque! Tengo hijos y mujer. ¡Piedad, misericordia, buen San Roque!

Hablaba Gialluca con alterada voz y juntando las manos. Después se sentó, y dijo sencillamente:

—Anda.

Massacese arrolló un poco de estopa alrededor de los pedazos de madera, los metió uno tras otro en la hirviente brea y frotó con ellos la herida. Para hacer más profundo y eficaz el cauterio echó brea líquida. Gialluca no exhaló un lamento. Los otros se estremecían al ver aquel suplicio.

Desde su sitio decía Ferrante moviendo la cabeza:

—Lo habéis muerto.

Bajaron a la cámara a Gialluca medio muerto y lo tendieron en una camita. Nazareno quedó cuidando al enfermo. Oíase sobre cubierta el grito gutural de Ferrante mandando las maniobras y los precipitados pasos de los marineros. La *Trinidad* viraba otra vez, crujiendo. De pronto vió Nazareno que se había abierto una vía de agua y llamó. Bajaron tumultuosamente los marineros, gritando todos a un tiempo, y trabajaron con ardor para tapar la grieta. Parecía que el barco zozobraba.

A pesar de su postración física y moral, Gialluca se incorporó, creyendo que se iban a pique, y se agarró desesperadamente de uno de los Talamontes, gimiendo como una mujer:

—¡No me abandonéis! ¡No me abandonéis!

Lo tranquilizaron y se volvió a echar. Entonces tuvo miedo: balbuceaba palabras sin sentido, lloraba y no quería morirse. La creciente inflamación había invadido todo el cuello y la nuca, y como iba conquistando el tronco poco a poco, Gialluca se ahogaba. No cesaba de abrir la boca para respirar.

—¡Llevadme arriba! Aquí me falta el aire y me muero...

Ferrante volvió a llamar a la tripulación. El lugre daba bordadas tratando de seguir su camino, y las maniobras eran difíciles. Caña en mano, el patrón observaba el tiempo y daba las órdenes necesarias. Según se acercaba la noche, apaciguábanse las olas.

Al cabo de un rato, Nazareno subió trastornado a cubierta, gritando:

—¡Gialluca se muere!

Bajaron los marineros y encontraron ya muerto al compañero, en mala postura, abiertos los ojos, como estrangulado.

Talamonte mayor preguntó:

—¿Y ahora?

Calláronse los demás, algo aturdidos al ver el cadáver, y subieron otra vez a cubierta. Talamonte seguía preguntando:

—¿Y ahora?

(Continúa en la página 52)



¡HOLA!... ¿Con quién hablo?

Abelardo. — Ya ves, hemos vuelto a la "normalidad constitucional".

Román. — Quiero entender que no te refieres precisamente a la república.

Abelardo. — Veo que contigo se puede hablar en sentido figurado.

Román. — No se necesita sutileza para comprender. Nos referíamos al retorno a tus relaciones con Lucita, e inmediatamente has hablado de "normalidad constitucional"...

Abelardo. — Y... a propósito... Durante nuestro disgusto, ¿sabes tú si hubo gobierno "de facto"?

Román. — ¿Por qué soy yo el encargado de decirlo?

Abelardo. — Por tu estada en Córdoba con ella. En mis vacaciones de la estancia no puse atención en los comentarios aislados que me llegaron al respecto; por eso recurro a ti.

Román. — ¿En franco tren de averiguaciones?

Abelardo. — Siendo tú mi amigo, quizá...

Román. — ¿No tienes ningún dato, absolutamente?

Abelardo. — Alguno sí. Sé de sus cabalgatas por la sierra con la "barra" de chicos y chicas veraneantes. Sé de sus excursiones en auto, de los bailes a que concurrió, de su flirteo con un muchacho morocho, bien parecido, rico...

Román. — ¿Ignoras el nombre?

Abelardo. — El informante no dió más explicaciones.

Román. — ¿Era de nuestra "barra" el informante?

Abelardo. — No; fué Julián Tabare, el capataz de la estancia.

Román. — Tabare mintió.

Abelardo. — ¿Por qué lo dices?

Román. — Porque conoce bien el "flirt" de Lucita.

Abelardo. — ¿Con qué objeto ocultó el nombre?

Román. — No sé... Quizá por discreción.

Abelardo. — Es mi amigo.

Román. — Por lo menos, lo era; no sé ahora, después del "flirt".

Abelardo. — Lo será. Fué cosa sin consecuencias...

Román. — ¿Tú qué sabes? ¿Y si él hubiera hecho de ese "flirt" un ensueño de toda su vida? ¿Si ese "flirt" se hubiera arañado la carne y el alma? ¿Si ese "flirt" se hubiera convertido en el único fin de su existencia?

Abelardo. — *(Comprendiendo.)* ¡Román! *(Muy extrañado.)*

Román. — Sí... Ese "flirt" fuí yo.

Abelardo. — ¡Tú!... ¿Y sabiendo...?

Román. — Sabiendo nada. Estaba seguro de tu ruptura con Lucita. No creas que encontrarse en las sierras es lo mismo que verse en una confitería, entre el bochinche de una jazz, por ejemplo. Allá el paisaje es cómplice, y con él, el alma renovada se convierte en otra cosa. No creas que fué canallada. Pensé en ti, medí el pro y el contra de nuestro amor. Lucita me juró que había roto contigo. Lo demás lo hizo y lo sigue haciendo la vida.

Abelardo. — ¿Y qué es lo que sigue haciendo la vida?

Román. — Este enredo de madejas. Lucita me contó el encuentro contigo, la reconciliación amistosa a que llegaron.

Abelardo. — ¿Así que te habló de amistad, solamente?

Román. — Sí, Abelardo, y yo le he creído...

Abelardo. — ¡Ingenuo! Donde hubo fuego...

Lucita. — Cenizas quedan... Pero a veces las lleva el viento, Abelardo.

Abelardo. — ¿Tú? Este es un acto poco decoroso.

Lucita. — Lo llamaba a Román, y se ligaron las líneas, felizmente...

Abelardo. — ¡Si te parece que esto es felizmente!...

Lucita. — Sí, porque escuché la comunicación desde aquello de la "normalidad constitucional". Porque te oí fingir que desconocías el nombre de mi "flirt", como tú lo llamas...

Abelardo. — El capataz no me nombró a Román.

Lucita. — Pero te lo nombré yo, y al aludirlo dije "novio".

Román. — ¿De manera que tú has estado jugando conmigo? Y yo quise darte explicaciones que no te mereces...

Lucita. — Y que no salían, Román. El jugó con mis ilusiones, me dejó ir, seguro de mi asiduidad, y ahora, por egoísmo, por amor propio me reclama...

Abelardo. — ¡Buen maestro has tenido en Córdoba!

Lucita. — Llevas razón. La fuerza del aire, la grandiosidad del paisaje, todo es maestro, maestro que hasta nos enseña a leer dentro de nosotras mismas.

Abelardo. — ¿Y ahora?

Lucita. — Estoy en el capítulo definitivo de mi vida. He matado la chiquilina tímida, para resucitar la mujer que ama para siempre.

Román. — Gracias, amor mío.

Lucita. — Es la vida, mi Román. Has llegado a una "normalidad constitucional" un tanto "anormal", Abelardo. Otra, como era yo antes, parará la atención en tu figura y en tus millones...

Abelardo. — *(Cuelga el tubo con rabia.)*

Román. — Oye, mi muñeca...

(La línea telefónica recibe el diálogo interminable de amor.)

La TELEFONISTA INDISCRETA

SABOR
AROMA
RENDIMIENTO
SALUDABLE
PUREZA
LEGITIMIDAD
L.I.P.

6 personajes en busca de un paladar...

Las virtudes de Flor de Lis andan en pos de un paladar exigente y refinado, para decirle sencillamente: "Pruébanos, conócenos, compáranos". No pedimos que *compre siempre* la Flor de Lis; nuestra ambición se vería colmada si Vd. saborease hoy unos mates de esta genuína yerba paraguaya. Y nosotras, las virtudes mismas, nos encargaremos de convertirlo en un cliente más."

FLOR DE LIS



MARCA REGISTRADA

YERBA GENUINA PARAGUAYA

LA INDUSTRIAL PARAGUAYA, S. A. ASUNCION (Parag.)
Sucursal y Molino en Bs. As.: Chile y Paseo Colón

La Empresa yerbatera más importante del Paraguay, con 3 grandes molinos.

Capital: $ oro 5.000.000. — Yerbales y bosques en el Paraguay: 1150 leguas.

La LUCHA *de* DOS HOMBRES

Un relato de
J. R. OTAÑO BALLESTEROS

POR el mismo camino y por la misma causa, se habían encontrado aquellos dos hombres. Dos sujetos distintos y una sola razón verdadera, para ir a buscar el escondrijo misterioso y trágico de las selvas de Curuzú - Chalí. Eran el uno bajo y más bien rubio y lleno de carnes, y alto, morocho y enjuto el otro. Pero, por igual, eran criminales. Ambos habían delinquido recientemente en la no distante población de Mal Abrigo. Por robar mató un hombre el primero; por impulsos brutales de celos y venganza, asesinó el segundo a su compañera. Fueron descubiertos. La ley los colocó a su margen y sus representantes los persiguieron sin cuartel. Huyendo, dió el destino en hacerlos hallar en el mismo punto de la costa santafecina, en el cual, casi a un tiempo, avistaron la canoa varada en la costa, de la que se apropiaron para hacer la travesía e internarse en los riachos de aquellas islas solariegas.

Ya en otros tiempos, habían sido amigos de farras y hechurías delictuosas. Aparceros. Por eso, se alegraron de verse *acoyarados por la disgracia* Braulio Peña y Aquileo Segovia. Así se llamaban los dos prófugos.

Ellos sabían que la enorme extensión de aquellos islotes adustos, despoblados, vírgenes para la planta y la acción de la humanidad civilizada; que en aquel como empeine sombrío de bosque, paja brava y ciénaga del litoral, nada tenían que temer que no fuera de los únicos dueños y señores de la espesura: los tigres, los pumas y las víboras. Curtidos en cuerpo y alma en la intemperie de la vida en la región; frutos o productos de la escuela bárbara del trabajo sin orientación científica alguna — pesado como un azote y envilecedor como un suplicio, — plagados del *vicio del trago* barato y tóxico; envenenados de sórdidos rencores por *los que mandan* y *explotan al criollo* en las rudas faenas de los obrajes y las jangadas, sus conciencias míseras sólo percibían y aclaraban el instinto de la salvación en el refugio del monte, desafiando a la fieras y olvidando a Dios.

Ya cansado de hendir la *pala* o de clavar el *botalón* para impulsar la canoa, resolvieron hacer alto y atracar ahí nomás. Durante treinta y seis horas habían navegado en los riachos, bajo las guirnaldas crespas de los sauces llorones, la lluvia roja que desprendían los penachos del ceibo y las estrellas azul lila con fondo y jaspe amarillo de las flores del mburucuyá. No habían podido descubrir una senda, una huella, un rastro que les permitiera localizar una ranchada donde hallar hospitalidad. En el silencio del lugar y de la hora, no escuchaban los malhechores un solo ruido, una sola señal de existencia humana. Nada. Para mal de males, no había luna esa noche y acosaba el calor a pesar del vientito que estaba soplando. Pero, por esta última circunstancia, los mosquitos no estaban tan bravos que digamos.



Entre los dos, con pocos tirones, sacaron a tierra firme la pequeña canoa. Luego subieron, tranquilos como dos turistas, la barranca baja que circundaba el riacho. Querían mirar el panorama. Poca cosa vieron. Por todas partes, las siluetas nebulosas e irregulares del bosque. Era necesario recorrer el islote si querían acampar en lo limpio y no tan cerca de los colmillos de las serpientes ponzoñosas.

— Vos que tenés "botaciones", marchá adelante — indicó a su compinche Braulio Peña.

— Sí, pué: pa espantarte las yararases — replicó el aludido, echando a andar por un terreno recubierto de hojas, delgados tallos y fibras secas; *embalsao*, como dicen los isleños.

Sin hablar, atentos la vista y el oído, deambularon un buen rato a la vera del boscaje, bajo cuyas galerías de fronda no se atrevían a entrar a esa hora. De pronto, Braulio Peña tomó nuevamente la palabra, insinuando:

— Che, aquí: ¿por qué no probás tu trabuquito? ¡No sea qui'ande fayuto!

— Perdé el cuidao, hermano: no faya. La otra carga salió enterita pa la panza di'aqueya hija 'e perra...

El recuerdo de su crimen hizo crepitar los nervios del flaco y perverso Aquileo Segovia. Vió su rancho de Mal Abrigo y rememoró, con rabia pero sin dolor alguno, la escena horrible. Él andaba mordido por los celos. La china se le había *ladiao sin motivos*. La llamó esa siesta para poner en claro el asunto. Se le mostró altanera e insolente como nunca lo había sido. Endureció el trato. Cuando se acabaron las palabras, empezaron los manotones. Y ella no se quedó corta en eso. Mujer en los percales y gata en las entrañas, de un arañazo rabioso casi le baja un cachete a su hombre. Éste, enfurecido, no pudo más... ¡Había que marcarla, por bellaca y por perra! Echando mano a la cintura, buscó el cuchillo. No lo tenía. Pero halló el revólver, un "Eybar" caño largo, empavonado. Bueno: mejor sería con *juego*... A boca de jarro, como contra una cosa inanimada y despreciable, hizo jugar el gatillo. De una hasta cinco, salieron las balas del caño largo y entraron en el seno recio y el vientre estéril de la pardita ladina. Eso fué todo. Después, la fuga y el encuentro con Braulio Peña.

En el fondo de su corazón duro y ensombrecido, el criminal no sintió nada. Ni pena ni arrepentimiento. Echó de menos tan sólo las cinco balas que había gastado en la *guaina*. No valía tanto. Y ahora, esos confites tal vez le hicieran falta. No había tenido carga completa de repuesto para su arma. Sólo llevaba tres tiros en el "Eybar" empavonado. Pero tenía otro *asistente*: un cuchillo cabo de hueso, de hoja larga, fuerte de lomo y duro de filo. *De los que no se empardan.*

Güeno, che: yo nu'ando más. Paremo n'este timbó, ni'anque nu'es moi limpio — arguyó Aquileo Segovia, deteniéndose bajo el árbol mencionado.

— Como querás, hermano — respondió su compañero de andanzas, acercándosele.

Acamparon. El timbó era grande, pero no

con UN TIGRE HISTORIAS DE UNAS ISLAS SIN DIOS

Con detalles tan reales como patéticos, el autor de este relato nos describe la lucha impresionante entre dos hombres que han ido a refugiarse en las "islas sin Dios", en plena selva de Curuzú-Chalí, y un tigre hambriento que se les apareció de pronto. Esta narración es la última de la serie que hemos venido publicando, con objeto de dar a conocer a nuestros lectores el que fué refugio de los hermanos Kennedy, cabecillas del movimiento revolucionario que estalló en La Paz (Entre Ríos).



La garra brutal, como un garfio de acero, se le clavó en el pecho, sobre el esternón, y le corrió hacia abajo, desgarrándole, abriéndole materialmente el vientre en un boquerón profundo.

estaba muy en lo limpio, vale decir, muy distante del boscaje casi impenetrable.

Braulio Peña se sentó con desgano en tierra, apoyando la espalda en el tronco del árbol.

—¿Te queda un jóforo? — preguntóle Segovia.

—Sí: uno solo. Tomá. Cuidálo, hermano — replicó el rubicundo, hurgando para hallar la caja de cerillas en uno de los prietos bolsillos de su cinturón de cuero.

Para hacer fuego, Aquileo Segovia tuvo muy poco trabajo. Arregló un reparo en un montoncito de charamuscas, acercó la lumbre del fósforo encendido con sumo cuidado y todo ardió en seguida como si fuese un quemador de alcohol. Diligente, encimó al núcleo de fuego algunos gajos secos que desprendió del árbol y algunos troncos y raigones que halló a mano.

—Güeno, petiso: ya tenemo cocina. ¡Alcanzá la oya, pué! — dijo con destemplado humorismo.

—¡Cayáte, hermano, que me algorotás el bagre! — replicó, apretándose el estómago, Braulio Peña.

Hacía ocho días que andaban de fuga y uno y medio que sólo probaban agua y algunas frutas silvestres. Es de suponer la extrema debilidad y el voraz apetito que les atormentaban.

De pronto, los ojos vivaces y agudos de Aquileo Segovia se esforzaron hacia un punto próximo que alumbraban, con intermitencias, las lenguas de fuego del vivac. Rodeando el árbol, caminó unos pasos, y luego de un ágil salto se agachó, golpeando con el cuchillo sobre un bulto corredizo, más o menos redondo y de color marrón desteñido. El bandido regresó en seguida al campamento. Traía, tomada por la cola, una hermosa mulita, que, asustada, pataleaba en el aire.

—¡Ya tenemo cena, petiso! — anunció a su aparcero.

—¡Déjate 'e... ¿Qué? — agregó en seguida al abrir los ojos y mirar la presa. — ¡Jué pucha, hermano: vos sos mi padre! ¡Asala pronto! — ordenó al incorporarse.

En un minuto, el apetitoso animalito estuvo destripado y puesto en su propio caparazón sobre las brasas para asarse. No había con qué sazonarlo, pero no era indispensable. El hambre, como el buen pobre, no es delicada. Un momento más tarde, los dos malhechores cenaban alegremente. El uno por petiso y el otro por alto, se igualaban sin duda en *tener buen freno y buches de avestruz.*

Reparados del sereno por la fronda del timbó y apoyando las cabezas en los brazos acomodados sobre las raíces, Braulio Peña y Aquileo Segovia dormían como dos angelitos.

Mas nublada la noche, había también densificado su compañía de silencio. Calmado el viento, no se movía ni una hoja. Sólo de tanto en tanto llegaba el eco del *¡chas, chas!* que producía, al coletear en las aguas del riacho cercano, algún *dorado* en excursión de caza.

Braulio Peña cortaba en ese instante el primer sueño. Él dormía así, a remesones, debido a que tenía el cuello corto y demasiado grueso. Le pareció oír que su compinche, en vez de roncar, gruñía. Atendió. No. Eso no era ahí nomás, sino más lejos, del lado del monte. Aguzando el oído y sentándose sobre una raíz gruesa, procuró escuchar.

Bronco y sostenido, tremante de furia y de hambre, como un rezongo de la noche lóbrega y como un clamor de misterio y de muerte, percibió el gruñido terrible y espeluznante del tigre.

Se puso de pie. Sin miramientos, sacudió del cuello a su aparcero para despertarlo.

—¡Hermano, pronto, el yaguareté! — le impetró en voz baja, casi al oído, pero en tono apremiante.

—¿Di'ánde? — interrogó Aquileo Segovia al levantarse.

—Di'áhi de la isleta, pu'el lao del riacho — explicó Braulio.

—¡Nu hay juída, entonce! — observó con aplomo Segovia.

—¡No! Esperáte—aconsejó su compañero.

Ambos prestaron atención, conteniendo el aliento. En ese filo del monte, como si corriese bajo la umbría algún espantapájaros invisible, se levantó un revuelo de alas aceleradas.

—¡Se nos viene!—afirmó angustiado Braulio Peña.

—¡Y tendremo que peliarlo sin asco! — subrayó el flaco Segovia.

La espesura próxima volvió a conmoverse. De inmediato, los arbustos de chilca y la varas de espadaña, totora y paja brava que ribeteaban el riacho, fueron abriéndose en una calle ondulante y efímera, como producida por el avance de un rodillo irregular.

El olfato poderoso de la fiera había, sin duda, descubierto la ubicación de la presa humana y *se venía al humo.* Con un galope corto o saltando de trecho en trecho, moviendo con pausa a uno y otro lado la redonda cabeza y remojando a lengüetazos lascivos las fauces terribles, el *yaguareté* se acercaba al precario campamento de los prófugos.

El petiso y rubicundo Braulio Peña parecía más petiso y menos rubicundo. Se le habían eclipsado la coloración rojiza y la sonrisa fácil, características de su fisonomía. No obstante ser un sujeto irritable y nervioso, Aquileo Segovia, aunque más descolorido y enjuto que nunca, permanecía impávido como un árbol seco, a la espera de los acontecimientos.

Braulio Peña pudo pensar un instante y redondeó la iniciativa:

—Subíte al árbol, aquí, y tirále firme cuando yegue. Apuntá cabeza u codiyo — aconsejó a su aparcero.

—Güena idea — asintió Segovia, y, flexionando su extensa figura desgarbada de ambas manos y brazos asidos a uno de los bajos del timbó, estuvo en seguida encaramado en el mismo, enhorquetando las piernas sobre dos ramas, a tres metros de altura.

Por afinidad de instintos más que por entendimiento de palabras, los prófugos habían convenido el plan defensivo: Braulio debía servir de cebo al tigre, parapetándose en el tronco del árbol, y Aquileo tirar tranquilo desde arriba. Después de las balas, entrarían a trabajar los cuchillos. Braulio Peña, por las dudas, tenía el suyo empuñado y listo para defenderle el pellejo.

La hojarasca del embalsado crujió bajo las pisadas del felino que avanzaba ahora en línea recta hacia el árbol de los malhechores. Cuando estuvo a pocos pasos de ellos, Aquileo Segovia creyó oportuno tirar. Eligió blanco en la frente de la fiera, que pudo establecer entre los dos ojos fosforescentes y terribles. Hizo jugar el percutor, y el famoso revólver, el mismo que había largado enterita su carga anterior contra la desdichada mujerzuela de su dueño, sólo produjo un ruidito seco y breve.

Había fallado un tiro. El arma tembló un poco en la mano descarnada de Aquileo. Dominándose, restableció la puntería y volvió a accionar el disparador. Había fallado el segundo tiro. Sólo quedaba uno en el tambor del arma. Todo pasaba en segundos. Braulio Peña se había dado cuenta del fracaso de los dos tiros. El pánico le hacía tiritar. El tigre, a poca distancia del tronco del timbó, había

(Continúa en la página 55)

EL MARTIR

(Continuación de la página 48)

Poco a poco obscurecía. Calmábase la atmósfera. Deshincháronse otra vez las velas y el barco quedó al pairo. Se veía la isla de Solta. Juntos en la proa, discutían los marineros el suceso. Massacese, pálido y pensativo, dijo:

—¿A ver si creen ahora que lo hemos muerto? ¿A ver si nos marean?

Igual temor atormentaba a todos aquellos hombres supersticiosos y desconfiados, que contestaron:

— Tiene razón.

Massacese interrogó:

— Bueno. ¿Y qué hacemos?

Talamonte el mayor dijo con lisura:

— ¿Ha muerto de verdad? Pues echémoslo al mar. Diremos que se nos perdió cuando la tormenta. Es lo mejor.

Aprobóse la proposición, y llamando a Nazareno, le dijeron:

— ¿Sabes? Tú cállate como un muerto.

Y con amenazador ademán le sellaron el secreto en el alma.

Bajaron luego a buscar el cadáver. Massacese dijo:

— Metámoslo en una bolsa.

Tomaron una bolsa. Instintivamente, al hacer los fúnebres preparativos, miraban alrededor. No había vela alguna a la vista. Después de la tormenta, el Adriático ostentaba igual y ancha ondulación. En el fondo se divisaba la isla de Solta, completamente azul.

Massacese dijo:

— Atémosle una piedra.

Escogieron una piedra entre el lastre y se la ataron a los pies a Gialluca.

Massacese dijo:

— ¡Arriba!

Alzaron el cadáver hasta la altura del sobrepuesto, y pasó por encima. Volvióse a cerrar el hervidero de agua: descendió el cuerpo con oscilación lenta y desapareció al fin.

Volvieron a proa los marineros, esperando el impulso del viento. Fumaban en silencio. A cada momento hacía un gesto inconsciente Massacese, como hombre que reflexiona.

Levantóse el viento. Palpitaron las velas un segundo y se hincharon. La *Trinidad* emprendió el camino de Solta. Después de dos horas, dobló el canal. La luna iluminaba la orilla. El mar estaba casi tan tranquilo como un lago. Dos buques salían del puerto de Spalatro, en dirección contraria. Las tripulaciones cantaban.

Al oír la canción, dijo Cirú:

—¡Calla! Son de Pescara.

Y al ver las figuras y las cifras de las velas, dijo Ferrante:

— Son los buques de Raimundo Callare.

Y les dió una voz, a la que contestaron sus paisanos.

Un barco iba cargado de higos secos y el otro de borriquitos. Cuando éste llegó a pocas brazas de la *Trinidad*, se saludaron unos a otros.

Una voz gritó:

—¡Eh, Giallú! ¿Dónde está Gialluca?

Massacese contestó:

— Se nos ha caído al mar cuando la tormenta. Decídselo a su madre.

Varias exclamaciones salieron del barco cargado de borricos. Después se despidieron unos de otros.

— ¡Adiós, adiós! ¡Hasta Pescara! ¡Hasta Pescara!

Y al alejarse, siguieron cantando las tripulaciones a la luz de la luna.

FIN

GLORIA SWANSON

(Continuación de la página 20)

yó sus gastos, sin embargo. Gloria seguía comprando todo lo que se le antojaba. Si veía una pulsera que le gustaba, la adquiría. Se cuenta que en los comienzos de su carrera tenía ya estas veleidades. Si deseaba una cosa, no paraba hasta poseerla. Ya en su poder, la usaba sin cesar por espacio de una semana y después la bandonaba.

Esta es una de las características de la personalidad de Gloria Swanson. Se cansa de la gente, de los lugares, de las cosas y de los hombres. Tal vez no pueda remediarlo.

El romance de amor de Gloria y el marqués se deslizó sin ninguna novedad hasta 1929. Entonces empezó a circular toda una serie de rumores. Hasta ese entonces, su felicidad era aceptada como un hecho, hasta en el descreído Hollywood. Se separaban solamente cuando Henri debía volver a París para renovar su permiso de inmigrante.

Algunas veces Gloria lo acompañaba; pero cuando no le era posible por tener que terminar un film, el marqués se marchaba solo. Sus despedidas eran siempre registradas por los diarios. Un abrazo fuerte, un beso apasionado, eran lo que disipaban todas las dudas sobre el amor que se profesaban.

Tal vez si Gloria no hubiera llegado a verse tan preocupada por la falta de dinero, su matrimonio con Henri no hubiera sido quebrantado.

Pero llegó un momento en que a Gloria se le hizo difícil el poder pagar a sus empleados. Visitó Nueva York e intentó interesar a un financista, el que accedió a prestarle algún dinero para que pudiera salir de sus dificultades. Tan poco propicia era su situación que no tuvo más remedio que ceder sus derechos de "Sadie Thompson" a los Artistas Unidos.

"Sadie Thompson" influyó mucho; con esta obra comenzó la boga de una nueva Swanson. Fué una excelente película, la mejor que hizo durante varios años. En Hollywood circulaban rumores sobre Gloria y el financista. Se decía que la artista lo había fascinado y que a él no le era indiferente. Sin embargo, el financista se casó con otra mujer, y las habladurías cesaron.

Se dijo más tarde que un rico productor se había enamorado de la estrella y que estaba dispuesto a financiar sus producciones; pero Gloria desmintió el rumor. Poco tiempo después me rogó que desmintiera el rumor que había empezado a circular de una posible separación entre ella y Henri.

El verdadero disgusto vino, creo, cuando Joseph Kenedy contrató a Gloria para una serie de películas con la Pathé, cuya única finalidad era la de desligarla de los Artistas Unidos. Kenedy dió un empleo a Henri como inspector general de la Pathé en el extranjero; y en este caso no se confirmó aquello de: "cuanto más lejos, más cerca".

Algunos meses de separación hicieron su efecto. Gloria ya no se sentía apenada por la ausencia de su esposo. Aparecía en todas partes, sola, es cierto, pero tratando siempre de ser el centro de todas las miradas.

Un día alguien le contó que habían visto a Henri cenando en París con unos amigos y que parecía que Constance Bennett no le resultaba del todo indiferente.

Gloria entonces empezó a ser víctima de los celos. Constance Bennett era bella. Se decía que había recibido una fuerte suma de dinero de Phil Plant al divorciarse de él. Si era cierto que Henri no había puesto sus ojos en Constance, existía un verdadero peligro.

Conociéndola a Gloria desde tantos años, me di cuenta en seguida de que estaba preocupada. No estaba dispuesta a permitir que otra mujer le quitara el marido. Hasta entonces siempre había sido ella la que había dado el adiós.

(Continúa en la página 61)

El estilo futurista en los bordados al punto cruz







Ofrecemos en esta página un interesante conjunto de motivos de animales, de estilo futurista, para labores al punto cruz. Todos ellos son muy a propósito para almohadones, carpetas, cortinas, etc. Pueden realizarse en los mismos colores en que los ofrecemos, o variarlos de acuerdo al gusto de quien ejecute la labor, pero teniendo muy en cuenta que, para el mejor efecto, los colores que se substituyan deben ser combinados como los que presentamos.

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

Las emociones morales

Respondiendo a muchas preguntas sobre las posibles consecuencias de las emociones morales de la madre, en el niño que cría, nos complacemos en reproducir la opinión de un distinguido médico argentino, la cual bastará para disipar las dudas al respecto:

He aquí la opinión de referencia:

"Es voz corriente que las emociones de la madre repercuten casi indefectiblemente sobre el niño de pecho, produciéndole trastornos diversos (malestar, cólicos, diarrea o vómitos, etc.), y hasta se citan casos de niños que han sufrido ataques de convulsiones habiendo mamado en seguida de experimentar la madre un gran susto o una fuerte emoción cualquiera.

"Algunos análisis de leche, practicados en esas condiciones, han demostrado que existían algunas modificaciones, más o menos notables, en ciertos casos, mientras que en la mayoría de ellos no se ha notado cambio alguno importante.

"Sin negarlos en absoluto, dejaremos constancia de nuestra opinión de que "tales trastornos no son generales". Hemos visto muchos niños que han mamado con regularidad en días tan angustiosos para la madre como los de enfermedad grave y muerte de otro de sus hijos, y que, sin embargo, no han presentado trastorno alguno apreciable y han seguido aumentado de peso normalmente.

"No creemos, pues, que por razón de estas emociones deba suspenderse la lactancia de un niño, sino en el caso de que se produjeran desórdenes en él y no pudieran ser explicados de otro modo que por los sufrimientos de la madre. En general, en el caso de una emoción violenta, bastará, a lo sumo, pasar dos o tres horas para dar el pecho como de costumbre.

"Y en caso de impresiones morales más a menos deprimentes y continuadas, creemos que debe continuarse la lactancia si la madre se alimenta regularmente, a menos que la balanza demostrara que el niño no aumenta de peso normalmente, sea por disminución de la leche, sea por modificaciones dinámicas o químicas en la misma."

CONTRA LAS QUEMADURAS DE LA LECHE

Aunque parezca extraño, las quemaduras producidas por la leche hirviendo, pueden ser curadas por medio de la leche. Debe procederse así: métase la mano que ha sido quemada dentro de un recipiente que contenga leche de vaca que haya sido ya hervida, pero que esté fría.

En caso de que no se disponga de la suficiente leche para esta operación, bastará lo mismo con aplicarse compresas de leche fría sobre la parte que ha sido quemada.

La cura puede darse así por realizada, cualquiera que sea la gravedad de las quemaduras recibidas.

Cdo. a "Filomena P.", de Alejandro.

* * *

DORMITORIO DE NIÑO

En las habitaciones destinadas a dormitorio de criaturas, debe imperar la alegría, por medio de colores de tonos claros en paredes y cortinas, y por los muebles, decorados o tapizados con motivos pintorescos.

La habitación de un niño, repetimos, debe ser todo lo contrario de la de una persona mayor, en la que, por lo general, todo es sobrio y severo.

Los niños necesitan claridad, alegría, y todo ello se consigue mediante combinaciones en el decorado de las paredes y los muebles.

Cdo. a "María Juana", de Pigüé.

SEÑORA:
YA HA LLEGADO EL OTOÑO: NO DESCUIDE A SUS NIÑOS.

LOS ALIMENTOS

Esos pequeños desarreglos que usted observa en su hijito provienen, según sus referencias, de que no mastica lo suficiente los alimentos, cosa ésta de la mayor importancia.

Hay una frase demasiado difundida que dice: "La primera digestión se hace en la boca." Así, pues, toda comida debe masticarse lo más posible. Se puede pecar por masticar de menos, pero nunca por masticar de más.

En cuanto a qué es lo que más conviene, si un poco de ejercicio después de las comidas o un descanso absoluto, en esto no se ha llegado aún a un perfecto acuerdo, pues mientras unos aconsejan el reposo, otros opinan que es conveniente un poco de ejercicio para facilitar la digestión. Nosotros, con respecto a los niños, somos de esta última opinión.

Cdo. a "Emeteria", de Chivilcoy.

* * *

LA CONVALECENCIA

Durante la convalecencia de la enfermedad que acaba de sufrir su nena, debe usted tener más cuidado que los que ha tenido mientras ha estado enferma, por cuanto un exceso de ejercicio, una comida un poco pesada, o cualquier otro pequeño desarreglo, pueden ser causa de una recaída, y éstas, como usted no ignorará, son malas de parar y a veces fatales.

Cdo. a "Filo", de Curuzú Cuatiá.

LA NEURASTENIA

No hay reglas absolutas para el tratamiento de la neurastenia, pues la enfermedad se caracteriza por el predominio de tal o cual síntoma, y a este carácter se subordina la mediación en cada caso. Lo importante es conocer bien al enfermo y el origen de su afección.

La primera indicación que naturalmente se impone es la de suprimir, en cuanto sea posible, las causas que determinaron la enfermedad y que siguen prolongándola y agravándola: el exceso de trabajo físico o intelectual, las veladas prolongadas, los insomnios, los excesos de toda clase, los abusos de comida o de bebidas alcohólicas, del té, del café o del tabaco y las emociones violentas.

Por lo regular, una buena temporada de reposo de dos o tres semanas, un cambio de ocupación, o un poco de ejercicio físico moderado bastan para hacer desaparecer la irritabilidad nerviosa, para alejar las ideas fijas, para restablecer en una palabra, el equilibrio momentáneamente alterado.

Sin embargo, la neurastenia puede tener causas más remotas. Proviene alguna vez de predisposiciones hereditarias, del artritismo; tiene por causa enfermedades infecciosas como la grippe, la escarlatina o la tifoidea, o un accidente, o un traumatismo que ha provocado perturbaciones nerviosas. Ante todo hay que aplicar la terapéutica que corresponde a cada caso.

En principio — en la neurastenia más que en ninguna otra dolencia, — la continuada absorción de medicamentos es nociva y se opone a toda curación definitiva. Se prefieren los agentes físicos, como son: ducha, baño, masaje, electricidad, cura de aire.

La hidroterapia fría suele producir en los neurasténicos un estado de angustia y ansiedad, palpitaciones cardíacas y hasta sofocaciones y síncopes peligrosos. Deberá ser, pues, rigurosamente proscripta y reemplazada por baños calientes prolongados, por duchas tibias dadas en lluvia a lo largo de la columna vertebral.

Pero, aunque el tratamiento por los agentes físicos tiene un valor incontestable, no podría por sí sólo determinar la curación refinitiva. Siendo la neurastenia una enfermedad esencialmente moral, necesita una terapéutica de la misma naturaleza para restablecer el funcionamiento normal de la voluntad, de la sensibilidad y de las facultades intelectuales comprometidas.

Este tratamiento se llama psicoterapia. Exige del médico y de cuantos rodean al enfermo un tacto especial, y mucha paciencia y dulzura, porque es indispensable ganar la confianza del paciente, guiarlo sin que él se de cuenta de ello, apelar a su razón, aconsejarle y nunca tratar de imponérsele. Debe dejársele obrar por sí, personalmente, aunque en realidad obedezca.

De esto, pues, se desprende que a los niños debe cuidarse mucho y curarles bien todas las afecciones que se les presenten, para poder luego evitarles las dolorosas alternativas de ciertos males que, como la neurastenia, tienen su origen en la infancia descuidada.

SELECCIONE LOS ALIMENTOS DE SUS HIJOS: ES MUY IMPORTANTE.

UN BUEN RECONSTITUYENTE

Para el caso de anemia que usted nos cita, nos permitimos recomendarle el siguiente tónico, de positivos resultados, que debe tomarse por copitas antes de cada comida.

Esencia de corteza de naranjas	2 gramos
Citrato de hierro amoniacal	30 "
Extracto de carne	60 "
Azúcar	300 "
Vino de Jerez	4500 "

Si quisiera prepararse en cantidades menores, puede hacerse fácilmente reduciendo los ingredientes a la mitad o a la cuarta parte.

Cdo. a "Mamá Elena", de Goya.

* * *

LA CEBOLLA

En efecto. La cebolla, como usted dice que le han dicho, es indigesta si se come frita. En cambio, cruda o cocida no puede ser más sana, ya que es nutritiva, diurética, excitante y vermífuga. Si sus niños son ya delicados de estómago, puede dárselas cocidas acompañadas de manteca o aceite.

Cdo. a "Juana Pittaluga", de La Plata.

No hay cosa más difícil que el cuidado de los hijos

La lucha de dos hombres con un tigre

(Continuación de la página 51)

cesado en todo movimiento, agazapándose por un instante haciendo oscilar la extensa cola leonada. Luego, a la vez que un gruñido infernal repercutía en las isletas, se lanzó contra Braulio Peña en un salto limpio, elástico, indescriptible de ferocidad.

Un relámpago fugaz alumbró la horripilante escena y una detonación sacudió el silencio del paisaje. ¡Era el revólver de Aquileo Segovia que se dignaba responder al fin! La bala sobrepasó la cabeza del felino y se le incrustó en el recio cuello. Cayó a tierra malherido, dando un bote, un verdadero salto mortal, que vino a variar su ubicación con referencia a la de Braulio Peña. Sacudiendo con fiereza el cuerpo, el *yaguareté* volvió a pararse, agazaparse y saltar sobre su presa. Aturdido por el miedo y desconcertado por la acometida en forma diversa a la que esperaba, el petiso no atinó a nada. Fué alcanzado por un zarpazo del felino. La garra brutal, como un garfio de acero, se le clavó en el pecho, sobre el esternón, y le corrió hacia abajo, desgarrándole, abriéndole materialmente el vientre en un boquerón profundo, por el cual se precipitaron todas sus vísceras. Por instinto de conservación, desesperado, alcanzó a dar un golpe. Pero su cuchillo carecía de fijeza y de empuje. Apenas logró un tajo en la paleta del felino. En seguida, todo fué un remolino violento de cuerpos y de gruñidos, aventando la hojarasca hecha trizas. Gruñía la fierra carnicera al destrozar entre sus colmillos poderosos y entre sus garras aceradas el cuerpo inerme del hombre. Gruñía éste, porque no podía quejarse, antes de ser ultimado por la feroz voracidad del felino.

Aquileo Segovia, simple y forzoso espectador del drama, comprendió al instante la gravísima situación que a él mismo afligía. Si dejaba *desocupar* al felino, le llegaría luego su turno. No podría quedarse arriba del árbol tanto tiempo como abajo la fierra cebada y ávida de sangre humana. ¡Se decidió! Su salto a tierra fué tambin rápido y seguro como el de un *yaguareté*. Cayó sobre las piernas semidobladas, junto a los cuartos de la fiera, que engullía con ináudita fruición la carne aún palpitante de Barulio Peña. La mano izquierda del bandido aferró, como una garra de buitre, el tronco de la cola del tigre. *El cabo de hueso* entró en funciones. Cuando la fierra intentó darse vuelta contra su agresor, estaba *desjarretada*. Algo como un gancho la levantaba y tironeaba de atrás. El *cabo de hueso* de Aquileo Segovia, diestro, certero, incansable, seguía trabajando. Fué una seguidilla de puñaladas magníficas al vacío y al entrepiernas del *barcino*. A medida que éste se desangraba, extenuándose, el brazo del bandido se hacía más audaz y buscaba herir hacia adelante. Luego de un tirón brusco a la cola de la fiera, se le colocó de costado, como *apadrinándola*, con la temeraria despreocupación de un domador profesional. Calculó bien el "golpe de gracia". ¡La hoja del arma refiló el codillo y entró en el tórax, derecho al corazón! El *yaguareté* volcó a tierra la cabeza, como víctima de un sueño repentino y letal. No volvió a levantarla. Tembló brevemente, estirando las cuatro patas como si fuese a dormir *largo a largo*. Quedó tieso. Junto a él estaban las piltrafas sangrientas de Braulio Peña. Sin mayor emoción, Aquileo Segovia, contempló a los dos muertos. Luego se fué a dormir.

Al otro día, recogió el cuchillo del hombre y el cuero del tigre. El primero, para recuerdo del compinche, y el segundo para arreglarse un *traje de carácter*.

FIN

El buen humor en nuestros teatros

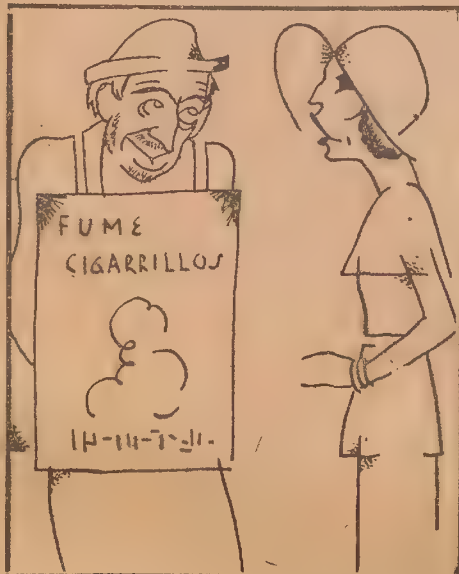
(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante Ginzo



ROSITA (Iris Marga).—¿Es usted el que ondula o el que seca?
ROUSSEAU (Totón Podestá). — Yo soy el secante, señorita.

De "LA NOCHE DE LA REVOLUCION", éxito del teatro Smart.



SOFIA BOZAN. — ¡Quién le va a llevar el apunte a un hombre sandwich!
PEPE ARIAS. — Mire que soy un sandwich especial...
SOFIA BOZAN. — Especial... ¡de salame!...

De "¡ADELANTE CON LOS IMPUESTOS!", éxito del teatro Sarmiento.



RONCORONI (S. Fernández). — ¿Y qué me dice de las torturas? El triángulo, el tacho...
GOROSTIAGA (P. Arias). — ¿Y la lija? ¿Qué me dice de la lija? A mí me lijaron tanto la barriga, que me borraron el ombligo.

De "¡ADELANTE CON LOS IMPUESTOS!", éxito del teatro Sarmiento.



SOFIA BOZAN.—¡Qué crisis, sandié, qué crisis! Conocí una chica del bataclán a la que un comerciante mayorista le regalaba siete vestidos por mes... Ahora, para tener un vestido, necesita siete minoristas, ¡y la yapa!...

De "MEJOR ESTAN EN SHANGHAI"..., éxito del teatro Sarmiento.

El otoño sigue brindándonos



1. — *Vestidito de media estación en tweed azul. El cuello y las botamangas adornadas con listas azules.*

2. — *Modelo de vestido casaca en lana roja. Cinturón y bordados blancos.*

3. — *Vestido taller en charmelaine gris azulado. Blusa camisa en seda lavable blanca. Corbata del color del vestido.*

4. — *Vestidito de niño, en lana marrón. Cuello y puños blancos. Corbata de fantasía.*

5. — *Vestido de media estación, en crêpe de lana rosa. Cinturón de cuero. Cuello blanco. Corbata de la misma tela que la ropa.*

6. — *Modelito de abrigo en ratine verde pálido, con cinturón. Pelerina redonda. Botonadura simple.*

7. — *Práctico vestido de lana de fantasía. Cinturón de cuero rojo. Adornos de tela blanca.*

lindos modelos *para los* niños



8 y 9. — *Muy lindo es este conjunto de media estación en tono rosa subido. La pollera es de crêpe de lana con un canesú recortado en pabellones. Cuello y puños de piqué. El abrigo hace el mismo efecto que el vestido en lo que al canesú se refiere. Cuello de castor.*

10. — *Precioso conjunto de media estación. El vestido y adornos del abrigo, en lana escocesa. Abrigo de tres cuartos de largo, en forma recta, en ratine azul.*

11. — *Blusa para niñito, en franela rosa vivo. Canesú en forma. Cuello blanco. Pantalón en lana negra.*

12. — *Modelo de media estación, muy práctico, ejecutado en lana de fantasía. Medio cinturón. Cuello blanco. Corbata negra.*

13. — *Vestido compuesto de pollera y chaqueta. La primera, en tissage diagonal verde obscuro. La segunda, en jersey verde claro. Cinturón del color de la pollera.*

14. — *Vestidito en lana azul. La parte alta cruzada, está adornada de botones de nácar. Cuello blanco.*

15. — *Conjunto de otoño muy lindo. Abrigo pelerina en terciopelo de lana marrón. Vestido en tweed moteado, de color diverso. Cinturón en la misma tela.*

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

A VARIOS QUE HACEN PREGUNTAS RELACIONADAS CON SU ESTATURA Y SU PESO. — El peso del cuerpo está en relación con su estatura. Por lo general, el cuerpo debe tener, como peso, una cantidad igual en kilos a lo que exceda del metro de estatura. Es decir, que si un individuo mide mts. 1.63, su peso normal debe ser de 63 kilos. Noturalmente que hay un margen de tolerancia, en pro y en contra, es decir, entonces, que su peso normal deberá estar comprendido entre los 60 y los 66 kilos, más o menos. El peso aumenta con frecuencia, en edades avanzadas, después del crecimiento. El peso medio del cuerpo del europeo es de 65 kilos, en un adulto y de 52 en una adulta. Este peso, dice Frizzi en su "Antropología", está sujeto a alteraciones condicionadas, aparte de las diferencias sexuales y de raza, especialmente por muchas circunstancias fisiológicas, sociales y profesionales. En la vejez, naturalmente, disminuye el peso.

UNO QUE DUDA. — Mesarse la barba quiere decir arrancarse los pelos de la misma y nó acariciarla. Sin embargo, se ha generalizado, como correcta, esta última acepción de la palabra.



NAPOLITANO. — El Vesubio es el único volcán de Europa que se mantiene en actividad ininterrumpida.

MADRE. — Creemos haber respondido ya a una consulta análoga. En Norte América se vende, efectivamente, leche embotellada de mujer, que se extrae con el saca leche eléctrico de Abt.

LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — Efectivamente, un argentino es el autor del sistema de identificación por medio de las impresiones digitales, puesto en boga en las principales policías del mundo, pero está comprobado, también, que las impresiones digitales se usaron como medio de identificación personal en la China y en el Japón, en el siglo VII. En 1888 apareció un detenido estudio sobre esto, de Galton, y en 1897 se adoptó el sistema en las policías de Inglaterra, India, Egipto, Austria, etc. Vucetich, el que implantó el sistema entre nosotros, lo perfeccionó a tal punto, que hoy es el más seguro de todos y el más sencillo también.

MARIA LUCRECIA. — Diríjase a la casa que organizó esa rifa.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

PARA UNA HISTORIA DEL TEATRO. — El célebre actor Julián Romea nació en el año 1813 y murió en 1868. Era murciano y pertenecía a una familia más o menos pudiente. Su debut fué en el teatro Príncipe. El célebre drama de Zorrilla, "Traidor, inconfeso y mártir", fué especialmente escrito para él. En cuanto a la esposa de Romea, por la que usted nos pregunta, fué la actriz Matilde Díez, considerada como extraordinariamente buena en su época. Y ya tiene usted en 4 líneas la más incompleta biografía de Romea...

OLVIDADA DE MI. — Ojizarco quiere decir que tiene los ojos azules. El error suyo proviene de que dijo que esa persona tenía "ojos ojizarcos", cuando debió decir "es ojizarco".

MENS SANA IN CORPORE SANO. — Existen tratados de gimnasia sueca. En cualquier buena librería los encontrará.

FUTURO LITERATO MENDOCINO. — Lea los clásicos castellanos y las obras de los principales autores de todos los países. Nosotros no podríamos orientarlo, pues ignoramos sus gustos y el grado de su cultura.

ERUDITO. — El nombre de Zeus equivale al latino Júpiter, al alemán Ziu y al indio Dyaus.



ITALIANITO. — El gran suburbio de Génova es Sampierdanera, que está llena de establecimientos industriales.

FEDERICO R. — ¿Qué es la moneda? C. J. Fuchs, el economista, dice de ella lo siguiente: "La moneda, como los objetos o mercancías, es una forma de expresión del capital, principalmente en su forma traslativa, y así se comprende que todos aquellos bienes económicos que son mercancías o pueden serlo, es decir, que se encuentran en el comercio humano y poseen un determinado precio, puedan ser objeto concreto del capital, así como también la propiedad territorial, cuando ésta es susceptible de traslación." Referente al mismo tema, le corresponde también, el siguiente juicio. "La moneda es la primera forma del capital, su objeto primordial y más importante, y cada forma concreta del capital puede imaginarse referida a una determinada cantidad de moneda."

DAMA X. — Pueda ser que usted tenga razón, y que esa carta haya sido escrita por un hermano de esa persona. Los grafólogos dicen haber observado que la letra de padres e hijos tienen un "aire de familia".

EL ARTE DE CONTESTAR

MARYMIL. — El "negocio de las aves", para usar sus propias palabras, puede ser un éxito o no según sus condiciones para el mismo. Mantener un criadero y vender sus productos en plaza, requiere una atención constante. No podemos predecirle cómo le irá ni aconsejarle nada al respecto. En cuanto a libros que traten sobre la cría y cuidado de las aves, hay muchos y muy buenos. En cualquier buena librería los encontrará. Escriba a alguna casa importante de Buenos Aires solicitando un catálogo.

NIÑO, ASPIRANTE. — Mientras no sea modificado, el programa a que se refiere es válido. En cuanto a la modificación del programa de ingreso a las Escuelas e Institutos Militares anunciada por ese diario, no ha sido resuelta aún. Sería conveniente que usted se dirigiera a la Escuela de Suboficiales del Ejército, en Campo Mayo.

VECINO DEL BARRIO. — El agua marina no sirve para ser bebida por los seres humanos, pero su capacidad nutritiva es muy grande en lo que respecta a los servicios que puede prestar a los animales que viven en su medio. El agua marina es un poderoso disolvente de materias orgánicas.

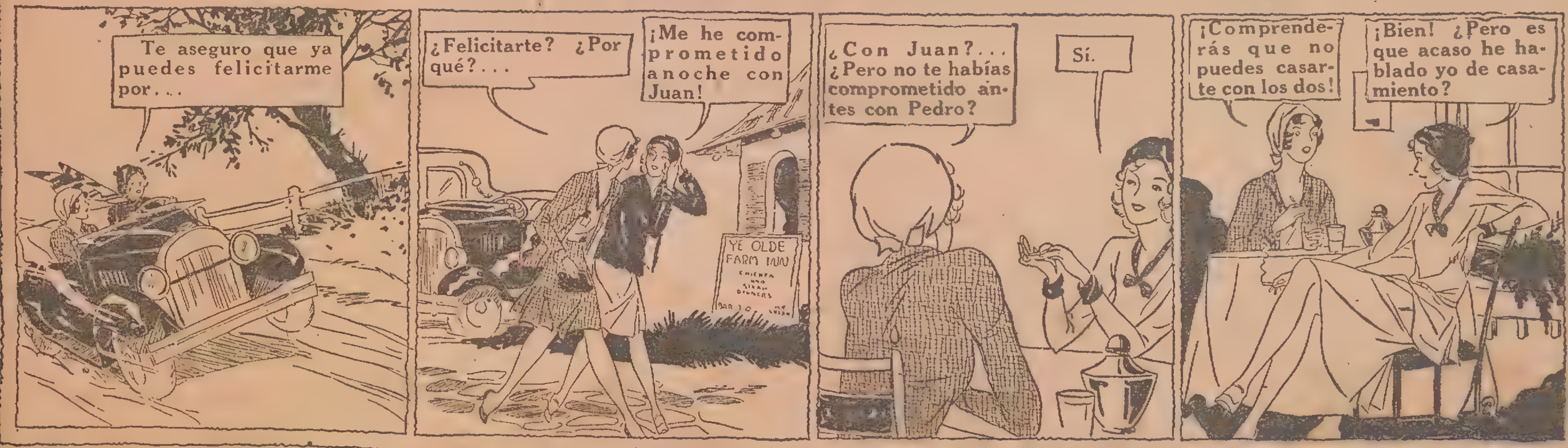


PEQUEÑO NATURALISTA. — Lo que usted ha leído en esa revista no es un invento. Hay más de 500.000 especies, de las formas más variadas, de insectos. ¿Cómo se reconocen los insectos? Sencillamente, contándoles las patas, salvo algunos parásitos, todos tienen seis.

FUTURO BACHILLER. — Es probable que exista algún profesor de conocimientos enciclopédicos capaz de enseñarle todas las materias que abarcan los estudios secundarios. Para su conocimiento le advertimos que muchos estudiantes libres se preparan con la sola ayuda de los libros y su voluntad.

SUBSCRIPTOR E. (Río Cuarto). — La Escuela de Policía, fundada por el coronel Ramón Falcón, funciona en la calle José María Moreno 101, de la Capital Federal. Escriba a la dirección de la misma, solicitando un prospecto con las condiciones que se requieren para ingresar y demás requisitos.

LAS AVENTURAS DE CHOCHA



EL HOMBRE BUENO Y EL HOMBRE MALO

(Continuación de la página 40)

—Dame un pedacito de pan.

—¿Qué me darás por él?—le preguntó el Malo.

—Pídeme lo que quieras.

—Bueno, te quitaré un ojo.

Y como el Bueno tenía mucha hambre, consintió; el Malo le quitó un ojo y le dió un pedacito de pan. Siguieron andando, y al cabo de un buen rato el Bueno tuvo otra vez hambre y pidió al Malo que le diese otro poco pan; pero éste le dijo:

—Déjame sacarte el otro ojo.

—¡Oh amigo, ten compasión de mí! ¿Qué haré si me quedo ciego?

—¿Qué te importa? A ti te basta con ser bueno, mientras que yo vivo inicuamente.

¿Qué hacer? Era imposible resistir un hambre tan grande, y al fin el Bueno dijo:

—Quítame el otro ojo si no temes la ira de Dios.

El Malo le vació el otro ojo, le dió un pedacito de pan y luego lo dejó en medio del camino, diciéndole:

—¿Crees que te voy a llevar siempre conmigo? ¡No era mala carga la que me echaba encima! ¡Adiós!

El ciego comió el pan y empezó a andar a tientas pensando en llegar a un pueblo cualquiera donde le socorriesen. Anduvo, anduvo hasta que perdió el camino, y no sabiendo qué hacer, empezó a rezar:

—¡Señor, no me abandones! ¡Ten piedad de mí, que soy alma pecadora!

Rezó con mucho fervor, y de pronto oyó una voz misteriosa que le decía:

—Camina hacia tu derecha y llegarás a un bosque en el que hay una fuente a la que te guiará el oído porque es muy ruidosa. Lávate los ojos con el agua de esa fuente, y Dios te devolverá la vista. Entonces verás allí un roble enorme; súbete a él y aguarda la llegada de la noche.

El ciego torció a su derecha, llegó con gran dificultad al bosque, sus pies encontraron una vereda y siguió por ella, guiado por el rumor del agua, hasta llegar a la fuente. Agarró un poco de agua, y apenas se mojó las cuencas vacías de sus ojos, recobró la vista. Miró alrededor suyo y vió un roble enorme, al pie del cual no crecía la hierba y la tierra estaba pisoteada; se subió por el roble hasta llegar a la cima, y escondiéndose entre las ramas aguardó que fuese de noche.

Cuando ya la noche era obscura vinieron volando los espíritus del mal, y sentándose al pie del roble empezaron a vanagloriarse de sus hazañas, contando dónde habían estado y en qué habían empleado el tiempo. Uno de los diablos dijo:

—He estado en el palacio de la hermosa zarevna. Hace ya diez años que estoy atormentándola; todos han intentado echarme del palacio, pero no logran realizarlo. Sólo me podrá echar de allí el que consiga una imagen de la Virgen Santísima que posee un rico comerciante.

Al amanecer, cuando los diablos se fueron volando por todas partes, el Hombre Bueno bajó del árbol y se fué a buscar al rico comerciante que tenía la imagen. Después de buscarlo bastante tiempo, lo encontró y le pidió trabajo, diciéndole:

—Trabajaré en tu casa un año entero sin que me des ningún jornal; pero al cabo del año dame la imagen que posees de la Santísima Virgen.

El comerciante aceptó el trato, y el Hombre Bueno empezó a trabajar como jornalero, esforzándose en hacerlo todo lo mejor posible, sin descansar ni de día ni de noche, y al acabar el año pidió al comerciante que le pagase su cuenta; pero éste le dijo:

—Estoy contentísimo con tu trabajo, pero me da lástima darte la imagen; prefiero pagarte en dinero.

—No—contestó el campesino.—No necesito tu dinero; págame según convinimos.

—De ningún modo—exclamó el comerciante;—trabaja en mi casa un año más y entonces te daré la imagen.

No había más remedio que aceptar tal decisión, y el Hombre Bueno se quedó en casa del comerciante trabajando otro año. Al fin llegó el día de pagarle la cuenta; pero por segunda vez se negó el comerciante a darle la imagen.

—Prefiero recompensarte con dinero—le dijo,—y si insistes en recibir la imagen, quédate como jornalero un año más.

Como es difícil tener razón cuando se discute con un hombre rico y poderoso, el campesino tuvo que aceptar las condiciones propuestas; se quedó en casa del comerciante un año más, trabajando como jornalero con más celo aún que los anteriores. Acabado el tercer año, el comerciante tomó la imagen y se la entregó al campesino, diciéndole así:

—Tómala, hombre honrado, tómala, que bien ganada la tienes con tu trabajo. Vete con Dios.

El campesino tomó la imagen de la Santísima Virgen, se despidió del comerciante y se dirigió a la capital del reino, donde el espíritu del mal atormentaba a la hermosa zarevna. Anduvo largo tiempo, y por fin llegó y empezó a decir a los vecinos:

—Yo puedo curar a vuestra zarevna.

Inmediatamente lo llevaron al palacio del zar y le presentaron a la joven y enferma zarevna.

Una vez allí, pidió una fuente llena de agua clara y sumergió en ella por tres veces la imagen de la Santísima Virgen, entregó el agua a la zarevna y le ordenó que se lavase con ella. Apenas la enferma se puso a lavarse con el agua bendita, expulsó por la boca el espíritu del mal en forma de una burbuja; la enfermedad desapareció y la hermosa joven se puso sana, alegre y contenta.

El zar y la zarina se pusieron contentísimos, y en su júbilo no sabían con qué recompensar al médico: le proponían joyas, rentas y títulos nobiliarios, pero el Hombre Bueno contestó:

—No, no necesito nada.

Entonces la zarevna, entusiasmada, exclamó:

—Me casaré con él.

Consintió el zar y dispuso que se celebrase la boda con gran pompa y en medio de grandes festejos. Desde entonces el campesino Bueno vivió en palacio, llevando magníficos vestidos y comiendo en compañía del zar y de toda la familia real.

Trancurrido algún tiempo, el Hombre Bueno dijo al zar y la zarina.

—Permitidme ir a mi aldea; tengo allí a mi madre, que es una pobre viejecita, y quisiera verla.

El zar y la zarina aprobaron la idea; la zarevna quiso ir con él y se fueron juntos en un coche del zar, tirado por magníficos caballos.

En el camino tropezaron con el Hombre Malo. Al reconocerle, el yerno del zar le habló así:

—Buenos días, compañero. ¿No me conoces? ¿No te acuerdas de cuando discutías conmigo sosteniendo que se obtiene más provecho viviendo inicuamente que trabajando honradamente?

El Hombre Malo quedó asombrado al ver que el Bueno era yerno del zar y que había recuperado los ojos que él le había quitado. Tuvo miedo, y no sabiendo qué decir, permaneció silencioso.

—No tengas miedo—le dijo el Hombre Bueno;—yo nunca guardo rencor a nadie.

Y le contó todo: lo de la fuente maravillosa que le había hecho recobrar la vista, lo del enorme roble, sus trabajos en casa del comerciante, y por fin, su boda con la hermosa zarevna. El Hombre Malo escuchó todo con gran interés y decidió ir al bosque a buscar la fuente. "Quizá—pensó—pueda también encontrar allí mi suerte."

Se dirigió al bosque, encontró la fuente maravillosa, se subió al enorme roble y esperó la llegada de la noche. A medianoche vinieron volando los espíritus del mal y se sentaron al pie del árbol; pero percibiendo al Hombre Malo escondido entre las ramas, se precipitaron sobre él, lo arrastraron al suelo y lo despedazaron.

FIN

EL HOMBRE AHOGADO

(Continuación de la pág. 27)

El señor White había fallecido de un ataque al corazón durante la excursión que realizó con su esposa y varios amigos al Canadá, y como la señora White deseaba cobrar a la compañía de seguros el doble de la suma asegurada, ella y sus amigos trataron de hacer aparecer al señor White como muerto en un accidente en el lago Moose. Para esto subieron el cuerpo a un auto (el auto de los contrabandistas), y la señora con los amigos subió en el coche amarillo. Para evitar la revisión en la Aduana de Richmond, la señora se adelantó con el amarillo para entretener a los oficiales, y poder así facilitar el paso del otro coche con el cadáver. Una vez pasada la Aduana de Richmond y antes de llegar a la otra, el cuerpo de White fué trasladado al coche amarillo. Este, como tenía el permiso en perfecto orden, pudo pasar la otra Aduana sin dificultad, y cuando llegó el otro auto, los oficiales, naturalmente, no pudieron encontrar absolutamente nada. Como la señora White no quería viajar en el mismo coche en que estaba el cadáver, fué necesario que pasara del amarillo al otro coche, y también cambiara de traje, para no llamar la atención en la segunda Aduana, pues el coche contrabandista había sido visto con dos hombres. Esta fué la razón por la cual tuvo que disfrazarse de hombre. Su único error, que hizo fracasar todo el plan ya trazado, fué que al prenderse el saco, lo hizo hacia la izquierda como lo acostumbran hacer las mujeres, y no hacia la derecha como corresponde a los sacos de hombre. Este detalle atrajo la atención del oficial, y sirvió de base para las investigaciones que luego aclararon el asunto. Por último, al llegar al lago los dos amigos quitaron a White los zapatos y las medias, y le subieron el pantalón, y, después de sumergirlo en el agua para hacer creer que se había ahogado, fueron en busca del testimonio de un médico, cosa que, como vimos también, fracasó, pues el médico dudó de la veracidad de lo expuesto por los amigos, y su denuncia sirvió para aclarar por completo este asunto.

FIN

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

























¡ESPIAS!...

(Continuación de la pág. 19)

espías franceses fué apresado en Bélgica por los alemanes y fusilado, a excepción de Mata Hari... Esto recién se supo a los dos meses. En el ínterin, Mata había regresado de Bruselas y se la había enviado a España.

En Madrid se alojó en el suntuoso Palace Hotel, vigilada siempre por los espías franceses, quienes comprobaron que se mantenía en contacto con las autoridades alemanas. Visitaba con frecuencia al agregado militar de esa nacionalidad, mayor Kalle, frecuentando con él todos los titíos de placer de la ciudad.

Por fin se obtuvo una prueba decisiva de su culpabilidad en forma de un mensaje despachado desde la estación inalámbrica de la torre Eiffel como si proviniera de Berlín y fuera dirigido a Madrid. En él se ordenaba el pago de 1.500 libras esterlinas a H. 23 en el Comptoir d'Escompte de París.

Si cobraba, estaba perdida. Se estableció una severa vigilancia, y pocos días después ella desembarcó en la estación terminal de la Gare de Lyon, en París.

Cobró el precio de su traición, y en ese momento selló su sentencia de muerte.

Muy temprano, en la mañana del 13 de febrero de 1917, monsieur Priolet, prefecto de policía de París, a quien incumbía la misión de detener a todos los sospechosos, se presentó en los aposentos de Mata, y se hizo anunciar.

El 25 de julio compareció ante la tercera corte marcial designada por el gobernador militar de París, y fué interrogada a puertas cerradas.

El presidente comenzó el interrogatorio diciendo:

—El día en que se declaró la guerra usted almorzó con el prefecto de policía de Berlín, y después recorrió las calles en coche con él entre una multitud delirante.

—Es verdad — repuso Mata. — Me encontré con el prefecto en el "music-hall" en que bailaba; allí lo conocí.

—Poco después el mismo prefecto le confió a usted una misión reservada, y le dió treinta mil marcos.

—Es cierto; pero no me los dió por la razón que usted insinúa, sino porque era mi amante.

—Lo sabemos, pero la cantidad parece un poco crecida para ser un simple obsequio.

—Para mí, no.

—Desde Berlín usted vino a París, pasando por Holanda, Bélgica e Inglaterra. ¿Qué hacía usted en París?

—Me proponía vigilar el traslado de mi mobiliario a mi villa de Neuilly.

—A continuación usted pasó siete meses cerca del frente.

—En Vittel. Fuí enfermera. Me dediqué a cuidar a un oficial ruso, el capitán Marroff, que había quedado ciego. Yo amaba a ese hombre y quería reconstruir mi vida al lado suyo.

Los informes oficiales confirmaron esa aseveración, siendo de notar que una de las últimas cartas que escribió en Saint-Lazaire, después del juicio y antes de ser llevada a Vincennes, fué dirigida a ese oficial.

Sin embargo, en Vittel, como en todas partes, Mata Hari vivió siempre en compañía de numerosos oficiales.

Se le hizo notar esa circunstancia, pero ella la explicó, diciendo:

—Los hombres que no pertenecían al ejército no me interesaban. Mi marido fué capitán. A mi juicio, un oficial es un ser superior, un hombre siempre listo para toda emergencia y dispuesto a enfrentarse con el peligro. Siempre que amé elegí a los militares, sin fijarme en su nacionalidad, pues, para mí, el guerrero pertenece a una raza especial, superior a la civil.

—¿Cómo logró usted conocer los secretos de nuestros valores?

—No niego que mientras estuve en la Cruz Roja, continué escribiéndolo al jefe del servicio de espionaje alemán, que se encontraba en Holanda, pero nunca me ocupé de la guerra; nunca le transmití informaciones.

Todo vínculo con militares lo atribuía a razones sentimentales.

—Cortesana, sí — exclamaba, — pero traidora... ¡jamás!

Se le recordó su ofrecimiento de contra espionaje y vaciló, pero luego declaró que necesitaba dinero.

—¿Y cómo le hubiera podido ser usted útil a Francia?

—Empleando mis vinculaciones para servirla. Ya le expliqué al jefe del segundo Bureau los puntos de Marruecos en que los submarinos alemanes han desembarcado armas.

—Efectivamente — interrumpió el comisionado del gobierno, — pero todo lo que nos ha dicho no podría haberlo sabido si no hubiera estado en comunicación con Alemania.

De repente se interrumpió para exclamar:

—Después de todo, yo no soy francesa. Mi conciencia no me acusa de nada en perjuicio de Francia. Sólo soy una pobre mujer a quien ustedes pretenden entrampar para que confiese faltas que no ha cometido.

A continuación, en voz fuerte y violenta, tendió los brazos hacia el teniente Marret y gritó:

—¡Ese hombre es malo!

Interrogada sobre su estada en Madrid y las 15.000 libras que recibió en París del Servicio Secreto alemán, respondió que había sido amante del jefe de esa organización en Madrid, y que su gobierno le abonaba los gastos amorosos a ese funcionario.

—Pero el giro se hizo a nombre de H. 23, y ése es un número de orden en la lista de espías alemanes. ¿Era ése el número suyo?

—Eso no es cierto. Repito, que fué para pagar mi amor. Es..., es mi precio. Créanme ustedes, señores.

Terminó el interrogatorio. Se escuchó a una media docena de testigos, a la defensa y al fiscal, y Mata Hari fué condenada.

Pidió que se le permitiera hacer una última aclaración:

—Observen ustedes que no soy francesa, y que me asiste el derecho de elegir mis amistades. La guerra no puede impedirme continuar siendo cortesana. Si eso no los satisface a ustedes... ¡hagan lo que quieran!

Tal es la verdadera historia de Margarita Gertrudis Zelle, alias Mata Hari.

FIN

CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

EL NIDO

El cariño es como el nido, por lejos que se vuele siempre se vuelve a él. Y el nido es el hogar, por poco o por mucho que un hombre se aleje de él, es fatal, siempre vuelve. Todo está en mantener el nido sin destrucciones y tibio; sólo basta no dejar que en él no se anide el tedio, la insidia, la intolerancia y la hostilidad.

Al nido se vuelve siempre, ¿qué importa que el vuelo sea largo o corto, si allí está el atractivo efectivo y real, si allí se encuentra la verdad y la ternura? No debes tú desplegar las alas del nido, mujer; debes abrirlas cuidadosamente para mantenerle tibio y bien formado, para que siempre en él quepan dos: tú, que te mantienes quieta, y tu compañero, que vuela y vuelve.

Síguele desde ahí, con tus ojos, con tu corazón, y aguárdale paciente y amorosa, porque al nido se vuelve siempre, siempre.

SI AMAS...

Si amas, no temas... Nunca estarás solo sobre la tierra, el amor es el compañero más fuerte y poderoso de todos los compañeros...

Si amas, serás valiente, serás fuerte, serás decidido, y triunfarás en tus afanes por la vida.

Si amas, has de vivir alegre y gozoso. Si amas, una sensación de canto de ventura y de luz llenará tu pecho, y a tus ojos, todo se presentará alegre y animado.

Si amas, tu sueño ha de ser plácido; si amas, has de ser dulce y bueno, porque el amor quita todas las asperezas del alma y a todos torna indulgentes; sólo el amor pone en el juicio de los hombres la bondad y la tolerancia.

Si amas, no has de ser celoso ni tiránico, que el amor llena totalmente el espíritu y en el alma no deja cabida a nada que no sea la ternura, que es siempre la destructora de la duda.

Si amas, has de ser generoso, pues el amor no entiende de conveniencias ni de egoísmos, ni de mezquindades tampoco; el amor quiere dar y da cuanto a su alcance está, dentro y fuera de tu alma.

Si amas, has de creer en Dios, aunque así tú no lo quieras, porque el amor es un don sublime, es el que todo lo salva, el que todo lo ilumina, el que todo lo diviniza, porque ante él, no lo dudes, la mano de Dios se levanta y bendice.

LA PRINCIPAL...

(Continuación de la pág. 45)

dad tan molesta de su carácter.

Examinemos el caso de una joven que ama y es correspondida. Llega a comprometerse. Festeja el acontecimiento con una fiesta, pero azares de la suerte hacen que su novio carezca provisionalmente de los recursos necesarios para contraer enlace y vivir en la forma ideal que ella desearía o que cree necesaria para figurar en el rango social que juzga corresponderle. Resuelve, pues, postergar la fecha del matrimonio, que tal vez ya había sido fijada. Al hombre probablemente la dilación no lo hará feliz. Desea la compañera. Pone a disposición de ella lo que gana, los recursos que tiene. No puede ofrecer más y espera que sea aceptado. Pero ella "no está conforme" y lo incita a superarse, a alcanzar la posición que estima corresponderle por derecho propio. A veces el incentivo categórico da resultado, él llega adonde ella desea, pero en otras ocasiones transcurren meses y hasta años sin que la mutación anhelada se produzca, y la mujer persiste en su actitud obcecada.

La vista de esa joven está siempre fija en la suerte de los otros, de sus amigas que triunfaron, que "se casaron bien" Las otras, las que no lo hicieron, por felices que sean, no son dignas de su atención. Y lo que tal vez en un principio fué noble emulación y sincero afán de mejora, concluye por tornarse envidia sórdida y rastrera. Esa mujer, esa joven, al dar entrada en su pecho, movida por la ambición, a la envidia, irá, insensiblemente, haciéndose egoísta; su carácter se agriará, se hará agresivo e insoportable y el hombre que tanto la amó terminará por despreciarla, por apartarse de ella y buscar su compañera en otra parte. Ella se creerá maltratada, denunciará la injusticia del hombre sin tener en cuenta para nada la prolongada prueba a que sometió su paciencia, y por fin se erigirá en mártir de la vida. Sin embargo, la culpa es suya, pura y exclusivamente suya. Habrá desperdiciado los mejores años de su vida, habrá dejado escapar la oportunidad y el compañero que pudo hacerla feliz.

FIN

GLORIA SWANSON...

(Continuación de la página 52)

Recordando una *interview* que tuve en aquel entonces con Gloria, vinieron a mi memoria sus palabras: "Amo a Henri, y creo que él también me ama; pero no dejo de comprender que una separación de 7.000 millas es siempre peligrosa; sin embargo, sé que él piensa tanto en el divorcio como yo. Iré a reunirme con él en París tan pronto como termine con mi película."

Sin embargo, Gloria no volvió a reunirse con Henri. Hizo un viaje a Francia después de haberse propalado por todo el mundo sus desavenencias matrimoniales, y en lugar de encontrase con el joven amable y sumiso a sus caprichos, se encontró con un esposo rígido que sólo ambicionaba su libertad.

Pero en el fondo de su corazón, aunque se diera cuenta de que Henri era cada día más indiferente para con ella, nunca creyó Gloria perderlo. Muchas cosas trágicas le sucedían a Gloria en ese entonces. Ella y el rico financista que tan generosamente le había ayudado, no estaban en muy buenas relaciones, a raíz de su desengaño amoroso. Mostrábase él un poco agriado después de la filmación de "Queen Kelly".

Asimismo, no estaba tan agriado como la pobre Gloria, que había visto esfumarse 900.000 dólares. Claro está que no era dinero suyo, sino el que le habían adelantado sus amigos.

La suerte, que, a pesar de todo, siempre tuvo Gloria, vino a salvarla en el momento crítico. En cinco semanas filmó "The Trespasser" (El amor que pecó). Con esta cinta, Gloria logró ponerse a la altura de sus buenas interpretaciones. No solamente sobresalió de nuevo como estrella, sino también como cantante en las películas sonoras.

Salvada de nuevo su carrera como por milagro, Gloria hubiera querido tener a Henri a su lado. Pero era ya demasiado tarde; su afecto se había extinguido ya.

Decidido Henri a discutir con Gloria sus planes futuros, embarcóse para Los Angeles. Solamente Constante Bennett conocía su viaje; y solamente ella fué a esperarlo en Victorville.

¡Pobre Gloria! Sola en Malibú, leyó en los periódicos, con humillación, que otra mujer había visto a su esposo antes que ella. Nunca estuvo la reina más cerca de ser destronada.

(En el número próximo se publicará el V y último capítulo.)

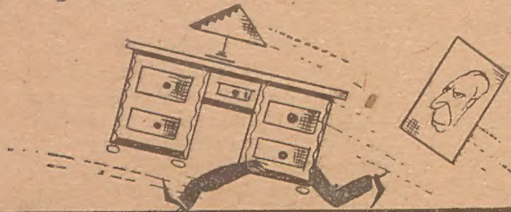
DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA



—¡Que pase el primero!

Mágicas palabras: largo MUNDO ARGENTINO, donde me deleito leyéndome a mí mismo, y de un salto estoy en el "sillón", que aguanta todavía el peso de sus fatigas, aunque está más destartalado que un colectivo y tiene la esterilla más agujereada que la de los asientos de un tranvía Lacroze.

Mi fígaro, que en el turno anterior ha tenido que hacerle un servicio completo a



un sordomudo, está desesperado por desatar la lengua y, además, parece que tiene mucho "chimento", de modo que ahí no más, sin darme tiempo ni para acomodarme, me hace la primera descarga.

●●●

—¿Usted cree en los milagros?

—Hombre..., le diré: cuando converso con un espiritista, llego a creer en ellos, pero cuando me da la lata un incrédulo, acabo por convencerme de que "todo es materia", como dicen ellos; de modo que mis ideas sobre el más allá no son del todo fijas.

—Bueno, ahora va a ver. Usted habrá oído hablar de objetos que cambian de sitio misteriosamente y del fenómeno de los "aportes".

—¡Por favor!, no me hable de aportes que ya tengo de sobra con los que le estoy haciendo a la Caja de Jubilaciones y Pensiones, para que otros se diviertan...

—No se trata de esos; me refiero a los "aportes" espiritistas, que consisten en la aparición misteriosa de objetos en lugares imprevistos: un pobre que al despertar se encuentra con una cartera llena de billetes debajo de la almohada, un empleado público que se despierta tarde y que al irse a vestir no encuentra los pantalones, has-



ta que al fin da con ellos en el altillo, sin que nadie en la casa — ni la mucama — acierte a explicarse. Pues bien: estos fenómenos parece que han sido frecuentes en algunas reparticiones nacionales. Ya habrá oído hablar, por ejemplo, de un famoso escritorio que le iban a regalar al capitán Elpidio González, construído, con lujo de detalles artísticos, con materiales del país, en los talleres de carpintería de una dependencia nacional.

"Cuando estalló la revolución el mueble estaba casi terminado, pero en esos días, sin que se sepa cómo, cambió de sitio y hasta ahora es un misterio adónde puede haber ido a parar."

●●●

— Un escritorio es una cosa demasiado pesada para que los espíritus puedan transportarla por el aire, haciendo de reyes magos...

— Más pesado es un juego de dormitorio, y, sin embargo...

— ¿Otro "fenómeno"?

— En otra repartición el director había establecido una especie de "cotorro" lujosamente amueblado. Según denunciaron los diarios en su oportunidad, un dormitorio y un comedorcito habían costado diez y siete mil pesos y pico...

"Cuando cambió el gobierno y la repartición pasó a manos de un nuevo director, éste decidió trasladar una de las oficinas al cotorro, y al ir a retirar los muebles familiares para instalar, en cambio, los oficinescos, se descubrió con sorpresa que aquéllos habían desaparecido. ¡El cotorro estaba vacío! Ni siquiera el ropero habían dejado los espíritus, para colgar la guitarra... Estos muebles "también tienen su historia": cuando los diarios se ocuparon de ellos y a fin de dar un corte diplomático" al asunto, el gobierno resolvió crear una Comisión de Cuentas, la cual debía intervenir en toda compra superior a quinientos pesos para observar y "vetar" los gastos que considerara improcedentes.

"Esta medida acaso evitó que se comprara una sala, un "fumoir" y hasta una batería de



cocina para completar el "cotorro". Pero el dormitorio y el comedorcito ya estaban comprados... y la "ética" administrativa aconsejaba no menear ese asunto por los prestigios del gobierno provisional.

"No entiendo bien esta "ética", pero me parece que con semejante criterio también podría haber sido prestigiosa la "misión histórica".

— Acaso los prestigios que se trataba de salvar no fueran, precisamente, los del gobierno, sino los de alguna institución demasiado cara al sentimiento nacional, y cuyo buen concepto interesa conservar a todo costo.

— Mala política, don Mandinga: nada hay mejor, para conservar los buenos conceptos, que la verdad.

— Tal vez no: recordemos el hondo sentido moral de las "mentiras piadosas".

●●●

— Y ¿qué me dice del caso de los sumarios policiales? Ahí tiene usted otro caso "curioso". Los espíritus fueron tan prolijos, que hasta se llevaron el índice, para que no se pudiera establecer qué sumarios eran los desaparecidos.

— ¿Cree usted, don Giácomo, que también se trata de un fenómeno espiritista?

— ¡Clavado! Si los "aportes" existen, no tengo duda de que en esto de los sumarios desaparecidos debe haber habido muy buenos aportes...

●●●

"Ahora, para terminar con esta sesión de espiritismo, le voy a contar otro episodio:

"En otros talleres oficiales de carpintería los obreros recibían frecuentes órdenes de construir tableros de ajedrez; no eran unos tableros comunes, desde luego, sino unas finas y lujosas mesitas muy aptas para "quedar bien". Se construyeron como una docena y todas desaparecieron.



— Eso podría entrar en el capítulo de los "pequeños hurtos" de que hablaba el doctor Alvear cuando decidió solidarizarse con la "misión histórica".

— Yo calculo que los espíritus lo hacían por caridad: como en los talleres faltaba trabajo, los obreros estaban en peligro de que los "cesantearan"; en cambio, así, construyendo jueguitos de ajedrez, por lo menos "hacían el día", y, además, no perdían la mano...

●●●

"Si no cree en los milagros después de todo esto, don Mandinga, será porque, verdaderamente, usted no tiene pasta."

— Usted siempre logra convencerme.

— En lo que sí debe creer es en el fracaso de la ley de incompatibilidades.

— He oído decir que tiene sus fallas.

— Es tan eficaz como un colador roto o una bolsa descosida.

— Ya veo que tiene "mercadería"...

— El otro día estuvieron hablando de eso unos clientes aquí, y ¡dijeron cada cosa!

— A ver...

— Se habían "trenzado" con el tema de los acomodos y estuvieron acordándose bien de los amigos... Recuerdo que uno decía: "Cuando se trata de "morfar", che, se acaban los escrúpulos. Ahí lo tenés al mayor asimilado H. revistando como guardiacárceles."

— "Y ¿qué me decís del capitán F.? — in-



terrumpe el otro, — que además de ser profesor de un colegio nacional, revista como meritorio en la Policía?

"— Conozco a otro profesor que también "las va" de bombero."

— Pero ¿será cierto, don Giácomo?

— Aquí daban pelos y señales, y hasta hablaron de un maestro de box, muy conocido, que según decían, también revistaba como meritorio de Policía.

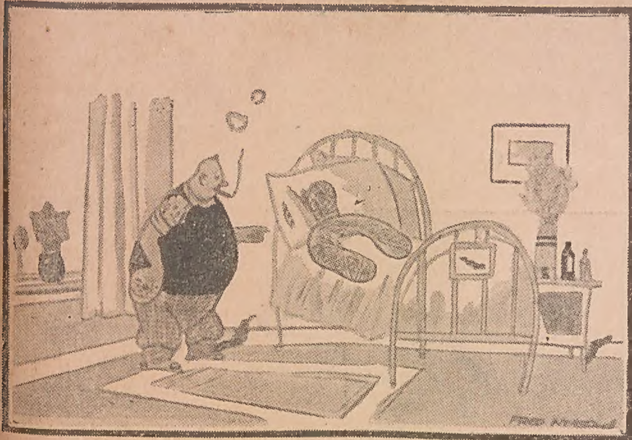
— ¿Qué aspecto tenían esos clientes?

— Parecían cesantes.

— Entonces estarían hablando de hambre.

Por

El Viejo Mandinga



El director cinematográfico. — Esa escena en la que usted es atacado por un león de las selvas, salió mal, amigo; de modo que habrá que repetirla.
(De "Judge", Nueva York)

¡QUE PORVENIR!

Si un hombre de fortuna, dispuesto a venir a la Argentina, me preguntase cuál es el mejor negocio a que puede consagrar su capital, probablemente le recomendaría la compra de campos. Pero si el que me hiciera la consulta fuera un pobre, lo sometería al siguiente interrogatorio:

—¿Usted sabe leer y escribir?

—Sí, señor, y hasta contar.

—Mal principio.

—Es que, además, soy abogado y tengo el premio extraordinario en la licenciatura de Filosofía y Letras y he publicado tres novelas psicológicas, y colaboro asiduamente en "La Juventud Trascendental" y...

—¡Basta, desgraciado! No se tire usted a degüello de esa manera. Oculte como un crimen tan deplorables antecedentes y dígame con toda franqueza si sabe hacer mandados, esgrimir de cualquier modo la escoba, regar jardines y podar a la buena de Dios algunas plantas, sacudir el polvo a los muebles y fregar pisos.

—¿Cómo es eso? ¡Yo, un hombre de ciencia, un intelectual!

—Déjese de intelectualismos; aprenda esas pequeñeces y un poco de cocina, y yo le prometo que han de disputárselo en Buenos Aires una porción de familias, y que tendrá casa, comida hasta saciarse y setenta u ochenta pesos al mes.

Z. Vélez de Aragón.

SALPICON

ANECDOTA NACIONAL

UNA SALIDA DEL DOCTOR WILDE

El doctor Wilde, que era ministro del Interior, iba a inaugurar una obra pública y viajaba oficialmente en tren expreso con su comitiva.

De pronto surgió a su vista, como del desierto, una población de gran importancia.

—¿Qué es eso? — preguntó.

Y uno de sus acompañantes, dándole el nombre del lugar, se extendió en consideraciones sobre su rápido desenvolvimiento y su enorme porvenir.

—Tiene seis mil habitantes, teatro, una gran casa municipal, dos espléndidas escuelas...

—Varios médicos... — continuó el ministro, interrumpiendo a su informante.

—Efectivamente... ¿De dónde tiene usted el dato?... — interrogó sorprendido el otro.

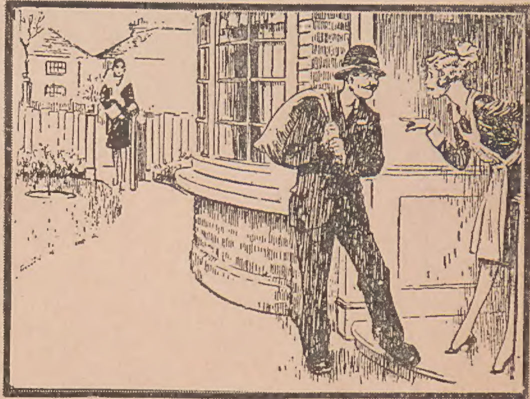
—Es que puedo apreciar desde aquí la importancia del cementerio local — añadió Wilde con toda gravedad, señalando unas cruces que se elevaban a la distancia.



— ¡Maldita sea! ¡He matado al tipo a quien ayer le hice firmar un seguro de vida!
(De "Le Journal Amusant", París)



— ¡A ver si así le quito la costumbre de hacerse el sonámbulo!
(De "Life", Nueva York)



— Márchate, Antonio, que ahí viene la señora. El domingo te esperaré, como de costumbre, en la plaza, a las tres de la tarde. Iré con el sombrero que trae ahora puesto la señora.
(De "The Humorist", Londres)



— Señor guardián: como esta es la primera vez que me ponen preso, quisiera saludar a los otros detenidos.
(De "Fantasio", París)

POR UNA COMA

Un diario tuvo una vez que sostener un pleito con uno de sus anunciantes, por haber omitido una coma en la redacción de un aviso.

Este decía así:

"Me hallo completamente curado, después de haber estado a las puertas de la muerte (,) por haber tomado cinco frascos de la bebida XX."

Sea error tipográfico o mala fe del corrector, la coma que va entre paréntesis no figuraba en el aviso, lo que cambiaba radicalmente el sentido de la frase.

IDEARIO ARGENTINO

El más pusilánime de los hombres, en la lucha diaria contra la naturaleza de las cosas, es un héroe.

Alfonsina Storni.

Los hombres verdaderamente superiores no quieren brillar: brillan.

Almafuerte.

EN EL TEATRO

Uno (sobrecogido por el terrible drama que se representa). — A ti parece que no te producen ningún efecto estos gritos desgarradores.

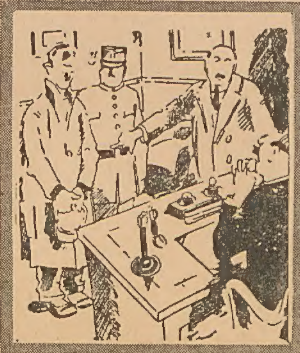
Otro. — No, pues. Vivo al lado de un dentista.

—¿Por qué lloras, Cachito?

—Porque esta noche he soñado que se había quemado el colegio.

—Vamos, hombre, no llores. ¿No ves que no ha sido verdad?

—Pues, precisamente, por eso lloro.



— Lo reconozco, señor comisario. Es el individuo que me robó el "auto".
— ¿Y dónde está el "auto"?
El ladrón. — Acaban de robármelo, señor comisario.
(De "Punch", Londres)



— Voy a beber esta copa a la salud de usted, señora.
— Mire, caballero; bébala a su salud, que bien lo necesita.
(De "Fliegende Blätter", Berlín)



— Es viejo y pasado de moda su jacquet.
— Es posible. Lo compré la última vez que usted me aumentó el sueldo.
(De "Le Rire", París)

FABULA

Dijo un burro matalón
a otro burro, su pariente:
— Tu rebuzno es más potente
que el rugido del león.
Con grave acento profundo
respondióle el otro, ufano:
— Cuando rebuznas, hermano,
se estremece medio mundo.
Oyendo lo cual un potro,
exclamó:
—¡Bien me lo explico!
¡Qué gran cosa es un borrico
cuando es medido por otro!
La consecuencia es palmaria
y el efecto bien probado:
los burros han inventado
la fama comanditaria.

M. Fernández y González.

CHISTE

El. — Extraña pareja la de los Pérez. Ella es hija de un multimillonario y él un pobre diablo. Sin embargo, ella es tacaña y él un pródigo.

Ella. — Es lo justo. El tiene un suegro rico, pero ella un marido pobre.

HUMORISMO

Si alguien te llama imbécil, hazte el desentendido. Si replicas o te ofendes corres el riesgo de que te llamen imbécil por segunda vez.

El amor es la más hermosa de las mentiras. Es un idiota quien no cree en ella.

Son muchísimas las personas que no saben el valor de la palabra "amigo". Llaman amigo a cualquiera.

José M. Braña.



El marido. — Los corderos, para mí, son los animales más necios de la creación, ¿qué opinas tú?
La mujer. — Que tienes mucha razón, corderito mío.
(De "Ahora", Madrid)

EPIGRAMA

— Da risa ver a un anciano
tan viejo como tu abuelo,
teñirse de negro el pelo
que era ayer del todo cano.
¿Quién se ha de tragar, [Mariano,
la píldora? ¡Ni el más [bruto!
—Es que mi abuelo, Canuto,
ha perdido en Santa Fe
una prima hermana...
— ¿Y qué?
— ¡Pues, hombre; que está [de luto!

Moisés Numa Castellanos.

DEPARTAMENTO AGRICOLA
CASA Y ESTADOS DEL EXMO. SR. D. JOSE BAU



OLIVA CLASE BAU *(Aumentada 16 volúmenes)*

CARACTERISTICAS PRINCIPALES
- piel sana.
- desarrollo perfecto.
- tersura y tacto uniformes.

Libre de vegetaciones y de parásitos.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.